

Hasta que la mafia nos separe



LUCERO GIL

An illustration of a young man and woman in a cozy living room. The man, with short blonde hair and a black sleeveless shirt, is leaning forward with his hands clasped, looking at the woman. The woman, with long, curly red hair, is wearing a white crop top and blue jeans, looking back at him. They are in a room with a large arched window, string lights, a yellow lamp, and a green sofa. The title 'Hasta que la mafia nos separe' is written in a black cursive font across the top. The author's name 'LUCERO GIL' is at the bottom.

Hasta que la mafia nos separe

LUCERO GIL

Hasta que la mafia
nos separe
Lucero Gil

Título: Hasta que la mafia nos separe

2024, Lucero Gil

Corrección: 2024, Lydia Chas

Maquetación: 2024, Rachel Design

Diseño de la cubierta: 2024, Rachel Design

Ilustración de cubierta: 2024, Lucia Valero

1ª edición: 2024, septiembre

La corrección se realizó siguiendo los parámetros establecidos en la última edición de la Ortografía de la lengua española (2010)

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Obra registrada en la Propiedad Intelectual.

Todos los derechos reservados.

Un castillo de verdades hecho de cristal, mentiras hechas de piedra.

A mis amigas: Lisset Benzant, Grace Florian, Paloma Fuentes y Eliza Heredia.
Os amo.

Advertencias

En esta novela podrás encontrar contenido sensible como:

- Violencia y abuso.
- Relaciones sexuales explícitas.
- Lenguaje inapropiado o que puede herir sensibilidades.

Si este tipo de contenido puede llegar a afectarte, puedes dejar de leer en cuanto lo consideres, yo te estaré igual de agradecida por dar una oportunidad a mi arte. Si por el contrario, te resulta atrayente este tipo de contenido tan crudo y real como la vida misma, entonces esta novela hará que te lo pases bien desde su inicio hasta su final.

Como ya sabéis, me considero una autora con gran imaginación en las escenas *spicy* y, si habéis leído en algún momento alguna de mis novelas o relatos, sabréis que no me corto un pelo en cuanto a detalles, aún así esta novela no se basa exclusivamente en los temas que pueden resultar delicados, sino más bien lo contrario y estoy segura de que todos los personajes, así como sus secretos, os enamorarán por completo.

Hasta que la mafia nos separe es un dark romance suave y forma parte de una trilogía que aumenta su nivel de oscuridad en cada libro, así que, tanto si eres nueva o veterana en este género, esta es tu novela. Es divertida, adictiva y que te dejará con ganas de más, eso te lo aseguro.

Prólogo



AMAYA

Corro alrededor de las vías mientras me abrazo el vientre con toda la fuerza que soy capaz de reunir. La he cagado, la he cagado mucho. Tengo un miedo atroz y juré que no lo tendría. El viento gélido y la lluvia fría no son los únicos que me hacen tiritar en estos momentos porque es más predominante la fuerza del pánico y del pavor que me invaden por completo.

Estoy aterrorizada.

Mi embarazo de treinta y seis semanas se siente más pesado que nunca y la velocidad a la que me desplazo me hace temer por su seguridad. Los pongo en riesgo y me siento fatal por ello.

No me lo puedo creer. De nuevo he acabado en la misma situación, huyendo de una mentira y, a su vez, de una dolorosa verdad. Creí que la burbuja de cristal en la que había logrado encerrarme jamás reventaría, pero lo ha hecho y, esta vez, no solo tengo el corazón roto, sino que me siento un ser errante, un cuerpo sin alma que avanza sin mucho sentido en su andar, solo por la inercia del movimiento y el instinto de supervivencia.

¿Por qué a mí? ¿Por qué ahora?

¿Cómo no he podido entenderlo antes? ¿Estaba tan cegada por la perfección que él me ofrecía, tan enamorada de la idea del amor y de la utopía en la que se ha convertido mi vida a su lado durante más de dos años, que he olvidado que solo estaba viviendo una ilusión, un sinsentido, un galimatías? Me he creído merecedora de aquello que la vida se ha empeñado en gritarme, una y otra vez, que no es para mí, y me he aferrado a él como si se tratase de un príncipe encantador, una resurrección, una oportunidad de ser feliz. Lo ha sido, pero ha llegado a su fin. Mi chico perfecto es una mentira. La persona que logró que volviese a creer en algo, que soñase con tener mi propia familia, con forjar una conexión real y arriesgar mis sentimientos se ha convertido, de repente, en mi verdugo, en alguien de quien tengo que escapar, huir y esconderme. Creí que nunca volvería a sentirme de una forma similar a esta, pero es peor. Esto es, con diferencia, lo más cruel que me ha pasado jamás, y me rompe de una manera tan fuerte

que me hace dudar de mi capacidad para reconstruirme.

Me detengo entre la maleza y dirijo la vista a la ciudad, ellos estaban muy cerca y aún no entiendo cómo he logrado perderlos de vista, pero lo conseguí, les he sacado ventaja suficiente como para darme un momento de descanso y analizar la situación.

El pánico me corroe a pesar de que intento sosegarlo y las imágenes que me asaltan la mente no me ayudan en absoluto, me siento tan estúpida. Tengo que mirar, una y otra vez, en todas las direcciones para comprobar que no son reales y que no me sigue ninguna multitud de gente con antorchas en las manos al grito de «bruja», con la voz llena de rabia y los ojos rebosantes de odio. Que no disfrutan sin remordimientos mientras me condenan a pasar horas de agonía mientras me quemo viva en una hoguera, no estoy en Salem y esto no es 1692, a mí no me acusan por practicar la brujería, sino por enamorarme de una mentira. Los tiempos han cambiado desde ese entonces y, a pesar de que siento el mismo calor de las brasas que me arden en la piel, me recuerdo a mí misma que, en este siglo, no es necesario el fuego para quemar en vida a una persona.

Distingo los destellos lejanos de las linternas de los móviles, las voces de los farsantes mientras gritan mi nombre y los chapoteos de los pasos entre los charcos que empapan el prado debido a la lluvia. Bien, me reconforta ver que nadie me ha creído tan arriesgada como para meterme entre las vías de tren en medio de una noche llena de niebla; por suerte, ninguno de ellos me conoce, nunca he sido sensata a la hora de tomar decisiones de vida o muerte y esta situación lo demuestra. No puedo ver a más de diez metros de distancia y es frustrante, pero eso no me va a detener. Es verdad, no quiero estar aquí ni pasar por todo esto y, en cierto modo, sé que no me servirá de nada esconderme, todo el maldito pueblo me busca, porque todo el maldito pueblo les pertenece a ellos, pero no me rendiré sin luchar y no voy a entregarles mi cabeza servida en bandeja de plata para que se regodeen en mi debilidad. La forma en la que he vivido engañada durante casi tres años me dice que ya lo han hecho suficiente.

El llanto me consume con una intensidad devoradora, siento que me deshago, como si el dolor fuese un ácido que me erosiona de dentro hacia fuera sin que pueda hacer nada para detener su avance.

¡Soy una idiota! Una idiota que se hunde en su propia miseria, una idiota que se muere de dolor. Creí que podría con esto, que estaría bien confiar en el destino por una vez y vivir al máximo, creí que sería condescendiente conmigo y me ofrecería cosas buenas, que me compensaría por el pasado, pero volví a pecar de inocente. El destino no me debe nada y el infortunio acompaña a mi suerte desde el día en que nací. He sido una insensata. Ese hombre, ese dios griego que me ha hecho la mujer más feliz, hoy me rompe entera y me convierte en la más desdichada. Él no me pertenece, nunca lo ha hecho. Alguien me debió advertir que todo esto era demasiado bueno para ser verdad; alguien —aparte de la voz de mi conciencia que tiende a la

autodestrucción —ya debió avisarme que esas cosas no pasan en la vida real.

Quizá me lo dijeron, pero yo no lo creí.

«No tengo tiempo para llorar», me digo y, a pesar de que no puedo contener las lágrimas, hago acopio del poco valor que me queda y me muerdo los labios para que dejen de temblar. Intento respirar profundo, recuperar la compostura, pero lo veo como un imposible, aunque dispusiera de toda una vida no creo que lograra volver a sentir la calma que sentía hacía apenas unas horas.

—Lo siento —susurro despacio mientras me acaricio la barriga—. Lamento haberos puesto en esta situación. Mamá siente miedo, pero lo arreglaré. Lo prometo.

Continúo mi camino, me guio por la poca iluminación que me ofrece la pantalla del móvil, ni siquiera me hace falta desbloquearlo porque las llamadas no paran de entrar, una detrás de otra.

—¡Diles que dejen de buscarme! —grito a través del auricular tan pronto contesto. Estoy molesta, decidida y harta de huir. Necesito que esto pare.

—Amaya, tienes que escucharme, por favor. —Su voz es un ruego, una súplica desesperada que consigue hacer que tiemble, que dude de todos los hechos acontecidos hace apenas minutos, incluso de mi propio juicio.

Dos Amayas se debaten ahora mismo en mi interior: una que sabe a la perfección que escucha a un vil embaucador y mentiroso, y otra que correría ahora mismo a consolar su desasosiego, a acallar sus sollozos con besos y a envolver su pena entre sus brazos.

—No pienso hacer nada a lo que se me obligue, y menos gente como tú o tu familia.

—Nena, no era mi intención mentirte, solo pretendía protegerte, no sabía cómo...

—¡Rodrigo! —lo interrumpo con severidad. No quiero escuchar sus malditas disculpas ni sus falsas palabras mientras me persigue con alevosía y no me permite ejercer mi voluntad—. Si no dejáis que me vaya, me pondré delante de este tren y acabaré con mi vida y la de nuestros hijos.

—¡No! —La forma en la que grita, los llantos y sollozos que acompañan al grito a continuación son, por describirlos de alguna manera, desgarradores. Me ponen la piel de gallina.

¿Por qué, Rodrigo? ¿Por qué has dejado que nos encuentren? ¿Por qué nos has condenado a la desgracia?

—Dejaré que te vayas, Amaya. Puedes irte, ¿vale? Pero no te hagas daño, por favor. Os amo, sois mi vida entera, Amaya, lo sabes. Tienes que dejar que me explique.

—Adiós para siempre.

Cuelgo la llamada. No quiero mostrarle mi debilidad. No quiero que me escuche llorar de esta manera. Acabo de decirle adiós para siempre al amor de mi vida, al padre de mis futuros hijos y eso me está matando. Toda esta situación me parece una parodia, una pantomima burlesca e irreal hacía mis sueños e intenciones. Creí que lo tenía todo y ahora lo estoy perdiendo en un abrir y cerrar de ojos.

Me dirijo a la estación de tren más cercana y procuro no detener mis pasos a pesar de que me tiembla todo el cuerpo. Le he mentido a Rodrigo, no soy capaz de hacerme daño, acabar con mi vida o la vida de mis bebés, pero no podía quedarme con las manos cruzadas, tenía que decir algo, algo que me ayudara a sentir que aun mantengo algo de control, algo que obligara a dar un paso atrás a la desconfianza que ahora mismo me corroe. Me siento atrapada, atada de pies y manos, y me urge sentir una mínima esperanza para lograr salir de esta cárcel de mentiras.

Estoy llena de dolor y harta de tantos engaños.

Capítulo 1



AMAYA

«La vida no es esperar a que pase la tormenta, sino aprender a bailar bajo la lluvia».

El paisaje que vislumbro a través de las ventanillas del autobús me resulta de lo más reconfortante, este lugar parece bonito, solitario y lo suficientemente lejano como para que nadie pueda encontrarme jamás: eso es justo lo que quiero.

—Última parada, estación de autobuses de Solares.

Al fin. Después de más de seis horas con el culo sentado en un asiento de autobús, esas palabras me resultan excitantes.

Me acomodo la braga de cuello para que me cubra parte de las mejillas y, a continuación, la capucha de la chaqueta. Estamos a mediados de febrero, hace un frío que pela este año y encima está lloviendo, ya me avisaron de que en el norte llueve la mayor parte del tiempo. Me inspecciono con rapidez, me aseguro con conciencia de que no quede a la vista ninguna parte de mi cuerpo, deben quedar bien ocultos todos los puntos violáceos que aún curan en mi piel y que, de vez en cuando, todavía palpitan de dolor.

Un *flashback* de mi último encuentro con Víctor me sobrevuela la mente y consigue que me estremezca. No sé cómo logró encontrarme esta última vez, pero no va a volver a pasar. Estoy viva de milagro y ese imbécil me las va a pagar, eso lo tengo claro.

Me aseguro con énfasis la mochila y la funda del violín a la espalda mientras arrastro la pesada maleta con una de las manos, pesa, pero, aun así, me las apaño para, con la otra mano, buscar —con alguna dificultad— la ubicación del lugar al que debo dirigirme. El móvil es nuevo, muchas cosas lo son y aun no me acostumbro del todo a ninguna de ellas. Tengo que corregir en varias ocasiones las equivocaciones que cometo al tocar mal las letras en el teclado táctil y después me reprimo a mí misma por no haber hecho una búsqueda por voz, mira que me gusta complicarme la existencia. Una vez señalado mi destino, sigo la ruta que me indica Google

Maps. «Si hubiese tenido mi antiguo móvil seguro que hubiese podido poner cada letra correcta incluso sin mirar», la punzada de rabia que me atraviesa el pecho al recordarlo destrozado y encima de una montaña de cristales es tan dolorosa que me hace sollozar. Todo terminó hecho añicos, como yo.

Amaba ese móvil, esa casa y ese lugar. Maldito, Víctor.

Al menos el daño no ha sido irreparable, sé que me voy a recuperar de todo esto, como siempre, y todavía tengo el móvil que me dejó mamá, si ese hubiera sido el que acabó destrozado en medio de una montaña de cristales entonces tendríamos una de dos situaciones en este momento: o Víctor estaría muerto y enterrado o yo planearía la manera más dolorosa de torturarlo hasta morir.

Palpo los costados del bolso y localizo la complexión fuerte del Nokia antiguo que me acompaña desde los seis años, enseguida me siento más tranquila; ese número es la única conexión que me une a ella, mi única esperanza de volver a escuchar su voz y, aunque lleve más de veinte años sin sonar, yo todavía mantengo la ilusión de escucharlo algún día. Víctor ha destrozado muchas cosas en mi vida, pero si me hubiese quitado eso, joder, sabe que todo este juego del gato y el ratón al que jugamos desde hace siete años se habría terminado al fin, lo habría matado, me hubiese puesto echa una furia y le habría clavado un cristal en la garganta hasta ver cómo se ahogaba en su propia sangre. Creo que lo habría disfrutado. Él lo sabía, yo lo sabía, ambos lo sabíamos, y tengo que dejar de fantasear con su muerte de una vez por todas.

Algo está mal en mí.

Al menos esta vez, la crueldad de los actos de Víctor ha servido para algo en mi vida, me ha dado el empujón que necesitaba para lanzarme a por lo que quiero de una vez por todas. Sé que suena raro, pero, es la única forma en la que logro definirlo, antes le daba mil vueltas a todo, ponía mil trabas a mis verdaderos sentimientos, nunca me lanzaba a conseguir lo quería solo por considerarlo una locura, me limitaba. Ahora, tengo un objetivo claro y me da igual todo lo que se ponga en mi contra, sé que lo voy a conseguir: realizaré, de una vez por todas, el plan que lleva años en mi cabeza e iré a Holanda a buscar a mi madre.

Holanda, es una locura y me da miedo de solo pensarlo, no conozco nada de lo que me espera allí y, bueno, a decir verdad, no sé demasiado sobre el país, pero si preguntando se llega a Roma, también se podrá recorrer Holanda, ¿no?

Me siento un desastre y la verdad es que, desde el pasado diciembre, lo soy, ni siquiera he llegado del todo a mi destino y ya le doy vueltas al siguiente, hago planes efímeros y sueño despierta. Creo que esto no va a funcionar, pero no pierdo nada con intentarlo.

Tengo que centrarme, he tenido mucha suerte al entrar en este programa de ayuda y tener la oportunidad de empezar una nueva vida, lo aprovecharé al máximo, ahorraré todo lo que pueda y me lanzaré a esa aventura. Disfrutaré del sabor a autosuficiencia cuando lo consiga. Ya no

tengo seis años, ya no soy una niña asustada a la que dejaron un día sin explicación dentro de las paredes de un orfanato oscuro, en un país diferente al suyo y del que, por suerte, al menos conocía el idioma. Voy a descubrir por qué mamá me hizo algo así, por qué nunca regresó a buscarme a pesar de su promesa...

Alguien tuvo que obligarla, solo espero que esté bien.

Respiro con fuerza en un intento de desechar el dolor que traen consigo los recuerdos, y de disminuir la intensidad del nudo que se me forma en la garganta. La incertidumbre lleva demasiados años ocasionándome dolor, más de los que quiero recordar y más de los que cualquier otra persona hubiese soportado, pero son los mismos años que llevo luchando contra ello y, por ahora, gano la batalla al poder de mis pensamientos.

Después de una caminata de unos diez minutos, localizo el letrero que buscaba. Vaya, ¿enserio? ¿Rojo fluorescente? Enseguida me desconcierta y me deslumbra la fuerza con la que brilla el neón frente a mí. Pero ¿qué ocurre? ¿A dónde cojones me han enviado? Parece el letrero de un bar de *strippers* en vez de una cafetería. Soy incapaz de reprimir la sonrisa de incredulidad que se me dibuja en los labios. La verdad es que me largaría ahora mismo si no pudiera leer con mis propios ojos que se trata de un bar biblioteca.

Entonces entro y suena la campanilla de la puerta, su sonido ya me parece agradable, pero, al levantar la mirada y recorrer el lugar, todos mis recelos sobre él descienden en picado. Abro mucho los ojos y la boca cae por su propio peso debido a la sorpresa. Lo he prejuzgado por completo, como a todo lo que desconozco: la cafetería es tranquila, serena y hermosa, suena música jazz en su interior y la iluminación es excelente. Las paredes están pintadas en tonos claros y pasteles. Del techo cuelgan plantas artificiales junto a guirnaldas de bombillas y lámparas de mimbre. Tiene un estilo de lo más bohemio y relajado que te invita a devorarte un libro de una sentada en una de esas butacas anchas y oscuras mientras te tomas el té. Yo, sin duda, me bebería un mojito bajo una de esas lámparas mientras me enamoro de un hombre ficticio escrito por una mujer en una novela romántica.

«Aunque su piel esté hecha de papel y su sangre de tinta». La voz de Eliza resuena en mi cabeza mientras nos recuerdo bajo la manta alumbradas por la luz de una linterna vieja y oscilante. A ella le encantaría este lugar.

—Hola, busco a Yolanda —le digo a la chica menuda y de cabello oscuro que me da la espalda dentro de la barra—. He quedado aquí con ella.

—¡Hola! —me desconcierta la emoción en su voz y la sonrisa radiante que me dedica al girarse hacia mí—. Tú debes de ser Amaya, la nueva.

No, en serio, su sonrisa es tan resplandeciente y amplia que hace que me duelan los ojos. Es decir, lo entiendo, me gusta que haya invertido su dinero en un blanqueamiento dental y la forma adorable en la que se tambalea su coleta alta con cada movimiento exagerado que hace con la

cara, pero, no sé, es demasiado tarde para ser tan feliz, y más después del viaje de mierda que he tenido hoy, aunque, trabajando en un lugar como este supongo que es fácil permanecer en modo zen de forma continua.

—Si, Amaya, esa soy yo. —¿Por qué sonrío? ¿por qué levanto la mano? ¿Qué estamos, en el colegio?

—Yoli viene enseguida, está reunida con Rodri en su apartamento. —Yoli, Rodri, vaya, así que es una tía de esas que no paran de poner diminutivos a las personas y cosas, espero no ser pronto Ami o Amayi. Dios, ni siquiera sé que estoy pensando, necesito dormir. Sí, una cama, ahora—. ¿Te gusta el café? Puedo ponerte uno mientras esperas, ¿descafeinado?

—Un capuchino estaría genial, por favor, con cafeína, estoy tan cansada que no va a hacerme nada.

Café, bien, por fin hablamos el mismo idioma. Es barato y no me vendría nada mal algo dulce y calentito en el estómago.

—Chica de ciudad. —Me sonrío y, echo a un lado, con disimulo, la tristeza que me recorre al escuchar ese comentario. Hace mucho tiempo que no pertenezco a ningún lugar en específico, soy una chica de ninguna parte—. Puedes quitarte todo eso y dejarlo dentro de la barra, así estarás más cómoda —comenta mientras mira todo lo que cargo encima: la chaqueta, la mochila, el violín, etc.

—Estoy cómoda así, pero muchas gracias —Localizo su nombre en la chapa plateada que brilla en el lado derecho del polo gris de manga corta que lleva puesto— Sofía. —Muy bonito, me gusta, y ella está siendo amable, así que me obligo a sonreír.

—No hay de que. —Sofía rebosa simpatía mientras deja el capuchino humeante frente a mí. Tiene una pinta increíble y necesito que baje por mi garganta para calentar todo mi interior ahora mismo.

—¿Cuánto te debo?

—Trabajas aquí, tía, así que invita la casa.

—Teóricamente aún no trabajo aquí —la corrijo. ¿Acaba de llamarme tía? ¿Acaso nos conocemos de antes y yo no me había enterado? Vale, creo que esta espera empieza a ser algo estresante.

—Oh, claro que sí, Yoli no te haría cruzar media España para no contratarte, ella es un sol. ¿Cómo es que vienes desde tan lejos? —pregunta tímida.

—Digamos que no me venía mal un cambio de aires, ya sabes, la contaminación del aire en las ciudades, el tráfico en hora punta, el estrés, entre otras cosas.

Espero que mi explicación de mierda sea suficiente para que deje de preguntar chorradas. Hubiese preferido llegar a un edificio en ruinas en el que todos los presentes estén igual de jodidos que yo y no delante de esta miss simpatía preguntona.

—Aquí estarás bien —me dice, su tono disminuye, denota seguridad y confianza. Sofía me toca el hombro y yo me permito mirarla. Me pongo rígida ante el cambio en su expresión y la emoción que ahora distingo en ella, ha tardado poco en hacer su aparición, pero aquí está, acaba de hacer su entrada triunfal la señorita lástima—. Estarás a salvo y te encantará, todos aquí formamos parte de una gran familia.

—Ya. —Mi tono es firme, lucho por mantener la entereza antes de que me arrope la pena. Joder, lo último que necesito es que se me note en la cara y esta chica quiera abrazarme, eso sería demasiado y, en un día como hoy, no podría soportarlo. Ni siquiera me apetece escuchar este discurso. Familia, dice, yo no sé lo que es eso.

Escucho la campanilla de la puerta y los ojos de Sofía se iluminan a la vez que se abre paso en su rostro otra radiante sonrisa. Juro que le pediré el número de su dentista si vuelvo a verla.

—Mira, ¡Yoli y Rodri están aquí!

Vale, ¿se supone que tengo que aplaudir?

Mi desconcierto ante Sofía y su exceso de algarabía pronto se ve sustituido por otras emociones. Los nervios me recorren el cuerpo y, de repente, me siento pequeña, pesada y expuesta, sentada en este taburete. Me sobrevuela la idea rápida de echar a correr, de escapar y evitar lo que viene. Las presentaciones y las primeras impresiones nunca han sido lo mío, me cuesta conocer gente, sentir que me juzgan, que me observan, es algo que me pasa desde el orfanato, desde que las familias se acercaban, miraban y nunca se quedaban conmigo, es algo que no puedo evitar, pero soy consciente de que, ahora mismo, no podría dar un par de pasos sin que el peso de mi equipaje me hiciera parecer una tortuga. Ya no tengo siete años, así que me toca apechugar, como siempre.

Vale, estoy a punto de conocer a las personas que me ofrecen su caridad, las personas a las que he dado tanta lástima como para aceptar ayudarme de esta manera y no puedo parar de temblar. Levanto la cara de la braga del cuello, respiro profundo, dejo caer la capucha hacia atrás y me giro para recibirlos.

—Amaya —me dice con voz dulce y amigable una mujer regordeta que, de inmediato, me da dos besos con énfasis. Gimo y me muerdo los labios para no soltar un grito de dolor ante la fuerza de su euforia amorosa sobre mis mejillas aún doloridas—. Vaya, lo siento —susurra afectada y me sonrojo al ver que lo he hecho en voz alta y ella se ha dado cuenta. Ella lo sabe, sabe a la perfección el por qué estoy aquí. Todos deben de saberlo.

—No pasa nada.

—Te presento, él es Rodrigo, el dueño de la cafetería y del programa.

Levanto la mirada con cierta cautela y descubro las facciones del chico rubio, alto y corpulento que ahora tengo enfrente. ¡Jo-der! No me gusta si quiera la idea de pensar en ello, pero es que es mucho más que solo guapo. Es como un dios griego esculpido en el mármol más

llamativo que pudieras imaginar, es imposible no verlo y quedarte embelesada, como si el puto Zeus y la mismísima Afrodita hubiesen tenido un hijo que ahora no debería estar delante de mí, si no en un museo de arte contemporáneo. Su altura, ¡Ay, Dios! Debe de medir más de uno noventa, y su espalda, ¿cómo puede ser tan ancha? Ese cabello rubio debería de estar prohibido y, ¡ay, no! Esos ojos azules me hacen daño a la vista, son más resplandecientes que el sol del mediodía.

El tal Rodrigo me examina pensativo y arquea una ceja antes de extender una mano hacia mí, es cuando me doy cuenta de que me he quedado embobada mirándolo como la mayor de las idiotas y que es justo eso lo que él debe de pensar ahora mismo, ¡joder! Me obligo a reaccionar y desvío la mirada a su mano extendida, la estrecho con rapidez antes de soltarla de la misma manera. Sé que me he sonrojado, sé que ahora mis mejillas parecen el infierno y siento el calor sofocante acumulado en mis pómulos, me maldigo por ello.

«Este hombre parece un sueño, es cierto, pero no quieres pensar en ningún hombre de ninguna de las maneras, nunca más, así que céntrate» me digo y, sí, sé lo radical que suena eso, pero es una de mis formas de protegerme, he pasado por mucho y no pienso pasar por más debido a la ñoñería que supone el amor. No voy a ser vulnerable ante nadie ni mostrar debilidad, y es por eso que he decidido desde hace ya más de siete años que no quiero perder el tiempo con ningún chico, por muy dios griego que parezca.

—Encantada —susurro.

—Lo mismo digo. —Su voz grave hace que me tense de forma involuntaria, es tan excitante que me hace sentir incómoda conmigo misma de forma inmediata. Trago de manera sonora el exceso de saliva que se me ha acumulado en la boca y... ¡Para de sabotearme, cuerpo!, me reprimo.

—Amaya, te llevaré a tu estudio para que te instales —me dice Yolanda—. Pareces cansada.

—Eso estaría muy bien. Muchas Gracias. —Al fin alguien que habla mi idioma. Necesito una cama. No levanto la mirada en ningún momento. No quiero mirar más a ese hombre o creo que perderé el sentido con la simetría de las facciones de su rostro.

Me giro y le dedico una pequeña sonrisa a Sofía antes de levantar la mano en señal de despedida.

—Hasta luego, Amaya —se despide ella encantada.

Sigo a Yolanda y, tras salir del bar, entro con ella en un portal que se encuentra a escasos metros de distancia al doblar la esquina. Lo primero que me golpea es el fuerte olor a lavanda y después la confortabilidad del calor de la calefacción. Yolanda llama al ascensor y yo agradezco que haya uno, lo que menos me apetece ahora mismo es tener que hacer un par de viajes por las escaleras con todas mis cosas a cuestas. Subimos al piso uno, donde Yolanda abre una puerta blanca marcada con la letra c.

Creo que hemos llegado.

—Adelante —Yolanda me sonríe y me anima desde el otro lado de la puerta, los últimos rayos de sol del día se cuelan a su espalda desde los grandes ventanales y la hacen parecer un ser majestuoso iluminada por la gracia divina. Me resulta gracioso, si tuviese algo de confianza con ella incluso querría sacarle una foto—. Bienvenida a tu nueva casa.

Bienvenida a tu nueva casa, no es la primera vez que escucho eso.

Mis pasos delatan los nervios que siento mientras entro en el piso con paso ligero y me tropiezo en varias ocasiones con mi equipaje y mis propios pies. Yolanda me sujeta la maleta y la coloca a un lado, y es entonces cuando me permito observar de reojo todo lo que hay a mi alrededor. No está mal, pero no me siento bien aquí, no así, esa es la verdad, es decir, vale, estoy agradecida de tener un lugar en el que descansar del peso de todo lo que llevo sobre los hombros, en el que esconderme de mi pasado y planear mi futuro, pero esta no es mi nueva casa como ella la ha llamado, no la siento como tal y, no me gusta en absoluto necesitar de la caridad de nadie. Para mí es una casa de tránsito porque si algo tengo claro en este momento es que estoy hecha un lío y todo se me escapa de las manos, todo está fuera de mi alcance y de mi control, así que me relajaré y me tomaré este lugar como una ofrenda del universo, una que me ofrece un poco de calma después de la tempestad.

Necesito un nuevo comienzo, una nueva oportunidad y la certeza de que, esta vez, todo será mejor. Lo haré mejor, me lo prometo.

—Es muy bonito —susurro. Miento como una bellaca, ni siquiera lo he visto del todo y, la verdad, ni siquiera me importa el aspecto que tenga este sitio mientras pueda echar el cerrojo por las noches y sentirme un poco segura en el interior de sus paredes.

—Aquí no podrá encontrarte —afirma Yolanda, como si pudiese adivinar mis pensamientos, y me tenso al instante—. Todos cuidaremos de ti. Créeme, Amaya, has llegado a un buen lugar.

—Gracias. ¿A qué hora empieza mi turno?

—No hace falta que empieces a trabajar mañana, sana esos moratones primero.

—Sé cubrirlos muy bien con maquillaje, además, apenas duelen. —Yolanda se sobrecoge de hombros delante de mí y, de inmediato, me siento en la necesidad de tranquilizarla. No me conoce, no soy su hija, familiar o amiga, no sabe por lo que pasé ni lo qué necesito para sanarlo, sé que solo intenta ser amable, como todos, pero no me gusta lo que veo en su cara: la lástima que siente por mí le sale por los poros—. Nadie va a notarlos, lo prometo.

—No tienes por qué cubrirlos con maquillaje. —Puedo notar en su tono obviedad, desespero y urgencia—. Aquí no debes ocultar quién eres ni por lo que has pasado. No te descontaremos de tu sueldo los días que necesites para curar, Amaya, no somos esa clase de personas.

—No, Yolanda, necesito trabajar, en serio.

¿Acaso no sabe que estas cosas no pueden curarse? ¿No ha trabajado con un montón de chicas

como yo antes que conmigo? Las heridas físicas sanan, pero las emocionales se llevan siempre clavadas en el alma; a veces, logras distraerlas, incluso por mucho tiempo, pero vuelven y siempre duelen con la misma intensidad. A veces empiezas llorando por algo pequeño e insignificante y terminas con un ataque de ansiedad de los gordos debido a toda la mierda que te ha pasado en la vida. Así funciona, al menos para mí.

No puedo quedarme un segundo más a solas con mis pensamientos, con mi cabeza que insiste de forma continua en recordarme lo jodida que estoy.

—No puedo quedarme aquí encerrada, necesito empezar mañana, por favor. —Si paso un día más sola con mi desgracia y sin hacer una vida medio normal me voy a volver loca por completo y entonces saltaré de alguna ventana y tendrán que recoger mi cuerpo del asfalto como si fuese un cheto aplastado.

—Vale. —Suspira y niega con la cabeza—. De seis a dos, ese será tu turno.

—Me parece bien. Genial.

—Si necesitas cualquier cosa, estaré en la cafetería y he dejado mi número de móvil en un pòsit en el frigorífico.

—Gracias, Yolanda, y... gracias por acogerme —suelto sin más, ignoro la vergüenza que amenaza con romperme la voz.

—Lisset me ha hablado muy bien de ti, dice que eres una chica grandiosa que solo necesita volver a sentirse segura y eso es lo que hacemos en este proyecto, ayudar a las personas a reimpulsarse.

—Sí, Lisset es genial.

Asiento mientras Yolanda me sonríe y luego desaparece tras cerrar la puerta de entrada.

Al fin a solas.

Reimpulsarme, fijar mi atención en mis objetivos, eso es justo lo que necesito.

Me quito rápido la chaqueta, la braga de cuello y las botas, las tiro al suelo con violencia y fastidio porque, joder, me estaba asando de calor bajo toda esa tela y odio tener que ocultar estos malditos moratones. Necesito que desaparezcan del todo de una vez.

¡Maldito Víctor! Debí dejar que Ilya^[1]^[1] lo matará cuando me lo propuso en vez de huir de su vida como huyo de la de todo el mundo.

Ahora sí, le permito a mi curiosidad manifestarse y me dedico a explorar el estudio, empiezo por la cocina: los muebles son de color negro oscuro igual que la encimera, el frigorífico es más grande de lo que necesito, pero me emociona ver en el algo de comida. «Qué bien, hay también una secadora», pienso, el norte del país es famoso por sus jornadas de lluvia y la verdad es que no he traído mucha ropa conmigo. No he tenido tiempo de coger mucho más que mis huesos mientras corrían por su vida en medio de esos matorrales. Recordarlo es

doloroso, así que me obligo a alejarlo de la mente.

Frente a la pequeña cocina hay una mesa de comedor con dos sillas. A la derecha, un sofá de dos plazas, frente a él una televisión movable y detrás una cama de matrimonio con pinta de ser cómoda.

—Voy a caer muerta sobre ti enseguida —le advierto.

Todo es suficiente, bonito y reconfortante. Agradezco tener esta oportunidad y me alegra que haya seres humanos que realicen labores tan altruistas como la acogida, aunque me jode recordar que no es la primera vez que la necesito. He vivido gracias a ella desde que mi madre me dejó en España con seis años y no es agradable, pero es lo que hay.

Rodrigo, Dios, qué bueno esta.

Me doy la vuelta y me fijo en el armario con puerta corredera de al lado de la cama, me emociono al ver el espejo de cuerpo entero en una de las puertas y me inspecciono. Justo como yo creía, el maquillaje no ha resistido lo suficiente, el sudor provocado por las horas con la calefacción del autobús a tope ha dejado en evidencia los moretones y las marcas de arañazos en el cuello. Estoy segura de que curarán, desaparecerán del todo como lo han hecho muchas veces, pero no dejan de evocar mi cólera el tener que verlos.

—¡Cabrón!

Cuelgo la chaqueta y meto en la lavadora la braga de cuello manchada de base. Me quito la ropa y repito lo mismo antes de entrar en el baño. Es una pasada tener donde tomar una buena ducha con agua caliente, es todo lo que necesito en estos momentos.

El calor entra en contacto con mi piel dolorida y todas las heridas arden, responden ante ella al unísono y no puedo evitar llorar.

«Podría haber sido peor, Li. Podrías estar muerta». La voz de Eliza me taladra el subconsciente, ella y su afán por ver el lado bueno de las cosas. Sea como sea, lo cierto es que sí, estoy viva y eso es bueno, ¿verdad?

Me tumbo en la cama después de secarme el cabello y ponerme el pijama, apenas son las siete, pero meterme bajo las mantas es una sensación que solo puedo definir como celestial. Llevaba un mes durmiendo en la cama de un hospital y, después, en un catre dentro de un centro de acogida, así que volver a tener un colchón y un edredón propio es como un sueño hecho realidad.

Localizo el móvil y hago una videollamada grupal. Mis amigos se unen enseguida y todo se vuelve caos porque gritan a la vez.

—Estoy bien, no he muerto en el camino, me he instalado y este lugar parece estupendo, ya podéis dejar de preocuparos por mí y seguir con vuestras vidas —les informo.

—Tía, estaba supernerviosa. —Eliza es la primera en hablar y, a través de sus gafotas redondas y transparentes noto como se le humedecen los ojos. «Que no se eche a llorar, por favor», suplico

mentalmente—. He tenido pesadillas con que ese imbécil interceptaba el autobús. Quería llamarte más que a nada en esta vida. —Su voz se rompe en medio de un ataque de pánico y el móvil me tiembla en las manos debido a la impotencia que me trae escucharla de esa manera.

—Estoy bien, Eliza, sé cuidarme sola y Víctor está preso.

—Eliza tiene razón, esto de no poder llamarte es una estupidez —reprocha Marvin.

—Es por vuestra seguridad, chicos. No quiero ponerlos en riesgo.

—Somos mayorcitos para decidir, tía, y decidimos seguir siendo tus amigos a pesar del pirado de Víctor. Ese imbécil nunca ha podido separarnos y mira que lo ha intentado, así que me niego a darle ese gusto ahora —rebate Grace y casi consigue sacarme una sonrisa. Su fortaleza y sus aires de luchadora son una de las cosas que más admiro de ella—. Me da igual lo que digas, eres nuestra amiga y vamos a llamarte cuando se nos pegue la gana.

—Chicos...

—No, Li... —Eliza hace una pausa y respira profundo antes de proseguir— Amaya —rectifica en medio de lágrimas—. Grace tiene razón, somos tus amigos, elegimos estar contigo donde quiera que estés, elegimos pasar por esto a tu lado sin importar las consecuencias y elegimos ganar a tu ex. Ya te ha quitado mucho, ya te ha aislado mucho, no va a lograrlo también con nosotros.

—Él lo sabe, chicos, sabe cuánto os quiero, si fuese a por vosotros, yo...

—Si decide venir a por nosotros no vas a poder evitarlo hagas lo que hagas. —Grace suena contundente y, a la vez, mosqueada, como si no se pudiera creer que sea tan estúpida como para pensar lo contrario a lo que detallan sus palabras—. Estamos tan metidos en esto como tú, Lis... ¡Mierda!, Amaya. Además, sabes que tenemos una lista de posibles escenarios para su asesinato, si nos abandonas solo nos incentivarías a llevarlos a cabo. —Grace me provoca una carcajada, joder, sí, me río con ganas porque es cierto que la tenemos y porque tengo claro que estos chicos cometerían sin dudar ese crimen junto a mí—. ¡Qué no me haga salir por ahí con una daga y un frasco de veneno a lo *femme fatale*!

—Oh, joder, estarías monísima. —Echo la cabeza hacia atrás y pongo los ojos en blanco como si estuviese excitada—. Me pongo cachonda de solo imaginarte.

—Lo sé, nena, soy tu pibón favorito. Sé que te corres con solo mirarme.

Ahora todos nos reímos, como siempre que estamos juntos, aunque ahora solo deba conformarme con videollamadas.

—Os quiero —digo con sinceridad.

—Y nosotros a ti —susurra Marvin —¿Es un pueblo bonito? Tienes mala cara.

—Apenas he visto unos quinientos metros, y sí, realmente necesito dormir, chicos, así que hasta mañana.

—Descansa, Li. ¡Ay, no!, Amy. No dejes de llamarnos —suplica Eliza.

—No lo haré.

Cuelgo la videollamada y enseguida me golpea ese vacío, ese hueco en el alma que me produce saber que, durante quién sabe cuanto tiempo, tendré que conformarme con echarlos de menos. «Ni sé siquiera si podré volver a verlos una vez más», me recuerda la voz sabotadora de mi cabeza. Odio toda esta maldita situación. Sé que no debería haberles dado este número, me da mucho miedo que Víctor vaya contra ellos en su afán por volver a encontrarme, pero para mí es muy difícil perderlos, sacarlos de mi vida es demasiado doloroso, como para ellos sacarme a mí de las suyas.

No puedo culparlos por quererme de la misma forma en la que yo los quiero, es una decisión conjunta tomar este riesgo, aunque tengo claro que, si les pasara algo por mi culpa, no me lo perdonaría jamás.

Pongo el móvil en modo sueño y programo la alarma para las cinco y diez de la mañana. Joder, estoy tan dolorida y cansada que parece que me ha pasado un tren por encima y sé que doce horas de sueño no serán suficientes, pero las agradezco.

Capítulo 2



RODRIGO

«Hay personas que llegan a tu vida para que no desaparezcas».

Coloco la tercera caja de café en grano bajo el mostrador cuando escucho el sonido reconocible de la campanilla, levanto la mirada y la veo. Está aquí y su presencia llena toda la estancia, me hace sentir atrapado y apenas ha dado dos pasos tímidos más allá de la puerta.

—Buenos días —dice despacio y sé al instante que está nerviosa, quizá se siente un poco desubicada, expectante ante lo que le traerá consigo esta nueva experiencia.

La chica que desde ayer me tiene intrigado está ahora a solas conmigo en esta cafetería.

«*Kalmeer*^{[2][3]^[2]}», me repito, pero el corazón me late desbocado, el mismo corazón que no se ha acelerado por nadie en más de cinco años.

Confirmo en este momento que las sensaciones que experimenté ayer no fueron producto de mi imaginación, y eso me tranquiliza y me alarma a partes iguales, están de vuelta, son reales, tan reales como ella.

Es tan guapa que resulta doloroso mirarla fijamente, pero, por más que me reprimo a mí mismo, no soy capaz de controlarme y sigo, con el rabillo del ojo, cada uno de sus movimientos. Me siento patético, como un puto crío ante su primer cuelgue.

He visto muchas mujeres hermosas durante toda mi vida, despampanantes, y muchas más desde que pasó aquello, mujeres que, aún con todo tipo de métodos de seducción, no han conseguido hacer que ciertas partes de mí vuelvan a la vida en estos últimos años, ni que las imágenes del pasado dejen de atosigarme, ni que las llamas agradables de la atracción me ardan de nuevo en el pecho.

Las diapositivas de ese día no me abandonan la mente, no me dan un respiro y no dejan de martirizarme de manera continua cada vez que veo a una mujer, pero ayer, cuando vi a Amaya, no vi a Fenna en su cara. Su rostro no se distorsionó hasta convertirse en el de alguien más; solo

vi esa piel tostada, esas pecas rojizas bajo su mirada, esos ojos amarillos, ese cabello cobrizo y esos labios gruesos. ¡Joder, menudos labios!

Un calor reconfortante vuelve a arder en mi interior y me deja perplejo, pero, a la vez, me recuerda la satisfacción que trae consigo el sentirse un hombre vivo.

La verdad es que estoy acojonado —nadie debe de saber nunca qué tengo la capacidad de sentir eso, pero lo siento—, me resulta inquietante el hecho de desconocer los detalles de este despertar espontáneo en mis emociones, después de tanto tiempo. ¿Por qué ahora? ¿Por qué con ella? No lo sé, pero pretendo averiguarlo. Me disgusta este tipo de espontaneidad, me aleja de mis rutinas cerradas y de mi autocontrol. Bien es cierto que anhelaba poder sentir de nuevo las chispas de la atracción y la emoción del deseo, pero, a la vez, me desconciertan en demasía estos nervios que se me instalan en el pecho en forma de nudo, el sentir que espero una sonrisa dulce y un par de pestaños de alguien que ni siquiera conozco o me conoce a mí. Joder, si creo que babeo ahora mismo.

Poder sentir algo después de haber perdido la esperanza de que mi cuerpo perdonase el error que cometieron otros, de mucho tiempo en el que las mujeres solo han logrado producir decepción en mi entrepierna e ira en mis emociones, me resulta desconcertante. Creí que la sombra de ese vil engaño jamás se apartaría de mí. Pero, anoche, al fin he visto a una chica que me ha dejado cautivado, que me ha parado el corazón y la... Vale, tengo que parar. Ha sido muy fuerte, confuso, pero mágico a la vez. Un despertar, una esperanza para resurgir de mis propias cenizas.

He llegado a casa visualizando la cara de Amaya y he tenido que tocarme a mí mismo como un adolescente. Incluso me sorprende que eso haya funcionado de principio a fin, el asedio del tormento ha sido tal durante estos años que me acechaba incluso en ese tipo de ocasiones. Doy pena, soy consciente de ello, pero después de mucha terapia soy capaz de ser condescendiente conmigo mismo y reconocerme que, si pillas a tu novia, tu prometida, la chica con la que te dijeron toda la vida que debías casarte, montándoselo con tu hermano pequeño el día de tu boda mientras lleva puesto un vestido que deberías quitarle esa noche, las formas en las que eso te jode y las secuelas que deja son de todo menos agradables. Desde ese día, solo podía ver esas imágenes en mi cabeza hasta cuando me tocaba a mí mismo, es por eso que me emociona tanto el notar que una chica me la pone dura como una piedra.

—Buenos días —respondo, pero no me permito mirarla, de hecho, no quiero hacerlo.

En el fondo me siento un imbécil por tener estos pensamientos hacia ella, ni siquiera la conozco y ya parezco un idiota que la acecha sin piedad, a lo mejor no muy diferente a ese del que huye. Amaya está herida, lo sé, por eso está aquí y lucho contra la parte de mí que siente la necesidad imperiosa de averiguar todo sobre quien la ha dañado y enterrarlo vivo en una tumba profunda.

—Llegas muy pronto.

—He venido con tiempo para que me enseñes el lugar y el funcionamiento de las máquinas, es decir, si puedes, por favor —balbucea. ¿La pongo nerviosa? O solo quiero imaginarlo. La miro de reojo. ¡Joder!, parece un animalito enjaulado con la cabeza gacha, le tiembla el labio inferior, ese labio grueso y perfecto que ahora mismo me muero por morder para que se esté quieto.

Trago mi exceso de saliva y me obligo a mirar a la cafetera, con la esperanza de que, por obra divina, me resulte una vista más interesante que la anatomía de Amaya.

—¿Es la primera vez que trabajas en una cafetería?

—No, pero cada lugar tiene sus mañas.

—¿A qué te dedicabas en Madrid?

Noto como se tensa y, entonces, me permito mirarla por completo. Un escalofrío cargado de incertidumbre me recorre cuando la veo dudar, pensar en la respuesta que me dará a continuación. Sé que lucha consigo misma en estos momentos, se debate entre mostrarse con total sinceridad o mantener el anonimato. Decido que quiero darle un repaso. Levanto la mirada desde sus pies y, al llegar a la altura de la cintura, me llama la atención la manera en la que juega con las manos y el dobladillo de la camiseta, está muy nerviosa, aunque no es del todo por mí, no todavía. Al llegar a su cara, me doy cuenta de que el labio inferior ya no le tiembla, agudizo la mirada en esa dirección y es entonces cuando descubro como se lo muerde de una forma casi imperceptible. Creo que mi vida va a acabar en este preciso momento porque esos labios son una locura, sé que podría probarlos durante horas y horas sin parar, sin cansarme. Entonces, soy yo el que se tensa cuando me recorre un cosquilleo electrificante que hace que todo mi cuerpo cobre vida propia, la piel se me eriza y noto los latidos acelerados de mi corazón, me quedo perplejo. Esto es una locura. Aún me resulta imposible creer que mi cuerpo, después de estar muerto durante años, se despierte de repente al ver a esta chica asustada delante de mí.

Recorro, una vez más y, ahora sí más a conciencia, su cuerpo con la mirada. Viste zapatillas de *running* negras, vaqueros ajustados y el polo gris de manga corta de la empresa, también lleva una camiseta negra de manga larga y cuello alto debajo y me enfurezco al instante. Seguro que ese hijo de puta le ha dejado muchas marcas que ella no desea explicar. Tengo que hacer acopio de todo mi autocontrol para no explotar y hacer evidente la rabia y la frustración que me invaden, he visto muchas chicas a las que les ha pasado lo mismo que a ella y creo ser del todo consciente de por qué intenta cubrir de esa manera su cuerpo. Sé que la han dañado, alguien que decía amarla, como me pasó a mí.

«No debo mirarla de esta manera», me recuerdo, pero no puedo parar. No quiero asustarla, pero me pierdo en las ondas de su cabello cobrizo, perfectamente peinado en una coleta alta, es muy abundante y adorna su cara por completo, como la melena de un león, hace que su rostro

parezca más pequeño. Miro de reojo sus ojos color jade y tengo que hacer mi mejor esfuerzo para no permanecer estoico deleitándome en su mirada, por ahora, tan triste y apagada que me causa desolación. Solo he visto un tono de ojos como este una vez en la vida, es muy raro, pero, a la vez, muy hermoso. Se nota el exceso de maquillaje que lleva en la cara y eso hace que me hierva la sangre todavía más. Veo como la inseguridad la agobia en los gestos nerviosos que me dirige y en la manera en la que agacha la mirada mientras piensa en sus siguientes palabras, así que me obligo a dejar de observarla como un maldito enfermo y romper el silencio incómodo que he ocasionado al meterme en dónde no me llaman.

—No tienes que decírmelo si no lo deseas.

—Contable, estudié contabilidad en la Complutense —le gusta decir eso, se siente orgullosa de ello y lo noto en el cambio que percibo en su tono. Lo ha dicho con rotundidad, con énfasis, segura de sí misma y sus conocimientos.

—Se te dan bien las matemáticas, genial. Imagino que con este trabajo harás un poco de tiempo hasta encontrar algo de lo tuyo.

—Eh... no lo sé —balbucea, pero en el destello que veo en sus ojos, noto que hay algo más, algo que no me quiere decir, por ahora, solo me va a dar una respuesta rápida y fácil para que deje de atosigarla—. Aún hay muchas cosas en las que no quiero pensar, iré poco a poco, día a día.

—Buena idea, Madrid. Ven, te enseñaré a usar la máquina de café, es de las quisquillosas. —¿Madrid? ¿Pero qué? ¿Por qué la he llamado Madrid?

—Soy Amaya —dice en tono gracioso, ¿acaso cree que no lo sé? ¿Acaso no se imagina que no he parado de repetir su nombre durante toda la noche?

—Ya lo sé —contesto sin más.

—La chica de ayer, ¿Sofía? —pregunta mientras se acerca de forma tímida—. ¿No será ella mi compañera?

—Sofía tiene turno de tarde. Estos días estaré aquí para enseñarte, aunque siempre estoy por aquí, así que, en realidad, me verás todos los días.

Asiente y nuestros brazos se rozan de forma discreta cuando manipulo los filtros de café de la máquina para enseñarle su funcionamiento. Me gusta la forma en la que se ruboriza y enseguida me doy cuenta de que empiezo a estar perdido. Me resulta envolvente ver como se forma el color rojo sobre esa piel tostada y me quedo embelesado al mirar sus mejillas como el mayor de los imbéciles mientras empiezo a sentir el cosquilleo de la sangre que corre directa a mi entrepierna. Estoy jodido.

La boca se me hace agua al oler su discreto perfume con esencia de canela, pero cuando sus ojos se cruzan con los míos, me veo casi incapacitado para resistir la tentación de besarla. Me aparto con rapidez y suplico en silencio a mi juicio que regrese. Rompo la conexión de nuestras

miradas. Me aclaro la garganta y me concedo unos segundos de gracia para recuperar el aliento y el ritmo normal de mis pulsaciones.

«No eres un neandertal, Rodrigo, contrólate de una vez», pienso, pero todo es muy extraño para mí y estoy muy confuso ante la novedad. Hacía mucho tiempo que no tenía estas sensaciones, incluso las había olvidado y ahora están de vuelta, todas juntas, de repente, y me cuesta mucho encontrar el equilibrio.

—¿Te gusta la lectura? —me obligo a pronunciar alguna palabra para salir de mi trance.

—Me encanta —responde ella—. Es una gran forma de evadirse, vivir otras vidas, conocer otros mundos. Es genial.

—¿Género favorito? —pregunto. La verdad es que estoy intrigado y soy incapaz de disimular lo mucho que me ha gustado su respuesta. Me apetece seguir escuchándola hablar—. Espera, no me lo digas, deja que intente adivinarlo. —Me sorprende a mí mismo al dejar que asome mi lado gracioso, ese que hace bromas e improvisa adivinanzas, es decir, no es que sea un amargado o un ser poco sociable, pero Amaya me atrae y siento que eso cambia por completo la connotación de esta conversación, ¿no?—. ¿Romance?

—Oh —suspira, hace un mohín de disgusto y deja escapar una risita nerviosa—. Quisiera dejar a un lado mi feminismo y los pensamientos que acaban de golpearme, pero tengo que preguntarlo o no podré dormir nunca más: ¿crees que me gusta el romance solo porque soy una chica, jefe?

—Para nada —respondo serio, aunque estoy extasiado con su chispa y su argucia. Me ha dado entrada, me ha llamado jefe, me gusta como suena eso en sus labios. Quiero conseguir su confianza, convertirme en su amigo, hacer que no pare de hablar para mí —. Creo que soy un chico —Me atrevo a mirar, a modo de broma, dentro de mis pantalones de chándal gris. Ella se sonroja y desvía los ojos de mi entrepierna con rapidez y, mierda, me siento como un imbécil, quizá me he acelerado, pero ha sido interesante ver sus ojos puestos en esa zona de mi cuerpo, así haya sido por pocos segundos. No sé porque me he sentido con la confianza de bromear de esa manera con alguien a quien acabo de conocer, pero lo haría con Sofía o Yolanda, se supone que soy un jefe amigo, un jefe guay, así que sacudo las dudas de mi cabeza y prosigo con confianza— y el romance es, definitivamente, mi género favorito.

—Suspense —dice al fin, y me alegra ver que no se haya tomado a mal mi broma—, fantasía y, sí, culpable, romance. Son tres de las cosas que hacen que me enamore de un libro.

—Interesante —le ofrezco el cortado que acabo de preparar—. ¿Te has quedado con el funcionamiento?

—Sí, y has mentido, no es tan quisquillosa como la pintabas. —Su tono suena mordaz y yo sonrío, puede que haya exagerado un poco para que se mantuviese lo más cerca posible—. Además, me gusta el capuchino jefe, podrías haberme preguntado.

—Toda la razón. —Caigo en la cuenta de que me gusta como me enfrenta, me agrada la idea de que empecemos a crear confianza entre nosotros —. Me creo capaz de calar a las personas, es un fallo recurrente, ya me irás conociendo. —Cojo uno de los delantales colgados en el interior de la cocina y lo extiendo hacia ella, lo acepta y se lo pone a la vez que musita un gracias por lo bajo—. ¿Lista para iniciar tu primer turno? Prometo no exasperarte demasiado y no mentirte en nada más, aunque, espera, me retracto, no puedo prometer lo primero.

—Con que no me mientas me vale. —Sonríe—. No me gustan las mentiras. Estoy lista para darle caña a esa máquina nada quisquillosa.

No puedo evitar sonreír, me agrada lo reconfortante que se siente tener una conversación divertida mientras el calor de la atracción sobrevuela el ambiente y te cala en las venas.

Intentaré no mentirte, Amaya, pero estoy seguro de que, en ciertas cosas, me resultará inevitable.

Capítulo 3



AMAYA

«La oscuridad hace que las estrellas brillen con más fuerza».

Mi primer turno de trabajo en la cafetería ha cubierto mis expectativas, ha sido muy agradable y tranquilo, y he podido añadir unos cuantos títulos interesantes a mi lista de libros pendientes. Es bonito volver a sentirte como una persona normal después de atravesar tanto caos, supongo que, después de salir de una feroz tormenta, cualquier claro se siente como calma.

No puedo negar que la presencia de Rodrigo, sí, el semidios griego rubio de ojos azules que es mi jefe y se ha quedado todo el turno muy cerca de mí, ha logrado imponerme en más de una ocasión. Me ha hecho sentir nerviosa, pero, como siempre, he logrado volver a mis cabales a tiempo, centrarme y detener la algarabía creciente que provocan las endorfinas en mi sangre, casi podía escuchar sus quejidos, incluso ellas deben de estar hartas de vivir en alguien que las tiene tan reprimidas siempre.

Reprimida, esa es una buena palabra para definirme en los últimos siete años.

Siete años huyendo. Siete años sin vivir.

Rodrigo ve como cuelgo el delantal en su lugar cuando llegan las dos de la tarde y me alaba con entusiasmo por lo bien que lo he hecho. No puedo evitar sonreír mientras le doy las gracias y hago un par de reverencias en su dirección, es increíble como me hace sentir jocosa y con ganas de seguir el juego a sus tonterías. Aunque la verdad es que tener a un guía como él, ha hecho el aprendizaje mucho más fácil.

Se ha esmerado en enseñarme hasta el más mínimo detalle del funcionamiento del lugar y estoy agradecida, ahora también, por su paciencia para conmigo.

Suena la campanilla de la puerta y veo que quienes entran en el local son Yolanda y Sofía, vienen directas en mi busca y me abrazan eufóricas. Vale, también son de las de contacto físico, ¿esto puede ir a peor? Correspondo a sus abrazos de manera apática y les doy palmaditas en la

espalda. No, definitivamente no voy a darles uno de mis abrazos, no quiero que se acostumbren a ellos porque no doy muchos, pero, los que doy, son alucinantes. La verdad es que estoy atónita y me sorprende su alto nivel de algarabía, cuando ni siquiera me conocen, ¿por qué me abrazan como si nos quisiéramos de toda la vida?

Hace ya mucho tiempo que no soy fan de los abrazos ni de las muestras extravagantes de cariño, pero, en el fondo, me gustaría que eso cambiase, me gustaría volver a expresar emociones, mostrarlas, volver a querer a las personas sin *stops* de por medio, sin sentir reservas, dejar de estar tan reprimida.

—¿Qué tal tu primer día? —pregunta Yolanda—Espero que Rodrigo se haya portado muy bien contigo.

—Sí, ha sido muy amable. —Los ojos de Rodrigo brillan cuando hacen contacto con los míos y ambos sonreímos antes de desviar la mirada hacia otro lado. ¡Ay, Dios! Es que podría perderme en ese azul.

—Trabajar aquí es genial, además de muy tranquilo —me anima Sofia—. Me muero de hambre, ¿qué nos ha preparado hoy el chef de pacotilla? —grita mientras mira en dirección a la cocina.

—Eh, cuidadito, camarerucha. Solo por eso tendrás extra de picante en tu hamburguesa —le responde Albert desde la misma en un grito.

—Vas a hacer que pierda la línea por completo, Albert, o ¿es que quieres que forme parte del menú de las navidades de este año? —reprime Sofia.

—Yo te comería encantado. —Asoma la cara desde la cocina y mueve las cejas con muecas provocativas, es muy gracioso y no puedo evitar reírme ante el tonto de estos dos—. Siempre puedes comerla sin pan, Sofia —añade entre carcajadas.

—Que os aproveche —digo y me voy directa a coger el bolso de detrás de la barra.

—No puedes irte sin comer —me indica Rodrigo y se coloca delante de mí, vaya, es muy alto, tanto que opaca toda la luz de las lámparas del lugar—. Aquí o comemos todos juntos o no comemos y, créeme, no quieres vernos a todos con hambre.

—Ah, yo no... —balbuceo confusa.

—Venga, vamos a preparar la mesa, ya has oído al jefe.

Sofía me arrastra de la mano hasta el armario de los platos y colocamos la mesa para cinco comensales, Rodrigo y Albert salen con diferentes bandejas cargadas de comida desde la cocina y Yolanda coloca en la puerta el cartel de «cerrado». Todo parece tener un perfecto orden y me da la sensación de que hacen esto cada día.

—Siéntate a mi lado —me pide Sofia y yo le sonrío agradecida mientras la obedezco y susurro un «vale». Lo que no me espero es que Rodrigo se siente también a mi lado. Tengo que apartarme un poco para dejarle algo más de espacio porque nuestras piernas y brazos se rozan de

forma continua, él no parece inmutarse con mi cercanía y se mueve en todas las direcciones llenando su plato con emoción. «Me estoy volviendo loca», me repito a mí misma, solo es un chico majo, tu jefe, y no debería estar incomoda solo por el hecho de que me parezca más guapo que los ángeles, pero una parte de mí, una que se niega a quedarse enterrada en el olvido por más que se lo ordene, se tensa con cada roce y se mantiene expectante y a la espera de más.

—Sírvete —me dice Rodrigo y me levanta el plato—. Albert hace las mejores hamburguesas del mundo.

—¡Oh! Hay algo en lo que no hemos pensado —advierte este y todos le prestamos atención—. ¿Eres vegetariana, vegana o algo de eso?

—Me encanta la carne —dejo escapar una sonrisa y todos suspiran de alivio, cojo el plato que Rodrigo me ofrece para después prepararme una hamburguesa completa con una guarnición de patatas importante.

Dios, qué hambre tengo, llevo desde ayer a la hora de la comida solo con un café en el estómago.

—Así me gusta —me sonrío Yolanda—. Tienes que comer si quieres sanar del todo esos golpes.

Las imágenes me asaltan como flashes en mi conciencia y reprimo un gemido de dolor mientras aprieto los ojos en un intento estúpido por no verlas. No puedo evitarlo. Gritos, bofetadas, puñetazos, yo intento correr, defenderme con todas mis fuerzas, él me empuja a través del cristal de la puerta de la cabaña y mi cuerpo lo atraviesa como si fuera un muñeco de trapo. Cristal, cortes, dolor, sangre, mucha sangre, mucho dolor.

Dejo la hamburguesa en el plato incapaz de cargar con su peso, ni siquiera he podido darle el primer bocado, pero mi apetito ha desaparecido del todo. Parpadeo nerviosa y sacudo la cabeza despacio mientras intento espantar el miedo que ha vuelto a colar en mi interior y lo ha llenado por completo.

—Amaya, lo siento. No pretendía... —solloza Yolanda, visiblemente afectada.

—No pasa nada. No es culpa tuya. Os pido que me disculpéis, he perdido el apetito.

Me levanto de la mesa, cojo el bolso del mostrador y me voy directa al piso.

Capítulo 4



RODRIGO

«No siempre puedes controlar el viento, pero puedes controlar tus velas».

Después de la huida de Amaya, Yolanda se echó a llorar por haberla incomodado de esa manera. A pesar de que todos lo sabíamos de antemano, ella repitió, una y otra vez, que no había sido su intención.

Hay algo en la historia de Amaya que me intriga en demasía, y más después de notar que es la única mujer en años que ha logrado despertar en mi cuerpo algo de interés. Sé que un hijo de puta, una escoria de la vida y basura de la sociedad se atrevió a golpearla, sé que por eso ella ha acabado en mi programa de ayuda, pero es lo único que sé, y me estremece la idea de que puede haber más. Mucho más.

Nunca he tenido la necesidad de indagar sobre la historia de alguien, pero algo me dice que con ella todo será diferente, ya lo es. Creo que no lograré resistirme a la idea de infiltrarme por completo en su vida.

Cojo la bolsa con la comida de Amaya que ha preparado Albert, una lata de Coca-Cola del frigorífico y me despido de los demás. Me reconforta no haber tenido que inventar una excusa estúpida y poco creíble para ser yo quien se encargue de realizar esta tarea: Sofía y Albert no pueden abandonar su puesto de trabajo y Yolanda se ha ido a casa demasiado afectada debido a su comentario poco afortunado.

Una vez estoy en la puerta, me cuesta poco localizar las llaves de su portal, a pesar de que son muchas, las tengo todas bien localizadas, organizadas en diferentes llaveros y delimitadas por secciones. Debes ser estructurado si eres el dueño de, prácticamente, todo un pueblo.

Llego con facilidad a la puerta y toco el timbre. Escucho pasos rápidos en el interior acompañados de un grito de terror y me preocupo de inmediato. ¿Qué pasa ahí dentro? ¿Acaso ha salido corriendo y gritando solo por escuchar la puerta? Joder, no sé qué le ha pasado a esta

chica, pero lo que si sé es que está aterrorizada por culpa de ello.

—Amaya, soy Rodrigo —digo con urgencia, ahora mismo contengo las ganas de dejar la comida en el suelo y echar la puerta abajo. Sé que sería un acto extraño, la asustaría, pero yo también estoy asustado por la fuerza con la que se me presentan estos sentimientos hacia ella: azotan todo mi interior con la fuerza de un tornado y lo dejan todo revuelto a su paso—. Abre la puerta, por favor.

Después de lo que me parece una eternidad, y de llamarla en varias ocasiones, veo aparecer su figura menuda detrás de la puerta. Le saco más de veinte centímetros de altura así que disfruto de la forma en la que eleva la mandíbula para encontrarse con mi mirada. Si quisiera besarme, tendría que ponerse de puntillas, a lo mejor no llegaría ni con esos centímetros añadidos, sería un gesto gracioso, pero yo no me reiría porque rodearía su trasero con los brazos y la alzaría con decisión para darle la altura necesaria. Sería fácil, natural, encajaríamos el uno con el otro y yo estaría encantado de ver y sentir sus preciosos labios.

Me quedo sin aliento al ver como le baila, suelta alrededor de la cara, la preciosa melena cobriza, y sigo su camino hasta su final, un poco por debajo de su marcada cintura. No he tardado más de quince minutos en subir, pero ya se ha quitado la ropa del trabajo y se ha enfundado en un conjunto deportivo ajustado a su cuerpo como un guante. Le doy más de un repaso, no puedo evitarlo, la recorro con la mirada sin pudor en múltiples ocasiones, como un admirador, me deleito en su complexión hasta que distingo como sus ojos brillantes me miran con incredulidad y cautela. Cuando está a punto de arquear una ceja, pongo delante de su rostro la bolsa con la hamburguesa y las patatas fritas y sonrío con inocencia para transmitirle confianza.

—Tienes que comer si quieres trabajar conmigo —bromeo y le guiño un ojo, mi intención es ser más adorable que coqueto, pero, solo ese pequeño gesto, logra que recuerde al antiguo Rodrigo, el que utilizaba este tipo de métodos para conquistar a cualquier chica que le interesase. Algo en mi interior se avergüenza por ello y me sonrojo.

—No recuerdo haber leído nada de eso en el contrato, jefe. —Me alegra ver que ella me sigue la corriente y que una sonrisa confusa se hace presente en sus labios. Me hace sentir que le genero, al menos, un poco de confianza y me da el empuje necesario para continuar.

—El poder de las letras pequeñas, Madrid, ya sabes, gajes de ser el jefe. ¿Puedo pasar?

Veo como duda y se abraza, indecisa, el momento se carga de un silencio incómodo antes de que ella asienta y yo respire con alivio.

—Solo si no vuelves a llamarte a ti mismo jefe.

Me adentro en el estudio mientras contengo la sonrisa ante ese comentario, es pequeño, pero bonito y diligente. El decorado es moderno y está muy bien organizado. Me dirijo a la encimera y dejo la bolsa sobre ella, saco un plato de los armarios como si estuviese en mi casa, coloco la

comida y la meto en el microondas antes de guiar a Amaya y a su mirada confusa, que no deja de estudiarme, a la mesa.

—Siéntate, por favor, yo te sirvo —le pido y, un minuto y medio después, coloco el plato humeante frente a ella. Ha permanecido de pie, estoica frente a la mesa, con los brazos cruzados. Observa cada uno de mis movimientos, pero, finalmente, me obedece y toma asiento, despacio.

Me levanto de un salto y me hago con la Coca-Cola, la vierto en un vaso que también dejo delante de ella, levanta la mirada y la inspecciona, parece indecisa antes de parpadear nerviosa y morderse el labio inferior. Joder, sé lo que pasa, caigo en la cuenta de que, como antes con el café, he decidido por ella.

—Puedo traer otra cosa... —Me levanto y abro el frigorífico mientras la escucho negar a mi espalda, pero un escalofrío me recorre al ver que está casi vacío: un brik de leche, pan de molde, un paquete de queso para untar, zumo y ¿tomates? Sí, tomates. ¿Cómo no lo ha pensado Yolanda? ¿Cómo no lo he pensado yo? Ella llegó ayer y hoy ha empezado a trabajar, a lo mejor ni siquiera tiene algo de dinero hasta su primer sueldo y, como ella, muchos otros habrán pasado por lo mismo. El frigorífico debería estar lleno por completo, esto es inaceptable—. Parece que Yolanda se ha olvidado de hacer la compra en condiciones —farfullo, incapaz de reprimir mi molestia.

—No era necesario. Bajaré luego a comprar un par de cosas.

—No deberías tener que preocuparte por eso. ¿Qué cenaste anoche? —pregunto. Joder, esto me molesta muchísimo. Estoy empezando a alterarme y no debería.

—No tenía hambre.

Me tenso y maldigo en silencio, puede que sí la tuviera y no le quedara más remedio que aguantarse.

—No pasa nada, Rodrigo. Tengo dinero.

—Yolanda debería haberse ocupado —ronroneo molesto—. *shit*^[3]! ^[4]

—Yolanda tiene mil cosas en la cabeza, seguro que lo hace lo mejor que puede.

—¿Qué planes tienes para esta tarde? —me aventuro a preguntar, aunque, en realidad, no he pensado antes de soltar la pregunta.

En mi voz, noto que dejo asomar a ese Rodrigo, ese malhumorado que está acostumbrado a que todo esté perfecto, tal cual él quiere. Ese que se siente propietario, dueño y señor de lo que quiere. Me acomodo a su lado y ella me mira de reojo, entiendo al instante que intenta averiguar en mi semblante si solo soy un jefe amable y comprometido o alguien que puede traerle problemas. Trago con fuerza ante su mirada, relajo mi posición y disimulo una sonrisa, una que podría ofrecer un jefe que no siente una atracción física brutal por su empleada.

—Buscar un gimnasio y, supongo, hacer la compra para que te quedes más tranquilo. —

Sonríe.

—Hacer la compra, te acompañaré, eso es lo más importante —secundo con una sonrisa.

Durante unos segundos me fijo en su cara y en cómo me inspecciona confusa antes de negar con la cabeza y balbucear que no es necesario. Observo cómo le tiemblan los labios carnosos y el brillo de sus rizos largos y alborotados. Parece un poco perdida una vez acaba con su retahíla, entonces mira a la nada y devora las patatas y la hamburguesa. En mi interior, arden con más fuerza las dudas y la necesidad de averiguar qué le ha pasado a esta belleza, ¿quién se puede haber atrevido a dañar algo tan hermoso?

«Lo mataré. Quiero que sea mía». De repente, me veo luchando contra el antiguo Rodrigo otra vez, en menos de un par de minutos, me pide a gritos que llame a mis contactos y acabe con discreción con la vida de ese hijo de puta, pero respiro profundo y me recuerdo que no debo hacerlo, he dejado todo eso atrás, he salido de esa vida y hacer algo así significaría ponerme de lleno bajo el radar de mi padre. Sé que aquí, bajo mi protección y la de mi pueblo, ella estará a salvo de cualquier mal.

A pesar de la tristeza y la infinidad que veo en sus ojos, ella parece serena. Hay una placidez en su semblante, en su aura, que parece trascendental. Un sosiego que me llena de intriga. ¿Cómo puede permanecer impávida cuando ha pasado por tanto? Me recuerda al aspecto de alguien que no tiene nada que perder, nada a lo que aferrarse, y que, tras aprender a navegar mares revueltos, sabe cómo disfrutar las aguas en calma.

—¿Forma parte de la letra pequeña que me veas comer? —su pregunta curiosa me saca de mi ensoñación. ¡Oh, mierda! Los nervios me invaden al instante y me sonrojo. Creo que he sido demasiado evidente al quedarme embelesado ante su belleza.

—Si —disimulo—. Haber leído bien el contrato, Madrid —bromeo.

—Lo tendré en cuenta para la próxima vez, y deja de llamarme Madrid. —Sonríe y un fuego ligero me calienta el interior, me siento orgulloso de haber logrado hacer que sonría al menos un poco—. Bien. Ya he comido, tu misión aquí está terminada.

Me desubico de repente y visualizo el plato vacío. Ha pasado demasiado rápido, apenas he tenido tiempo de disfrutar de ella. Se pone de pie y sigo la complexión de las curvas bien marcadas de su cuerpo. Aparto la mirada veloz cuando llego a las de su entrepierna, dibujadas a la perfección en esa malla deportiva ajustada, me sonrojo y el pulso se me acelera como si fuera un adolescente. *Shit!*

Me quedo petrificado mientras intento regular el ritmo de mi respiración desbocada. «¿Qué me pasa?!», le pregunto mentalmente al inquilino que acaba de levantarse en mi entrepierna, aun a sabiendas de que no obtendré respuesta alguna. «¿No te dignas a comportarte en cinco años y ahora haces que me des controle como un jodido crío cada vez que veo a esta chica?».

—Gracias por todo, Rodrigo.

—No tienes por qué darlas. —Me levanto veloz y le doy la espalda, me acerco a las estanterías y finjo comprobar una de las puertas de los armarios para ocultar mi inoportuna erección—. Si algo está mal aquí solo debes avisarme, por favor, me gusta mantener todo bien cuidado.

—Entiendo.

—Te dejo. Nos vemos frente a la cafetería en una hora para hacer la compra —afirmo, no pienso darle oportunidad a replicas con respecto a esto, era mi responsabilidad que su nevera estuviera llena y no la he cumplido, así que no pienso perder la oportunidad de arreglarlo.

Me doy la vuelta mientras me mantengo a la espera de su respuesta y lucho contra mi decepción al saber que, enseguida, tendré que alejarme de ella, aunque solo sea durante una hora, pero, a la vez, me siento aliviado de que el tamaño de mi bulto se haya normalizado.

—De verdad que no es necesario.

—No aceptaré un no por respuesta, es mi responsabilidad, Amaya.

Parpadea un par de veces antes de agachar la cabeza y asentir. No sé por qué, pero sospecho que mis palabras la han herido de alguna manera. ¡Joder!

—Está bien, pero, primero, quiero ir al gimnasio.

—Entonces nos vemos allí —sonrío confiado—. Te darás cuenta de que solo tenemos uno en todo el pueblo y a mí también me gusta hacer mi rutina de ejercicio diaria. Hasta luego, Amaya.

Amaya me susurra un hasta luego mientras se despide con la mano de forma tímida. Lucho conmigo mismo en un intento por decidir qué paso debo dar a continuación, ¿dos besos, quizá? A pesar de que me mata la curiosidad por tocar su piel con mis labios y por sentir el tacto de los suyos sobre la mía, sé que no debería hacerlo, y menos con alguien como ella, el contacto físico no es la mejor idea ahora mismo para ninguno de los dos.

Me decido por imitarla, pero añado una sonrisa radiante al gesto de mis manos antes de salir por la puerta y escuchar cómo se cierra a mi espalda. Enseguida me siento patético, hace muchos años que no me interesa una mujer y tengo la sensación de que se ha notado mucho en la forma en la que la he presionado. Me sorprende que haya aceptado mi imposición y no me haya mandado a la mierda por intenso, aunque no puedo culparla, quizá se siente en la obligación de hacerlo por el hecho de ser su jefe.

Apenas he atravesado el portal cuando la vibración en el bolsillo delantero del vaquero casi me hace saltar. Identifico el número en la pantalla de mi iPhone, la rabia me inunda por completo. ¡*Shit!* ¿Es qué no piensan parar nunca? ¿No van a dejarme en paz?

—Vader [\[5\]](#)^[4]—contesto en un perfecto neerlandés. No se merece que lo llame así—. Te dije que no me volvieras a llamar.

—Vigila tus palabras, Rodrigo. —su característico tono solemne me eriza la piel —Eres mi

primogénito y el legítimo sucesor del clan Loyal, tienes que dejar tus estupideces atrás y volver a casa a dar la cara o cuando llegue el momento de hacerte con el mando nadie te respetará. Tu apellido conlleva unas responsabilidades y el negocio te necesita.

—Según tengo entendido gozas de excelente salud, padre, además, tienes un hijo y una nuera en perfecta disposición de ponerse al mando.

—¡Patrañas! Sabes que eres el próximo jefe, eres el mayor y debes volver para hacer las paces con tu hermano de una vez por todas. Todos te necesitamos de vuelta, Rodrigo.

—Por ahora, padre, sigue sin estar en mis planes convertirme en el asesino de mi hermano y su mujer para vengar mi honor o tener que lidiar con ser el hazmerreír de la *maffia*^[6]^[5]. Haber pensado en mí antes de perdonar a esos dos traidores y dejar que se casaran y viviesen en mi casa.

—Ella estaba embarazada, hijo. —El dolor que se instala en la garganta es casi sofocante.

—Embarazada de mi hermano, o de mí, después de que los dos me traicionaron durante años. —Las palabras me queman, me duelen, me asfixian, son como dardos que se me clavan directos en la garganta. La rabia que siento no es comparable con nada, mi padre sabe mejor que nadie que el castigo que esos dos debieron de haber recibido era la muerte. —No pienso volver, a menos que sea para participar en sus funerales.

Cuelgo la llamada y estoy tan frustrado que no me queda más remedio que esconderme tras unos arbustos para recuperar el aliento y la cordura. Todo es una mierda en mi entorno familiar desde que Fenna y Hans me traicionaron. Es asqueante pensar en cómo mis padres solucionaron la situación para que ellos no acabaran muertos, como los priorizaron ante mí, antes mis sentimientos, como tienen el descaro de mirarme aún a la cara e incordiarme para que vuelva, nunca dejarán de intentarlo, ni de quitar importancia a los deplorables actos de mi hermano pequeño y su ahora esposa en el intento de conseguirlo.

Su hipocresía me lleva al límite. Y sé con seguridad que, si ella no hubiese fingido estar embarazada, si no hubiese sembrado la duda sobre la paternidad de su hijo imaginario, si su amante no hubiese sido mi propio hermano, ambos estarían siete metros bajo tierra en este momento. El antiguo Rodrigo no vacilaba jamás a la hora de cobrar una ofensa.

Respiro profundo en busca de algo de calma. Si sigo hiperventilando de esta manera será inevitable sufrir un ataque de ira y no me apetece pasar por eso otra vez, y menos aquí, en medio de la calle, debajo de la ventana de Amaya, no me agrada la idea de arriesgarme a que ella mire hacia abajo y vea que su jefe, ese que parece tan amable y seguro de sí mismo, es en realidad una nenaza inestable desde que su hermano y su ex lo jodieron vivo.

Las imágenes que azotan mi cabeza no me ayudan en absoluto a apaciguar mi estado: Fenna vestida de novia, radiante. Yo con un Suitsupply^[7]^[6] que terminó destrozado, sonriente. Creía que

éramos felices y, a pesar de que notaba que algo fallaba, me juraba a mí mismo que yo era el culpable, quizá lo fui, pero tenía confianza plena en que podíamos arreglar cualquier descontento, en que ella estaría dispuesta a perdonar cualquiera de mis faltas. No fue así. Fenna fue mi única novia, la novia que me impuso la *maffia*, aunque no la única mujer a la que dejé conocer mi cama, pero siempre se me dijo que ella era a quien debía elegir por encima de las demás y eso fue lo que hice.

Solo la quería sorprender cuando fui al reservado de la novia, tranquilizarla, decirle que haríamos que todo funcionara. Jamás me imaginé que el sorprendido acabaría siendo yo. Y luego caos, disparos, dolor, rabia, gritos, sangre.

—¡Joder! ¡Malditos! ¡Malditos sean! ¡Mil veces malditos! —grito mientras descargo mi ira contra los arbustos—. ¡Os odio! ¡Joder! ¡Cuanto os odio!

—¡Rodrigo! ¡Rodrigo, para! —reconozco su voz, me rodea los hombros con unas manos temblorosas. Me giro y miro en su dirección. Gerlof parece angustiado, como siempre que me ve en este estado.

—Ha vuelto a llamar. ¡Quiero que me consigas otro maldito número! Este ya no es seguro.

Deposito el móvil en las manos de mi aliado mientras me limpio la humedad en las mejillas y me dispongo a largarme de aquí lo más rápido posible, pero, de repente, recuerdo algo que me impide avanzar. Me detengo, vuelvo sobre mis pasos y miro a Ger con seriedad.

—Quiero un informe completo de la chica nueva, Amaya. Necesito saber todo sobre ella y lo más importante, quiero saber todo sobre el hijo de puta que la dejó en ese estado.

La cara de mi amigo se desencaja y, durante unos segundos, puedo leer en su rostro su confusión, yo también lo estaría, muchos hombres y mujeres víctimas de abusos atroces han pasado por este programa sin que yo me interesase en indagar más allá de lo que me contaba Yolanda, pero Amaya es diferente. Amaya ha despertado en mí una parte que creía muerta y que añoraba. «Amaya es mía», grita, sin que pueda detenerlo, el Rodrigo que aún vive en un rincón de mi conciencia.

—Rodrigo... —Ger inicia con cautela, pero se detiene al ver la seriedad en mi expresión.

No voy a darle más explicaciones, no por ahora y él lo sabe, mi mejor amigo sabe que no es el momento de titubear ante mis órdenes ni de pedir nada al manojito de nervios en el que me he convertido.

—Si, señor —concluye, después de unos segundos de silencio y, al mirarlo, solo distingo determinación en su rostro mientras saca la libreta en la que apunta todos los encargos que pido.

Una gélida sensación me recorre de forma momentánea al recordar que esto forma parte de nuestras antiguas actuaciones. «No, esto no significa nada. Solo deseo conocer la información, eso no implica que deba utilizarla. Solo quiero asegurarme de que ella está segura y que ese imbécil no se le acerca. No volveré a liberar a ese Rodrigo que he logrado reprimir. Lo prometí.

Lo prometo». Me mentalizo.

Capítulo 5



AMAYA

«Dicen las estrellas que los fugaces somos nosotros».

La visita de Rodrigo hace unas horas ha sido, por decirlo de alguna manera, reconfortante, aunque también muy extraña. Nunca había tenido un jefe tan amable o tan implicado en el cuidado de sus empleados, incluso de los que acaban de incorporarse en la plantilla. Rodrigo me resulta un ser humano intrigante, es decir, siento que no consigo leer del todo sus emociones o saber exactamente de qué va: no me aclaro entre si solo es un jefe agradable que intenta que me sienta cómoda por todos los medios o... no, venga ya, Lissa, no vayas ni a pensar en otras posibilidades. Estoy chiflada. Ese hombre solo intenta ser majo, es un gran jefe para sus empleados, además de una persona compasiva, altruista y desinteresada, lo que pasa es que no he conocido nunca a nadie como él, así que no debo de darle más vueltas.

Joder, me dan ganas de reírme de mí misma. Es alucinante el lío que me estoy montando solo porque un hombre me muestra un poco de interés, es decir, si fuese una chica normal, una que no ha pasado por todo lo que yo he pasado, que no está rota o herida y, sobre todo, una que no invitó a un paquete de chuches con nueve años al chico que ahora se considera su dueño, ni siquiera tendría este debate interno sobre esto, aceptaría de las personas lo que ellas quisieran darme sin siquiera preguntarme qué es con exactitud, dejaría las cosas fluir y no me enzarzaría en semejantes monólogos internos.

«Venga, tienes que relajarte», pienso.

La verdad es que, a pesar de que acabo de conocerlo, me agrada la compañía de Rodrigo, me reconforta su amabilidad y su intención de cuidado, la forma en la que me da sin hacerme sentir que lo que recibo de su parte es, al fin y al cabo, caridad. Odio recibir caridad, pero con él se siente diferente, es como si la recibiera de un amigo de toda la vida, de un ser querido o de un familiar al que sabes que puedes llamar siempre que necesites ayuda.

Hay algo diferente en Rodrigo, algo que me resulta atrayente y no sé identificar, pero me intriga la idea de descubrirlo, de conocerlo, de llegar a leerlo como si fuese un libro abierto. Él parece gracioso, inocente, cautivador, pero, a la vez, también misterioso, centrado y autoritario.

He visto suficientes personas que guardan secretos como para conocer sus semblantes, y puedo jurar que él también lo hace, aun así, nada de eso importa, no es asunto mío y no debe serlo.

¡Mierda! ¿Por qué me he permitido siquiera pensar en esto durante tanto rato?

«Puedo ser su amiga, eso no tiene nada de malo», me dice una parte de mí y decido que quiero hacerle caso. Ni un mínimo atisbo de ningún sentimiento fuera de lugar, nada de quedarme embelesada ante lo guapo que es o su enorme sonrisa, nada de sonrojarme al sentir como me impone su presencia, nada de querer tocar esa mandíbula perfilada, esa espalda ancha o esos pectorales marcados. Quiero ser su amiga, puedo hacerlo, pero, si quiero que esto funcione, tengo que centrarme.

Una amistad con Rodrigo, muy bien, una amistad que, como muchas en mi vida, puede acabar en cualquier momento si Víctor vuelve a encontrarme.

Aumento la velocidad de la máquina de correr y libero en las zancadas toda la frustración que me genera el sentirme limitada. «Reprimida», mi subconsciente no para de gritarme esa palabra una y otra vez. Quizá, si yo fuese una chica diferente, disfrutaría de la idea de que un hombre me atrajese físicamente. Odio al bastardo de Víctor más de lo que nadie se puede llegar a imaginar. Ni siquiera querría tener que mencionar su maldito nombre nunca más y, aún así, debo pensar en él antes de dar cada uno de mis pasos.

Me siento agobiada y agotada después de dos horas de dura rutina, así que decido que ha llegado el momento de bajar a la piscina y darme un chapuzón. Necesito dejar que el agua se lleve una parte de mi angustia, una parte gorda, a poder ser. He elegido un bañador de dos partes, camiseta manga larga y braga. Sé que la mirada de la gente se va a centrar en mis marcas, en los pequeños cortes de cristal aún enrojecidos por el proceso de curación, en las zonas que aún lucen violáceas, pero me arriesgo a ello a cambio de un poco de relajación y descarga. Mi cuerpo grita que lo he pasado mal y lo he hecho, pero no le debo explicaciones a nadie.

Es agradable ver que tienen un gimnasio completo en este pueblo a pesar de lo pequeño que es, aunque, como dijo Rodrigo, es el único en kilómetros a la redonda. La chica de la recepción ha sido muy atenta mientras me hacía la ficha de socia, me ha repetido los datos que necesitaba todas las veces que me he quedado trabada por el miedo. No he podido evitar que me recorriera una oleada de terror cuando le he dado mi identificación, no es la primera vez que la uso, pero creo que tardare un poco más en acostumbrarme a la idea de que ahora soy Amaya Martínez en vez de Lissa Garrido.

Recorro el lugar con la mirada y, ¡mierda!, ¡qué rabia me da reconocerlo!, pero no puedo

evitar buscar al dios griego en las instalaciones. Me dijo que nos encontraríamos aquí, pero he llegado hace bastante y aun no lo he visto por ningún lado. Bueno, no es que esté deseando verlo, pero... «¡Ay, venga ya! ¡Para de una vez de pensar en tu jefe!», me reprimo.

En la piscina olímpica localizo una pista vacía y me coloco frente a ella. Me acomodo la melena en el interior del gorro, se resiste, pero yo soy más dura. Que ganas tengo de saltar al agua y hacer unos cuantos largos, de sentir su resistencia mientras la corto con mis brazadas, de estar rodeada por completo de su consistencia.

—¿Te gusta nadar?

Ahogo un grito y casi salto del susto cuando escucho esa voz que ya empieza a sonarme familiar. Le dedico una mirada severa cuando lo escucho reír a carcajadas y niego en señal de desaprobación. La verdad es que no lo esperaba y ha conseguido asustarme. Agacho la mirada con la intención de decirle un par de cosas, pero, en su lugar, reprimo un jadeo cuando noto que ya no se ríe, más bien me da un repaso con mucho, muchísimo descaro. Joder no, no, no, te lo estas imaginando, Lissa y si no es así entonces no debes de caer en su juego. Pero lo hago porque soy débil y también me permito repasarlo con libertad.

Lo primero que noto es como sobresalen sus pectorales dorados y marcados del agua, me fijo en alguno de sus muchos tatuajes y en cómo las gotas de agua parecen brillar sobre su piel mientras se deslizan, es hipnotizante. Joder, son muchos tatuajes, todos bastante enrevesados, no sé por qué, pero no lo imaginaba tatuado y a la vez sí, así de extraña es la sensación que tengo de este hombre. Entre todos, llama mi atención uno en específico: la silueta de un hombre de traje, brazos cruzados, una pistola en cada mano, alas negras y pasamontañas. Me resulta tan familiar que juraría que lo he visto antes en alguna parte. Rodrigo nota a la perfección mi escrutinio sobre su cuerpo y solo soy capaz de detenerlo cuando lo veo agitarse y cubrirse con los brazos antes de salpicar en mi dirección.

—Eh, Madrid, deja de mirarme así. Me siento violado.

—Por Dios, no. —¡Ay madre! ¡Ay madre! Pero ¿qué hago?—. Intentaba encontrar una forma rápida de hacerte pagar por el susto —replico avergonzada e intento sonreír, buscar un tono de broma lo suficientemente convincente como para darme algo de credibilidad, pero es imposible hacer una gracia cuando me ha pillado de lleno.

—Te preguntaba que si te gusta nadar.

—Si.

Vuelvo a la realidad y agradezco de inmediato el cambio de tono en la conversación, sé que me he sonrojado, porque noto el calor en mis mejillas y me muero de vergüenza. Entro en el agua de forma tradicional y no con un picado escandaloso y molón como tenía pensado, a pesar de que me apetecía mucho hacerlo, chocar contra el agua, cortar su superficie con mi cuerpo en movimiento, contener el aliento, tocar el fondo y sentirme viva, pero no quiero llamar más la

atención de mi jefe, así sea de forma involuntaria.

—Y a ti los tatuajes, por lo que veo. —La curiosidad por preguntarle el significado de ese en específico me taladra la cabeza.

—¿Una carrera? —me pregunta con excesivo entusiasmo y logra hacer que salga de mi ensoñación.

—Venga ya. —Sonríó—. ¿Qué tienes, cinco años?

—Treinta y dos, en realidad, ¿y tú? —Rodrigo se acerca firme a la línea flotante que divide las canchas y, joder, su cuerpo es tan perfecto que cuesta mantener la mirada fija en sus ojos—. Solo debes pedirme que me acerque si quieres verlos mejor.

Abro mucho los ojos mientras trago con dificultad y respiro profundo. Que Dios me ayude, este hombre logra afectarme demasiado, me pone muy nerviosa y eso no me gusta, ¿o sí? Pero lo peor de todo es que él no hace nada, en realidad, solo lleva su preciosa e imponente presencia consigo y entabla una conversación amistosa conmigo sobre lo que cree que me interesa. Me siento como una estúpida al pensar en lo tonta que soy ahora mismo.

—Son muy bonitos, la verdad es que es difícil no fijarse en ellos... y tengo veintinueve —respondo, pretendo mantener la cautela y recobrar un poco de relajación para mantener el deje amistoso en la conversación. Él es mi jefe, pero, si quiere ser mi amigo, entonces yo también lo intentaré—. Un momento —reculo mientras lo miro con los ojos entrecerrados—. No me estarás acosando, ¿verdad? —le pregunto seria.

—¿Qué? —Su expresión cambia al momento y retrocede perplejo—. Eso no es justo —comenta nervioso—, te dije que nos veríamos aquí, espero que te hayas dado cuenta de que este es el único gimnasio que hay... —casi se atraganta al soltar tantas palabras en cuestión de segundos y me resulta gracioso ver a un tío corpulento y lleno de tatuajes que, hasta hace unos segundos parecía muy seguro de sí mismo y dueño de todo el control, tan afectado.

—Es una broma —me río despacio—, tenías que haber visto tu cara.

—Anda —me estudia mientras sonrío y yo le hago gestos de suficiencia—, ¿así que eres de esas a las que le gusta que a los tíos se les detenga el corazón? —pregunta y da unos pasos adelante, se coloca cerca, muy cerca, de hecho, ahora solo la línea flotante entre las canchas separa nuestros cuerpos y siento como se me clava el plástico redondeado debajo de los pechos.

Entreabro la boca y balbuceo, aturdida, ¿por qué está tan cerca? Quiero ser firme, contundente, decirle que no, pero mi mirada se ha perdido en la piel de su pecho otra vez y se niega a apartarse de ahí, joder, soy un desastre.

Jadeo ante la sensación del agua tibia que me hace cosquillas en el cuero cabelludo y me desciende por la frente, eso logra escupirme de vuelta a la realidad y subo la mirada hasta la sonrisa malévola que me dirige Rodrigo.

—Te la he devuelto, Madrid. Tendrías que haberte visto la cara. —Dios, juro que acabo de

ver en sus ojos un destello cargado de malicia de lo más excitante—. ¿Hacemos esa carrera o tienes mucho miedo a perder? —pregunta mientras adopta una posición de competición.

—Venga, vale —cedo—. ¿Por qué no?

Después de cinco largos, sin apenas descanso entre ellos, me proclamo ganadora. Estoy exhausta, pero me encanta la sensación y la disfruto mientras recupero el aliento y respondo con reverencias a las alabanzas de Rodrigo, parece un niño pequeño mientras aplaude y me dice que soy todo un pez dentro del agua. Soy una nadadora excelente, pero algo me dice que él no se ha esforzado demasiado por ganarme.

Cuando salimos de la piscina, veo su cuerpo al completo cubierto solo por el bañador y no puedo evitar darle otro repaso. Mala idea. Estúpida, Lissa, no paras de hacer estupideces, una detrás de otra, ¿acaso pensaste que su torso esculpido por el mismísimo Policleto y su cara de dios griego iba a desencajar con el resto de su anatomía? He de reconocer que tenía la esperanza de que este hombre no fuese perfecto del todo, quería encontrar algo que me obligase a recular, a salir corriendo, un defecto terrible que invadiera mi cabeza cuando pensase en su sonrisa, pero nada, mis súplicas no han sido escuchadas en absoluto porque tiene unas piernas grandes y tonificadas, un paquete bien marcado y un culo perfecto. A la mierda, puedo considerarme mujer muerta desde ya.

Baluceo un «hasta ahora» como una idiota mientras entro en el vestuario y me obligo a desviar la mirada de su cuerpo. Tengo que recuperar el aliento y sonrío despacio ante la sensación que me provocan las pocas mariposas que ahora me revolotean en el estómago. «¡No! ¡Fuera! No os quiero ahí dentro», les grito mentalmente. La verdad es que me lo he pasado bien y aun siento que floto en medio del agua.

Entonces, pasan varias cosas a la vez: me encuentro con mi reflejo en uno de los espejos y mi expresión cambia debido a los flashes de los recuerdos del principio de mi relación con Víctor que me inundan ahora la cabeza, nosotros también sonreímos alguna vez; cierro los ojos con fuerza e intento ahuyentarlos, quiero que se vayan, pero no lo hacen; en su lugar, aparece la risa maquiavélica de mi verdugo mientras se burla de mi agonía y repite sus palabras favoritas: estas sola, Lissa, no tienes a nadie, no le importas a nadie, ¿crees que ese tío se va a fijar en ti? Por favor, te echará un polvo y luego pasará de ti. Si ni siquiera tu madre te quería, por eso se largó y te dejó tirada. Solo cuentas conmigo, sabes que volverás tarde o temprano porque soy el único que da la cara por ti, maldita zorra.

Las lágrimas me escuecen en los ojos mientras ahogo gritos de frustración, cuando los abro ya no es Amaya la que me mira desde el espejo, es la Lissa que yace muerta en mi interior, la que se levantó de una montaña de cristales con el cuerpo ensangrentado y el alma hecha cenizas, ella me mira con ojos carentes de alma y con sus lágrimas me advierte, y me recuerda, lo mal que suelen acabar mis sonrisas.



Salgo del vestuario con los nervios a flor de piel, un chándal abullonado y el pelo todavía húmedo. No me extraña nada ver a Rodrigo aún en las instalaciones, habla animado con una pareja que lo miran como si fuese Jesucristo reencarnado y los llenara de favores divinos. Susurro un «hasta luego» y paso veloz por detrás de su espalda, pero apenas he dado unos cuantos pasos fuera cuando llega a toda prisa a mi lado.

—Amaya, vamos a hacer la compra.

—Te dije que no es necesario que me acompañes. —Soy incapaz de ocultar mi frustración y mantengo un paso rápido mientras intento escabullirme de su presencia.

—Tonterías.

Se posiciona delante de mí y me intercepta. ¿Pero qué hace? Tengo unas ganas locas de gritarle que se aparte de mi camino cuando él me regala una de sus sonrisas radiantes y ladea la cabeza de manera juguetona.

—No conoces el lugar y me siento en la obligación de mostrarte el mejor supermercado del pueblo. No podré dormir sabiendo que no he cumplido mi deber, Amaya, hazlo por mí, por favor —ronronea como un gatito y, mierda, algo en mi interior se desmorona y la rabia se desvanece despacio.

¿Cómo puedo decir que no a un jefe como él?

Capítulo 6



RODRIGO

«Un hombre que mueve montañas empieza con pequeñas piedras».

Me siento avergonzado por mi manera de acosarla durante el día, mis emociones se descontrolan cada vez un poco más, y he de admitir que eso me emociona y me atemoriza a la par. Ella es demasiado amable como para pedirme de forma clara que la deje en paz y me vaya a freír espárragos, pero estoy seguro de que lo ha pensado en más de una ocasión.

La compra no es grande a pesar de que le insisto para que se haga con algunas cosas más, o las pongo sin más en el carrito. Me gustan sus elecciones, sus razonamientos sobre la madurez de las frutas y sus ideas espontáneas de recetas rápidas mientras selecciona ingredientes. Estoy seguro de que mi sonrisa angelical empieza a parecerle molesta porque ya no la mira durante más de un segundo cada vez que se la ofrezco, pero es que soy incapaz de apartar la mirada de ella.

Cuando llega el momento de pagar, me adelanto y, rápido como una bala, coloco mi tarjeta mientras ella busca la suya en el monedero de gatito que lleva en el bolso del gimnasio, los ojos casi se le salen de las órbitas y entreabre la boca despacio antes de parpadear, conmovida, estoy seguro de que no me grita ahora mismo solo por no montar un escándalo delante de todos. Es solo su primer día y ya la pongo de los nervios, pero ya se lo advertí.

Caminamos en silencio de camino a su apartamento. Sus pasos son rápidos y sus zancadas largas. Está molesta y avergonzada, creo que quizá no debí hacerlo, pero me arde la cabeza al pensar que si Yolanda le hubiese llenado la nevera desde un principio esto no habría pasado jamás.

—Lo lamento —le digo por décima vez—. Entiéndeme, me siento en la obligación, si Yolanda hubiese hecho bien su trabajo...

—Rodrigo —me interrumpe. Joder, ese tono me deja helado en el acto—. Eres mi jefe, te entiendo, es tu programa, quieres que las cosas se hagan de una manera específica y yo estoy

muy agradecida con tu generosidad —me explica despacio y con cada palabra comprendo que cava un hoyo profundo en el que va a enterrarme vivo en cuestión de segundos. Por lo visto, la he cagado pero bien—, pero me gustan las personas que entienden la palabra «no». Me gusta que se respeten mis límites y creo que te has pasado.

—No estoy de acuerdo, Amaya... —replico, pero me veo interrumpido.

—Que esté pasando por un mal momento no significa que esté dispuesta a que nadie sienta lástima por mí —dice molesta mientras entra en el portal. Intento seguirla dentro, pero me corta el paso—. Gracias, jefe, puedo subir las bolsas de la compra que tú me has pagado yo sola.

—Amaya, pago la compra de todas las personas del programa, de hecho, Yolanda hace la compra semanal de muchos de ellos, no entiendo el problema...

—Hasta mañana, Rodrigo —me dice en tono tajante.

Alargo el brazo y le ofrezco, con disgusto, las bolsas que sostengo en las manos. Hace malabares para cogerlas todas, pero lo consigue. Una vez las tiene aseguradas, me da la espalda y la puerta se cierra frente a mi cara. Me está bien empleado y me siento un capullo, pero tengo razón, que su nevera estuviese vacía es inaceptable.

A pesar de que estoy desentrenado, tengo claro que pretender agradar a Amaya y ganarme su amistad no será nada parecido a lo que he hecho antes con otras chicas. Nunca he lidiado con una mujer como ella: una que sangra en silencio y cura sus propias heridas, segura de sí misma y a la que no le aterra su propia compañía. Una mujer que no se va a impresionar con lujos, regalos, el tamaño de mis músculos o mi cara bonita. Nunca he tenido que pensar demasiado para ligar, ni esforzarme o hacer malabares, me bastaba siempre con el guion de: soy el hijo guapo del jefe, tengo lo que quiero cuando quiero, ahora ponte de rodillas y enséñame que sabes hacer con esa boca. Nunca me he currado el interés de alguien y nunca le he interesado a nadie por quien soy en mi interior, porque nunca me he mostrado tal cual soy. Es una locura pensar en ello, pero es la triste realidad, nadie conoce al verdadero Rodrigo, a veces incluso pienso que ni siquiera yo lo hago.

No será fácil llegar a Amaya y con ello descubrir si lo que produce en mi interior es real o solo luz de gas que me hace mi cuerpo.

La vibración de mi teléfono logra hacer que me sobresalte y, esta vez, lo saco con rapidez. Deseo que sea Gerlof con la información que le pedí. Lo es.

—¿Qué tienes amigo? —le pregunto inquieto, utilizando mi lengua materna.

—Tu chica es un fantasma. Debe de haberse cambiado de identidad antes de acceder a tu programa. Tardaré un poco más, pero te enviaré los datos por correo cuando los tenga listos. Sea quien sea ella, lo averiguaré.

—No tengo la más mínima duda, Ger.

La curiosidad que siento por Amaya no hace más que ir en aumento. Lo sabía, lo que le pasó

seguro que fue muy grave.

¿Cuál será su nombre en realidad?

Capítulo 7



AMAYA

«Aquellos que creen en la magia están destinados a encontrarla en cualquier situación».

He intentado evitar a Rodrigo desde que iniciamos nuestro turno, aún estoy un poco molesta con él por haber pagado la compra a pesar de mi negación, y aún estoy más molesta conmigo misma por meterme en esta situación, pero la verdad es que planeo perdonarlo, no puedo parar de reír cada vez que lo miro de reojo y veo sus gestos angustiados, agitados y nerviosos. He de decir, en su defensa, que no solo se le ve muy intranquilo, si no que tampoco ha parado de pedirme disculpas y hacer pucheros por haberme incomodado desde que entré por la puerta esta mañana, incluso me hizo un capuchino con un dibujo desastroso que pretendió hacer pasar por unas manos unidas en modo de súplica.

Esta es la quinta vez que arruina el café de un cliente, decido intervenir cuando lo escucho maldecir en un idioma distinto.

—Vale, me rindo, estás perdonado. —Agito un trapo de cocina de manera dramática.

—¿En serio, Madrid? —suspira aliviado. No puedo evitar reír, menudo dramas está hecho esté hombre.

—Borrón y cuenta nueva —Sonrío—, pero, por favor, céntrate ya o vas a agotar todas las existencias de café del local.

—Menos mal que cortas tu frialdad conmigo. Empezaba a tener miedo de mí mismo y de mi nivel de *patosidad extrema* ocasionada por la manera en la que me congelabas con tu mirada. La tensión es tal que casi puedo cortarla con las manos.

—Lo dejaré pasar si prometes no volver a hacerlo.

—Amaya. —Su semblante cambia al instante, se muestra serio y, entonces, veo en él a un hombre decidido, centrado en sus responsabilidades y negocios—. Solo me preocupo por las personas de mi programa. Nunca he pretendido incomodarte.

Mentalizo la veracidad en sus palabras y, de repente, me cortan como cuchillos, me resultan dolorosas y mi ánimo cae en picado, pero ¿qué pensaba? Me siento estúpida e irracional, primero por haber montado una pataleta a un chico que solo cumple con la que cree que es su responsabilidad y, segundo, por haber sentido que podía ser algo más allá de eso. Llevo tanto tiempo sola que, a veces, no asimilo lo difícil que se torna para mí recibir ayuda desinteresada de los demás.

Rodrigo sigue a mi lado, me mira con ojos suplicantes y me doy cuenta de que debo relajar mi actitud y dejar de hacerme ideas raras. Rodrigo no es mi ex, no es mi amigo ni nadie a quien haya conocido antes, es solo una persona muy altruista e implicada que ofrece un programa de caridad a personas que, como yo, ven destruidas sus vidas por múltiples razones. Es alguien empático y un jefe increíble, y yo me he puesto hecha una furia cuando él solo porque cumplía con su trabajo.

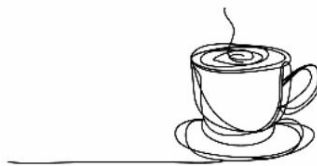
—Lamento mucho haber sido tan exagerada —admito.

—Puedo entenderte —Me sonríe y choca su hombro con el mío en señal de cordialidad—, eres una chica acostumbrada a apañárselas por sí sola y fiel a sus valores, no debe de resultarte fácil necesitar o recibir ayuda. Aunque no lo creas, Amaya, ayer he aprendido algo sobre ti.

—¿Que soy muy obstinada y fácilmente irritable?

—Aparte de eso —Sonríe—, pero, por ahora, me lo guardaré para mí mismo.

No me da lugar a réplicas, desaparece de mi vista y entra en la cocina. La verdad es que no tengo ninguna intención de replicar, lo he entendido todo y solo quiero estar tranquila. Es muy probable que muchas de las personas que llegan a este programa no puedan permitirse siquiera un café y es muy noble la misión de Rodrigo al implicarse en que todo marche correctamente. Si el universo me ha ofrecido la oportunidad de estar en este programa, entonces voy a aceptarla de lleno.



Se acerca la hora de finalizar el turno y Albert canta a todo pulmón *The Lazy Song*, de Bruno Mars, mientras se debate a duelo con el chisporroteo de la carne en la parrilla.

—Creo que hoy comeremos babas carbonizadas de un cantante frustrado —bromea Rodrigo.

—Oh, no, por favor. —No puedo evitar reírme ante su ocurrencia y también sentir unas cuantas náuseas al mismo tiempo.

Entonces escucho el sonido de un móvil y mi sonrisa desaparece por completo al percatarme

de que proviene del mío. Tengo un número nuevo, una identidad nueva, mis amigos no me llamarían durante mi horario de trabajo, nadie tendría que llamarme, en realidad. El pánico se adueña de mí y mi respiración se vuelve errática, me quedo estoica al ver el número que muestra la pantalla iluminada del teléfono. No lo conozco y, aunque lo hiciera, el terror no me dejaría identificarlo. Todo se vuelve borroso y solo puedo escuchar el sonido de los latidos de mi corazón que me martillean en los oídos, creo que me voy a quedar sorda o a perder el sentido en cualquier momento debido al pánico.

Rodrigo me da unos toquitos en el hombro, poco a poco su necesidad por captar mi atención se hace más insistente, pero el miedo me desarma y no quiero volver a la realidad.

Respiro con dificultad antes de dejar caer el cuerpo despacio y sentarme en el suelo, doblo las rodillas y hundo la cara entre ellas, a la vez que siento una necesidad perentoria de esconderme, de ocultarme del mundo, hacerme invisible, desaparecer.

Nadie tendría que llamarme, pero estoy segura de que, sea quien sea, no puede tener buenas noticias.

—¡Amaya! —Ahora es Albert quien grita mi nombre mientras ambos me rodean. Solo logro ver un vaso de agua que ondea demasiado cerca de mi cara y luego siento el frescor de pequeñas gotas que me impactan contra el rostro.

Parpadeo las lágrimas y busco el contacto con la realidad mientras respiro profundo, Necesito insuflar oxígeno en mis pulmones. Inhalo y exhalo en repetidas ocasiones hasta que siento que, poco a poco, le gano la batalla al pánico. Sean cuales sean las noticias, podré con ellas, siempre he podido y siempre podré, ¿verdad? Me levanto del tirón, impertérrita, y contesto el móvil que se había detenido y ahora vuelve a sonar con insistencia.

—¿Diga?

—¿Amaya Martínez? —Me cuesta unos segundos asimilar que el nombre que pronuncia la voz femenina al otro lado de la línea me pertenece desde hace unas semanas.

—Sí —balbuceo.

—Llamamos de la comisaría número veinte de Madrid, queríamos poner en su conocimiento que el detenido Víctor Heredia ha sido puesto en libertad con cargos por abonar la cuantía exigida por el juez en concepto de fianza.

Lo sabía. Sabía que no podían ser buenas noticias, pero, a pesar de que me lo esperaba, soy incapaz de evitar que la decepción me llene, me envuelva y se cuele en cada rincón de mi ser con tal intensidad que casi no puedo soportar su peso. La chica se aclara la garganta y sé que se prepara para darme el sermón que llevo escuchando siete años. El que me han dado unos cuantos antes que ella. Estoy acostumbrada a esto, pero, a pesar de ello, no deja de ser doloroso.

—Pondremos agentes a tu disposición, debes avisar de cualquier intento de quebrantamiento de la orden de alejamiento, si intenta ponerse en contacto contigo de cualquier forma. ¿Me

escuchas, Amaya?

—Sí. —Es lo único que soy capaz de contestar.

—¿Alguna duda?

—No.

—Esta vez no podrá encontrarte.

—Tengo que dejarte.

Cuelgo la llamada y, ¡mierda!, estoy nerviosa, triste, frustrada y furiosa, todo a la vez. ¡Joder!

«Esta vez no podrá encontrarte», eso ya lo he oído antes y sé cómo acaba. Nunca acaba bien para mí. Nunca acaba.

Solo quiero explotar, gritar y sacar todo este sufrimiento. Quiero que pare de una vez por todas, necesito que pare, ¡joder!

—Oye, ¿estás bien? —Es la voz de Rodrigo.

—No —reconozco con amargura—. Lo siento por montar este numerito, yo...

—No, nada de eso —me interrumpe—. Mostrar tus emociones no es motivo de vergüenza. ¿Qué ha pasado, Madrid? Puedes confiar en nosotros. —Paseo la mirada de la suya a la de Albert y ambos me devuelven la misma sensación: preocupación.

—Es Víctor.

—¡Víctor! —Albert suelta unas cuantas palabrotas mientras hace aspavientos con las manos antes de añadir en tono jocoso—. Odiamos a ese Víctor, ¿verdad, Rodrigo?

—Por supuesto que lo odiamos, su nombre da un asco que te cagas. —No puedo evitar sonreír ante sus ocurrencias. Menudos dos niños están hechos.

—Dios, sí, es casi vomitivo. —Vale, ahora me estoy riendo.

—Ha salido bajo fianza —suelto entre carcajadas y, por un segundo, creo que me he vuelto loca, pero disfruto de ello. Es la primera vez que me río de un tema tan serio, que me tomo mis problemas con algo de humor a pesar de lo mucho que me cargan.

Agradezco internamente a estos dos locos por haberme sacado una sonrisa en un momento de tanta tensión, pero las risas no pueden ser eternas, se apagan en un momento dado y dejan un vacío en mi alma y un silencio incómodo a mi alrededor.

—Amaya, aquí no lograra encontrarte. —Noto la angustia en la voz de Rodrigo, y enseguida descubro que no me gusta lo serio que suena ahora mismo mi nombre en sus labios. Me gusta que me llame Madrid, esa es la verdad, y lo añoro al instante.

—Sabía que pasaría, solo era cuestión de tiempo que comprase su libertad con dinero, como siempre.

—Amaya, aquí cuidaremos de ti —me susurra Albert—. Ya no estás sola.

Rodrigo me rodea en un abrazo. Es un movimiento tan rápido que no lo veo venir, no me lo espero en absoluto hasta que estoy rodeada al completo por sus músculos. Me quedo estoica bajo

su calor y su tacto y, aunque al principio me siento extraña y un poco fuera de lugar, pronto la sensación se vuelve reconfortante y disfruto de su aroma cítrico y dulce desde tan cerca. Su mejilla descansa sobre la mía y logro notar su textura, a la vez que la calidez de su aliento. Cierro los ojos y me acurruco en esos cómodos brazos que ahora me acunan con tanto esmero, y descubro lo mucho que me gusta la sensación. Entonces, Albert se une y formamos un abrazo de tres y yo me río y me siento un poco patética.

El peso de la verdad cae sobre mí como un balde de agua fría, me golpea y me estremece desde dentro: deseo que Rodrigo tenga sobre mí otros intereses y que me abraze y consuele por otras razones. Sé que eso está mal, muy mal.

—Gracias —susurro—. Estaré bien.

—Escucha, te invito a un paseo en lancha esta tarde para que despejes esa cabecita de los malos recuerdos —me dice un Rodrigo sonriente, me pongo nerviosa, más situaciones que malinterpretar son lo que menos necesito en estos momentos.

—Oh, no, Rodrigo, no. No es necesario, sé cómo lidiar con esto, he ido a terapia...

—La mejor terapia es ver como rompen las olas y escuchar como su sonido anula el de tus pensamientos.

—Vale, eso ha sonado precioso, ¿de donde lo has sacado? —me río.

—De esta cabecita rubia que tienes enfrente. —Se toca la sien con el dedo índice en repetidas ocasiones, y yo casi me echo a reír ante su expresión de autosuficiencia—. Si eres fan de la terapia con palabras entonces también tengo una idea sobre eso.

—¿Tú a qué te dedicas en realidad?

—Oh, no sabes nada de mí, Madrid, tengo muchas facetas.

—Doy fe. —Albert sonríe antes de iniciar una huida rápida con rumbo a la cocina. Creo que algo huele a chamusquina.

—Vamos a hacer una lista. —Rodrigo localiza un bolígrafo y una libreta azul y lo extiende en mi dirección.

—¿Una lista? ¿Como la de la compra? ¿Eso es a lo que llamas terapia de palabras?

—Exacto, pero, en vez de productos de limpieza o comestibles, debes apuntar tus deseos.

—¿Una lista de deseos?

—Tal cual, cosas que te gustaría realizar a corto o largo plazo, sencillas, complejas o trascendentales, pero que sean importantes para ti.

Su mirada me muestra seguridad mientras asiente en mi dirección y yo no sé exactamente por qué decido confiar en la utilidad de sus locuras, pero dictamino que quiero que su entusiasmo me contagie, que su seguridad me llene, me invada y, me ayude a probar cosas nuevas, aunque no me sirvan de mucho.

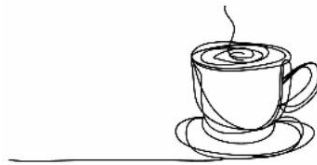
—Vale, pero no puedes leer mi lista.

—Entonces tú no podrás leer la mía, pero nos dedicaremos a cumplirla a lo largo de estos meses.

—Hecho. —¿He dicho que sí? Dios, no se que me empuja a aceptar, ni siquiera sé qué escribiré en esa lista, pero estoy emocionada con la idea de hacerlo.

—Tú primero, Madrid. —Acepto la libreta y el boli y me pongo con la lista, la cubro de su vista con la espalda—. Recuerda, paso por ti a las cuatro y media para nuestro paseo en lancha. Gracias por decir que sí, Amaya, eres tan amable y genial que creo que voy a echarme a llorar ante tu buena disposición —dice en tono burlón mientras entra en la cocina con Albert.

Resoplo de fastidio y me doy por vencida, terminaré esta lista, luego iré con él a ese paseo y lo tiraré de la lancha en movimiento si con ello consigo que se calle y deje de ser tan chulito. Aunque eso no es lo único que me impulsa a la hora de decir que sí. Rodrigo no lo sabe, pero vamos a cumplir el primer punto de mi lista de deseos: conocer el mar.



Es una sensación extraña la que te produce estar frente al espejo y contemplar tu reflejo cuando vistes algo que nunca hubieses elegido por ti mismo, pero que te queda como un guante. Me flipa. Este vestido gris de canalé se ajusta a mis curvas de una manera que casi puedo escuchar como gritan «peligro». Agradezco a la asociación de mujeres víctimas de violencia de género por haberme donado algo tan bonito.

No es que haya podido hacerme con muchas de mis cosas cuando tuve que despedirme de mi último hogar, y las pocas que reuní no son suficientes. Nada lo es ya.

Me ajusto las botas y me pongo la chaqueta de cuero. He optado por dejarme el cabello suelto y así intentar esconder mejor mi perfil en medio de su volumen. A pesar de que no me gusta llamar la atención, y mi cabello voluptuoso no suele pasar precisamente desapercibido, tengo ganas de llevarlo de esta manera. Tengo ganas de estar guapa, de verme bien, de que Rodrigo se fije en mí... ¡No! Eso no, ¿o sí? ¡Joder!

Estoy nerviosa. No. Estoy atacada y hay muchos porqués, de hecho, puedo hacer una breve lista con todos ellos:

1. Inicio una nueva vida en la otra punta del país junto a un grupo de personas que apenas conozco y dependo de su caridad.
2. Mi ex ha salido de la cárcel.

3. No compré este vestido, ni siquiera es de mi estilo, pero me flipa como me queda.
4. ¡Voy a ver el mar por primera vez!
5. Junto al buenorro de mi jefe.

Vale, debería corregir varios puntos de esta lista *ipso facto*.

Víctor ya no es considerado mi ex. Es escoria humana, pero me limitaré a llamarle por su nombre en una muestra de condescendencia hacia mí misma.

Rodrigo no es mi jefe buenorro, es mi jefe a secas, y debo parar con esos pensamientos o voy a volverme majareta.

Pero es muy difícil, lo reconozco, es complicado callar a las voces de mi cabeza, y sí, yo también me suelto ese rollo de que debes aprender a dominarlas para que ellas no te dominen, pero, en este caso, no mienten y soy incapaz de rebatir sus argumentos. Rodrigo es guapísimo, su cabello rubio y sus ojos azules intensos son apoteósicos, y la manera en la que me mira logra hacer que cada parte de mí se derrita como un polo al sol del verano. Sé que no está bien, pero también sé que no está mal mientras yo tenga claro que solo puedo mirar y admirar sin tocar.

El timbre me hace saltar frente al espejo y, joder, qué puntual. ¡Dios! ¡Qué nervios!

Al abrir la puerta casi me quedo sin aliento, madre mía, menudo campo de visión: el hombre delante de mí lleva unos vaqueros holgados, botas grandes, sudadera de cuadros escoceses y una *bomper jacket* naranja con *sticks* de *hockey* bordados, de algún equipo, supongo. No es un hombre pequeño, eso ya lo había distinguido, incluso cuando lleva la ropa ajustada del trabajo, pero ahora, con tanta ropa encima parece que ha ganado unos cuantos centímetros a lo ancho.

¡Ay, Dios!

Entonces se expande en su cara esa sonrisa contagiosa suya y noto que su dentadura es perfecta, también distingo como, de manera discreta, aparecen un par de hoyuelos a cada lado de sus mejillas, ¡que Dios me ampare! Porque es la cosa más sexi y adorable que he visto jamás. Sonríe tímida y desvío la mirada mientras me recuerdo los motivos por los cuales, a pesar de lo guapo que es, no me debe gustar. En realidad, todo se resume en uno y es superfácil: no quiero volver a querer a ningún hombre, nunca más.

—Estás guapísima, Madrid.

—¿Madrid? —Suelto una carcajada que se lleva todos mis nervios—. ¿De verdad no se te ocurre algo mejor?

—La verdad es que no, soy un hombre de pueblo, Madrid, no me pidas tanto. —Sonríe y se pasa la mano a través del cabello para luego dar un par de pasos adelante y colocarse muy cerca de mí.

Me toma por sorpresa y el aroma de su perfume me hipnotiza al instante. El corazón me late muy rápido y mi respiración se ralentiza mientras mantengo la mirada fija en su pecho. Soy

incapaz de reaccionar porque me gusta, disfruto de su cercanía y me complace cada vez que me tienta de esta manera con ella, con cada uno de sus roces o caricias, esa es la verdad.

Me descubro expectante, espero con ansias que él de sus próximos pasos y, jo, me recorre una punzada de rabia al comprender que yo nunca sería capaz de tomar la delantera en una situación como esta por mucho que me muera de ganas.

«No sería capaz porque estoy reprimida, siempre lo he estado, como con Ilia», recuerdo.

¿Qué me pasa? ¿Por qué no reacciono? ¿Por qué no puedo, simplemente, dar un paso atrás y poner distancia entre nosotros? Me obligo a levantar la barbilla y lo primero con lo que se cruzan mis ojos es con sus labios sonrosados, los tiene entreabiertos en una sonrisa que se apaga despacio para después desaparecer cuando se los humedece con la lengua. ¡Ay, no! No puedo dejar que eso me afecte. Estoy segura que los movimientos de sus labios derretirían miles de bragas sin siquiera tocarlas, pero no las mías, no puedo, no debo y tengo que centrarme en eso.

Trago el nudo que se ha alojado en mi garganta y me encuentro con sus ojos. Ese color azul tan claro debería de ser ilegal en todas las naciones del planeta.

—¿Que si has oído lo primero que he dicho?

—¿Qué? —susurro. No sé de qué habla, no lo he escuchado hablar, estoy entumecida mentalmente en este momento.

—Estás guapísima.

—Gracias —suelto apresurada, me giro con rapidez y rompo nuestro contacto para coger el bolso. Sonríe como una lela después de millones de años, pero no debería hacerlo y no quiero que él lo vea—. ¿Vamos?

Me quedo boquiabierta con el coche de Rodrigo, es alucinante: deportivo, con asientos y terminaciones en piel marrón y todo tipo de equipaciones de lujo, sé lo suficiente sobre coches como para saber que debe de costar un riñón más un ojo de la cara. Rodrigo conduce relajado mientras yo lo inspecciono de reojo con cierta suspicacia. Ahora que lo pienso, Rodrigo no me ha contado nada sobre él, sobre sus finanzas o sus negocios y, hasta antes de subirme a este coche, ni me había extrañado. Sé que no se trata solo de un chico joven, emprendedor y altruista que regenta una cafetería de libros y un edificio de ayuda a la comunidad.

—Estás muy callada, Madrid.

—¿Ahora vas a llamarme Madrid todo el rato?

—¿Por qué no? —Sonríe.

—Porque tengo un nombre, Amaya, ¿lo recuerdas?

—¿Cómo no lo voy a recordar? —dice mientras aparca el coche próximo a lo que parece un paseo marítimo—. Pero es más divertido ver como te picas cuando te llamo Madrid. —bromea por lo bajo.

—¿Verme molesta te parece algo divertido? —pregunto y tanteo en busca de la manilla de la

puerta. Rodrigo sale con una facilidad increíble y, rápido como una bala, rodea el coche hasta mi lado. Me quedo muy quieta, sorprendida y expectante al ver que abre la puerta y se agacha hasta quedar muy cerca de mis labios.

—Aún lo estoy descubriendo —me susurra y me grito que no debo quedarme embobada ante él, ¡joder! Tiene que parar de hacer eso—. Necesito coger algo de la guantera —dice con una sonrisa inocente.

Capullo.

—Claro. —Este hombre me quiere matar y no de la misma manera en la que pretendía hacerlo Víctor.

Salgo del coche cuando se aparta y entonces veo cómo se coloca en el cuello una cámara profesional. Dios mío, es imponente y hermosa, y los ojos se me iluminan llenos de anhelo al observarla.

—¿También eres fotógrafo? —pregunto emocionada.

—Tengo muchos *hobbies*, Madrid —ladea la cabeza en un gesto inocente mientras sonrío y luego me apunta con la cámara.

—¡No! —Tapo el objetivo con destreza y el se ríe y la aparta—. Durante un tiempo amé la fotografía —le confieso despacio y no consigo ocultar en mi voz ese deje de melancolía que acarrea el sentimiento de añoranza—. Llegó a convertirse en una gran pasión para mí.

—¿Por qué quedó en el pasado?

—Cosas de la vida —susurro para dar el tema por zanjado.

La fotografía, sí, mis álbumes ardiendo, mi cámara destrozada, el alma a mis pies y mi cuerpo, de rodillas en el suelo, convulsionando en un ataque de llanto mientras Víctor me gritaba que era una estupidez y que no debía dedicarle más tiempo que a él.

—Toma. —Rodrigo me tiende la cámara, logra hacer que salga de la ensoñación de los malos recuerdos—. Muéstrame tu técnica, Madrid.

No puedo evitar soltar una carcajada. A pesar de que niego con la cabeza e interpongo las manos como barrera, me muero de ganas por cogerla, comprobar su enfoque a través del visor, el alcance de su lente y escuchar su *click* cuando por fin la dispare.

—Dime que no te flipa la idea de capturar la esencia de las olas.

Joder. ¿Quién es este hombre y quién le ha dicho las palabras exactas que debe pronunciar para tener poder de convencimiento sobre mí? He visto fotos del mar toda mi vida, pero capturar una con mis propias manos sería otro nivel de felicidad.

Acepto la cámara cuando la coloca sobre el cuello y enseguida su peso me recuerda que estoy viva y que hay pesos con los que es agradable cargar.

—Una Canon EOS. —La cojo entre mis manos y la inspecciono—. Esta cámara es una pasada, eres muy afortunado de tenerla —le susurro mientras descubro la vista tras el visor.

Observo el paseo marítimo y me emociono al descubrir que, unos metros más adelante, al hacer Zoom hacia las hojas de los arbustos que lo ocultan, entre medio de ellas, se distingue un infinito de azul claro—. ¿Podemos ir ya a ver el mar? Por favor —pregunto ansiosa.

—Claro que podemos.

Rodrigo me guía, me coloca una mano en la espalda y eso me produce un calor reconfortante, acompañado de unas leves corrientes eléctricas agradables. Me gusta sentir el peso ligero de su mano en la espalda, aunque solo dure unos segundos.

Capítulo 8



RODRIGO

«A veces lo que se cruza en nuestra vida por casualidad nos hace más feliz que lo que buscamos».

Después de la mañana tan distante y la llamada que recibió después, esperaba verla de otra manera, más fría, más ida, más aérea o lejana, pero se ha subido sin poner objeciones a mi coche y ahora camina a mi lado, con mi cámara al cuello y una expresión de expectación en el rostro, juega con sus manos alrededor del objetivo y parece emocionada. Mis hombros chocan con los suyos de vez en cuando y me gusta la sensación, también me gusta mirarla de reojo y ver lo bien que le sienta ese vestido ajustado que lleva puesto.

—Me atrevería a decir que estas emocionada, Madrid —me aventuro a soltar en tono bajo y rezo para que ella no se lo tome a mal ni se ponga a la defensiva.

—Te parecerá una tontería.

—Puedes probar, a lo mejor te sorprendo.

Detiene sus pasos y me mira, me estudia como si quisiera comprobar en mi mirada si de verdad soy alguien de fiar. Me centro en sus ojos e intento transmitirle una parte de la intensidad que siento en este momento y de las ganas infinitas que tengo por escuchar cómo se abre ante mí. Me deleita el nuevo brillo que distingo en sus ojos y, con lo poco que sé sobre sentimientos, me atrevería a traducirlo como ilusión.

—Estamos a punto de cumplir el primer y segundo punto de mi lista. —Su mirada cae unos segundos antes de volver a centrarse en la mía y noto como empieza a enrollar y desenrollar un rizo en el dedo índice—. Es la primera vez que voy a ver el mar y vuelvo a tener una cámara entre las manos, es una locura, parece irreal...

—¿Estás de coña? —la pregunta se me escapa y me reprimo al instante al notar como ella se encoje de hombros, enseguida entiendo que lo dice muy en serio y que todas las palabras que

pronuncia son importantes para ella—. Lo siento, intento entenderlo, ¿por qué? ¿Por qué no habías visto el mar antes? —pregunto en un tono más pausado y comprensivo.

La veo dudar, evita mi mirada un par de veces, recelosa y suspira antes de proseguir.

—Mi madre me dejó con seis años. No recuerdo que hayamos ido a ver el mar juntas. La verdad es que no recuerdo nada que hayamos hecho juntas. Y, luego... bueno, he estado en Madrid y en un par de lugares más en los que no había mar.

—Tu madre, ¿falleció? —pregunto con cautela.

Me estremezco de dolor por ella y lucho contra las ganas de abrazarla. Ya en su respuesta anterior he podido intuir que no desea darme demasiada información, le cuesta mucho. Noto como las palabras le rascan la garganta en cada pronunciación, pero no puedo culparla, no me conoce de nada e intenta iniciar una nueva vida, con una nueva identidad después de quién sabe cuanta cantidad de mierda que le ha tocado vivir.

Entonces me relajo y decido tantear el terreno sin ningún tipo de presión. ¿Me gustaría que confiara en mí? Sí, pero la verdad es que no necesito que me lo diga porque pronto tendré en mi despacho un informe completo sobre toda su vida.

—Espero que no —contesta y sé que hemos llegado al final del tema.

Me siento en la obligación de ayudarla a salir del aturdimiento que le ha generado mi pregunta y me aventuro a cogerla de la mano. De inmediato, posa sus ojos en mí y sus mejillas se colorean, se sorprende, pero no le doy el tiempo necesario para reaccionar a ello porque tiro de su cuerpo con rapidez en dirección al paseo marítimo.

El asombro de Amaya, debido a mi acto, solo es comparable con el mío propio, hace más de cinco años que no cojo a una mujer de la mano, ni siquiera a una amiga o una familiar y me resulta increíble lo mucho que me gusta la sensación. Su mano pequeña cabe a la perfección entre la mía y me debato con las ganas de que nuestros dedos se entrelacen, pero creo que eso no sería del todo apropiado.

También hace más de cinco años que no me sentía atraído por otro ser humano, aunque sé que este impulso es independiente a ninguna atracción, sin segundas intenciones, deseos sexuales u objetivos ocultos. La cojo de la mano porque me nace, me apetece, la veo vulnerable y me gustaría que se sintiera más segura a mi lado, que se lanzase a correr en busca de ese mar que nunca ha tenido la oportunidad de ver con sus propios ojos y que guarde un buen recuerdo de hacerlo junto a mí.

Cuando es inminente nuestro encuentro con el azul claro de la playa, se me ocurre una idea fugaz y descabellada, pero me arriesgo. Me apetece mucho, quiero más que nada hacer esto junto a Amaya. Le suelto la mano y me posiciono detrás de ella. Mi cuerpo la cubre por completo y fantaseo con la idea de rodearla entre mis brazos y crear para ella un refugio seguro.

—Me gustaría que confiaras en mí —le digo y ella se gira con una sonrisa de incredulidad.

—¿Qué?

—Cierra los ojos.

—Pero... Rodrigo, yo...

—Venga —suplico—, será mucho más divertido si es una sorpresa.

Después de unos segundos de duda, me recorre una oleada de felicidad cuando asiente y me da la espalda. Le cubro los ojos con las manos y le pido que avance en línea recta, lo hace. Siento el impulso casi incontrolable de acercarme y ofrecerle un poco de empuje con mi cuerpo, pero aún no tenemos ese nivel de confianza, aunque a mí me gustaría, así que procuro mantener mi polla lo más lejos posible de su trasero.

—¿Cómo crees que es? —le pregunto cuando estamos frente al agua.

—Grande y azul —se ríe—. He visto muchas fotos.

—Muy graciosa. Me refiero a ¿qué sientes?

—Siento el olor de la sal. —Suelta el aire muy despacio para después inhalar con fuerza y hablar con energía—. Es tan fuerte que me inunda las fosas nasales y casi puedo tragar salado. —Noto en mis dedos cómo se elevan sus pómulos antes de escuchar su risa.

—Dime más —ordeno despacio, me permito acercarme y lo susurro en su oído. Me gusta mucho el sonido de su voz y no quiero perderme ninguna de sus palabras.

—Noto lo fuerte que corre el viento, me gusta como juega a desestabilizarnos.

—¿Y ahora? —la obligo a avanzar hasta que pisamos sobre la arena de la playa.

—Mis pisadas se amortiguan con algo suave y homogéneo, pero inestable a la vez, se me hunden las botas dentro. Y las olas, las escucho, Rodrigo, su sonido es maravilloso.

—Esas son todas las características del mar que no puedes ver en una foto, Madrid, pero sí imaginarlas si el fotógrafo logra captarlas, transmitir las desde su visión. Quiero que te quedes con todas esas sensaciones en tu cabeza, Amaya, y puedas volver a sentir las cada vez que pienses en el mar. Hoy te lo presento y espero que os hagáis buenos amigos.

Retiro las manos de sus ojos y ella parpadea hasta adaptarse a la luz. La mirada brillante que veo en su rostro mientras entreabre los labios sorprendida me hace maldecir la hora en la que le deje la cámara, podría haber sacado mil y una instantáneas de esa expresión. Saco el móvil del bolsillo y tomo un par de fotos, de forma discreta, antes de que ella avance en dirección al agua. Este momento es muy hermoso. Ella es tan hermosa que soy incapaz de no immortalizarlo.

Se detiene a escasos centímetros del agua que casi le moja la punta de las botas. La expresión de Amaya es de admiración y sorpresa, pero, a la vez, de plenitud y calma, de encuentro, descubrimiento y confianza. Puedo leer mucho en su rostro a pesar de que ella permanece en silencio.

—Es precioso —susurra—. Es muy bonito, mucho más bonito de lo que yo esperaba.

—La naturaleza es sorprendente —le sonrío antes de sacarle otra foto de perfil. Amaya se da

cuenta y me mira confusa antes de que las mejillas se le tornen rojas y aparezca un atisbo de pánico en su mirada.

—No deberías...

—¿Estás de broma? —la interrumpo—. Tu cara es una obra de arte en este momento. Luego te las paso —digo rápido, en un intento por restarle importancia a mi nivel extremo de acosador en serie—. Tranquila, no pienso subirlas a ninguna parte, sé como funciona esto, ¿vale? —Me relajo cuando la veo asentir y bajar los hombros con un suspiro—. ¿Ves eso? —señalo en dirección a la lancha que se acerca—. Es nuestro transporte.

Su sonrisa se ensancha de forma instantánea mientras la observa acercarse. Nos dirigimos al muelle donde esperamos junto a los demás pasajeros y, mientras la observo, noto como un sinnúmero de emociones le atraviesan la cara: emoción, felicidad, nerviosismo, recelo.

Me gusta mucho esta chica.

—¿Estás nerviosa? —grito por encima del ruido del motor mientras dejamos pasar a los demás pasajeros.

—Un poco.

Salto la distancia entre el muelle y el barco en movimiento y espero a Amaya con el brazo extendido, la veo dudar y la animo, entonces su rostro se levanta lleno de seguridad y salta en mi dirección sin medir las distancias. La recibo entre mis brazos, la rodeo y la aprieto para que no caigamos, la tengo y me gusta como se siente. Me quedo inerte por segundos mientras la aprisiono contra el pecho, disfruto de su cercanía, a pesar de que no hay necesidad aparente para que la abrace. Entonces, nuestras miradas se encuentran y es como si nos fundiéramos el uno en el otro, nuestros pechos suben y bajan al unísono, nuestros alientos se mezclan, nuestros labios se buscan.

La boca se me hace agua y me descubro deseando que manche mis labios con ese discreto labial que ha elegido para hoy. El rugido del motor la hace saltar entre mis brazos y es la única forma en la que consigo volver a la realidad y quitarle las manos de encima.

—Ven conmigo.

La agarro con rapidez, con agilidad y sin dejarle espacio a dudas, me gusta tener su mano entre la mía y, como no es la primera vez que lo compruebo, lo hago sin miedo a que ella me rechace. Tiro de ella hasta la planta superior de la lancha donde hay un mirador, esta se encuentra al descubierto y está vacía, solo para nosotros. Es febrero y, a pesar de que no hace un invierno tan cruel como otros años, la gente del pueblo prefiere estar a cubierto y al calor de la calefacción en la planta baja, lo agradezco porque lo que menos deseo en estos momentos son espectadores.

—Es muy bonito. —Amaya me sonríe cuando nos sentamos en el mirador de la parte delantera a ver como el barco rompe las olas al abrirse paso.

—Tú eres muy bonita, Madrid. —Sonrío a modo de broma y miro en otra dirección, busco

restar importancia a mi comentario, pero es verdad, joder, quiero gritárselo sin sentir miedo al rechazo. Quiero repetirlo una y otra vez mientras beso sus labios y acaricio su cintura, quiero que ella lo desee y me lo permita. Es tan rápido y repentino que me parece una locura, pero es alucinante sentir esta intensidad de sensaciones.

—Realmente no nací en Madrid, ¿sabes? —dice, y he de reconocer que eso me deja un poco desconcertado.

La miro con una ceja arqueada en una mueca de incredulidad casi de inmediato, entonces la veo parpadear y relajo la expresión. Noto, en la forma en la que mira de un lado a otro y se acaricia los brazos, que se debate sobre si debe contármelo o no. Esta vez no pienso cometer el error de antes, reírme como un imbécil cuando ella deja salir algo importante. Nada de bromas.

Me coloco frente a ella y adopto una posición que indica cuán implicado estoy con la escucha y, entonces, cojo sus manos entre las mías.

—Aunque es mi ciudad —dice orgullosa y sonrío al ver que logro infundirle el valor que necesita para que fluya esta conversación. Ella quiere que lo sepa, quiere hablarlo conmigo, contármelo, y yo quiero que lo haga—. He vivido en ella la mayor parte de mi vida.

—¿Dónde naciste en realidad? —pregunto con naturalidad y le dedico una sonrisa cuando ella me examina con cautela.

—En Holanda.

A la mierda mi buen rollo.

El corazón me late desbocado y me convierto en un amasijo de nervios. ¿Ha dicho Holanda? ¿He escuchado bien? Entre todos los lugares del mundo, ella ha tenido que nacer en el mismo en el que he nacido yo. En el mismo en el que ha nacido la única persona que conozco con su misma tonalidad de color de ojos. No sé cómo me hace sentir eso, no sé qué decir, es complicado, complicadísimo, en realidad, no somos como cualquier familia en Holanda. *Shit!* Ahora no sé qué significa esto. Estoy jodido, muy jodido en realidad.

Ahora soy yo el que la mira con asombro y la examina más de cerca. Quiero creer en Amaya, quiero creer en su inocencia y en el sufrimiento que veo en sus ojos, pero también conozco el alcance de los actos de los demás, de mi padre en especial, su capacidad de cometer actos descabellados no tiene límites. Ella no podría prestarse para ser una espía que viene aquí a acabar con mi tranquilidad y mi exilio, ¿verdad? No puede ser una enviada de mis padres para convencerme de volver al negocio familiar. Todo esto no puede ser una mentira.

—¿Tanto te sorprende? —Su sonrisa se desvanece mientras me inspecciona—. ¿Estás bien, Rodrigo? Te has puesto pálido.

—¿En qué ciudad?

—En mi certificado de nacimiento dice que en Ámsterdam. —La voz le flaquea, sé que duda, sobre si debe continuar esta conversación conmigo, y no puedo culparla por ello, mi actitud, mi

posición, todo en mí ha cambiado de repente y soy consciente de que ahora parezco cerrado, hermético e irascible; pero todo el peso de mi apellido me cae encima en este momento, es imposible que alguien de Ámsterdam no sepa quién soy yo o quién es mi familia.

—¿Tu madre...?

—Es cubana, mi padre holandés, pero no tengo ninguna información sobre él. Murió antes de que yo naciera.

—Yo también nací en Holanda, Amaya —digo con cautela.

—¿En serio? —Los ojos se le iluminan—. Joder, menuda coincidencia. ¿Hablas el idioma?

—¿Qué? Es decir, sí, claro que hablo neerlandés, además de español, inglés, alemán y algo de albanés y ruso.

—Vaya, eso es alucinante. Yo no lo recuerdo, sé que lo hablé hasta los seis años, pero se ha esfumado. —La tristeza en sus palabras es casi palpable—, así como casi todos mis recuerdos con mi madre. Cuando te dije que me dejó, me refería al orfanato. Prometió que volvería, pero no lo hizo. Solo me dejó este teléfono viejo. —Amaya saca un Nokia antiguo de su bolso y me lo enseña—. No ha sonado en más de veinte años y aún así nunca he dejado de esperar. Es mi posesión más valiosa.

Examino su expresión e interiorizo sus palabras, siento en mi interior que ese Rodrigo calculador y heredero de un imperio de negocios ilícitos ya está a la defensiva, quiere coger ese teléfono, tirarlo al agua y gritarle a la chica que tiene delante que confiese intereses ocultos, me grita que vaya con cuidado y dude de todo lo que ella dice; pero, a la vez, también siento que el Rodrigo que huyó de aquello para sanar y desconectar de una profunda herida, el que ha encontrado en este pueblo y en esta vida sencilla un lado suyo relajado y bromista que nunca había podido dejar asomar, me pide que crea en ella y en que todo esto es una loca casualidad.

—Amaya. —Pongo una mano en su rodilla y ella mira en esa dirección de forma inmediata, la expectación e inocencia en sus ojos me dice que ella no miente y yo decido creerla, por ahora—. ¿Y si ya no está con nosotros? Si le paso algo, ¿has pensado en esa posibilidad? —Ahora las lagrimas resbalan de sus ojos y yo me siento miserable. Agradezco que se abra conmigo, agradezco vivir este momento, pero se supone que la he traído aquí para despejarse, no para hacerla llorar.

—Sí, tengo un plan: cuando ahorre lo suficiente volaré a Holanda para buscar información, incluso a Cuba si es necesario, donde sea. Tengo claro que, algún día, encontraré información sobre mi madre.

—Podría acompañarte.

¿Qué coño hago? ¿Qué coño acabo de decir? ¡No! No puedo acompañarla, no puedo volver a Ámsterdam y menos con ella. Hablo como un jodido imbécil que no puede mantener la boca cerrada, como si fuese cualquier tío normal que planea un viajecito con su novia.

—Necesitarás un traductor.

¿Por qué sigo diciendo estupideces? No soy capaz de parar si ella me mira de esa manera. En sus ojos brilla por unos segundos la chispa de la esperanza antes de agachar la mirada, otra vez.

—No podría, Rodrigo, ya has hecho demasiado por mí. —Niega con la cabeza y, joder, le tiembla el labio inferior otra vez y quiero besárselo. Quiero besar esos labios más que nada en este mundo. Cojo sus manos entre las mías y mi corazón se acelera cuando ella jadea debido a la sorpresa.

—Lo pondremos en nuestra lista de deseos, lo vamos a planificar, incluso podríamos hacer una lista conjunta algún día.

Sus ojos cristalinos buscan algo en los míos, pero no encuentran más que decisión.

El movimiento brusco del barco al llegar a puerto me empuja hacia delante con fuerza, apoyo las manos en la silla de Amaya, una a cada lado de su trasero en busca de estabilidad. Nuestras caras se acercan tanto que la escucho tragar con violencia antes de fijar mi vista en sus labios carnosos, que entreabre para mí y, mierda, me lo tomo como una invitación, la mejor invitación de mi vida.

¡A la mierda todo! Voy a besarla.

—El trayecto ha terminado, deben abandonar el barco. *Shit!* La interrupción de este chico hace que ella se levante nerviosa y se aleje de mí. Gruño de frustración en dirección al joven tripulante y la cara se le pone violeta cuando llego a su alcance.

—Perdóneme, señor De Vries —lloriquea—, no sabía que era usted. Perdóneme, señorita —suplica en dirección a Amaya—, ha sido un error, pueden quedarse cuanto quieran, yo...

—Oye, tranquilo —lo reconforta Amaya mientras yo lo fulmino con la mirada—. No pasa nada, solo haces tu trabajo.

No puedo montar un espectáculo o arriesgarme a que este chico asustado delate quién soy en realidad, así que decido dejarlo pasar, debo hacerlo. Obligo a la molestia a retroceder mientras bajamos del barco.

Capítulo 9



AMAYA

«Encontrar a alguien que te escuche con la intención de entenderte y no solo de responderte».

Santander es una ciudad preciosa, Rodrigo y yo no hemos parado de andar en toda la tarde, la recorrimos de un lado a otro. He hecho fotos de cada detalle y ha sido alucinante: el ayuntamiento, la catedral, todo el movimiento de gente en el centro, el edificio de correos, la plaza porticada, el palacio de la Magdalena... todo es increíble, bonito, elegante y huele a mar y tranquilidad.

Me ha llamado la atención que media ciudad conozca a Rodrigo, es como una especie de famoso al que todos respetan, nos han interceptado cada dos minutos y algunas personas mayores incluso han intentado besarle la mano, él se ha puesto rojo como un tomate y ha tenido que escaquearse de la situación, amablemente, en cada ocasión. Todo eso me resulta extraño y hace más evidente que hay algo que Rodrigo me quiere ocultar. No es solo un hombre de treinta y dos años que regenta una cafetería, eso lo tengo más que claro.

Al subir de nuevo a la lancha para volver a cruzar la ciudad ya estaba oscuro, pero ahora, en el coche, de camino a casa, veo a través de las ventanillas la fuerza de la oscuridad que nos asola. No es que sea tan tarde, en realidad, son solo las ocho y media, pero es invierno y los días son más cortos.

Rodrigo se ha mostrado del todo caballeroso, pero no me ha dejado pagar nada y, bueno, a pesar de que eso me resulta un poco incómodo, lo he dejado pasar, he preferido no arruinar el momento y tan solo disfrutarlo.

Me gusta Rodrigo.

¡Mierda! ¡Ya está! ¡Ya lo he dicho!

¿Cómo no me va a gustar si es más guapo que los ángeles? Y es tan amable, atento y cariñoso. Algo me dice que yo también le intereso, pero tiemblo de miedo al pensar en ello, tanto si es la

realidad como si no.

«No estás preparada, Amaya», me repito a mi misma.

¿No lo estoy? ¿Acaso no llevo más de siete años sin permitirme sentir algo por un hombre solo porque huyo de otro? ¿Cuánto tiempo más me pondré la excusa de que no estoy preparada? ¿Hay que estarlo para dejarse llevar y disfrutar del momento? ¿Cómo se prepara uno para que le vuelva a gustar alguien después de lo que yo he vivido?

Demasiadas preguntas y ninguna respuesta.

—No es que seas una gran copiloto —escucho farfullar a Rodrigo y salgo de mis pensamientos.

—¿Qué?

—Ni siquiera te has conectado al *bluetooth* para poner música.

—Me gusta la que suena —sonríe y sigo el estribillo de *Love Tonight*, de Shouse, antes de subir un poco el volumen. Me sonrojo a medida que reconecto con la letra de la canción, Rodrigo me mira y sonrío mientras me muevo al ritmo de la música.

—Esta canción es genial. Cuantas cosas en un día, Madrid. Ahora incluso tenemos una canción propia.

—Oh, ¿qué dices? No la tenemos.

—*Shh* —me chista—. Claro que la tenemos, así que, deja que atesore este momento. —Quiero rebatir ante sus tonterías, pero está centrado en un giro a la izquierda.

—¿Y para qué queremos una canción para nosotros? —me aventuro a preguntar.

—Eso es trampa, Madrid. —sonríe entre dientes—. No puedo tener que explicártelo todo.

Me mantiene la mirada durante unos segundos antes de volver a centrarse en la carretera, sé que no está a centímetros de mi cara ahora mismo solo porque está conduciendo y me maldigo por lo mucho que lo deseo.

—Es increíble que te conozca tanta gente y que todos te muestren tal nivel de respeto. Tú familia debe de ser importante por aquí —intento cambiar el tema para rebajar la tensión sexual en el ambiente, pero enseguida noto como la sonrisa de Rodrigo desaparece, se le tensan las manos en el volante y mueve nervioso la cabeza.

El coqueteo ha desaparecido, es cierto, pero ahora dudo de haber dicho algo malo o tocado un tema sensible para él; aun así, prosigo con cautela. No deberían incomodarle mis preguntas después de que yo me he mostrado hoy a él como un libro abierto.

—Es decir, ¿hace cuanto vives en España? ¿Cómo es que has acabado viviendo en un pueblo tan pequeño?

—Es el pueblo de mis abuelos maternos, murieron hace años y el edificio forma parte de la herencia de mi madre. Mi padre es holandés, pero mi madre es de aquí, de Solares.

—Con razón hablas tan bien el español.

—He crecido hablándolo, siempre ha formado parte de mí, de mi casa, de mi familia. —Las últimas palabras las dice en un tono apenas audible y eso hace que se me estremezca el corazón. Recuerdo, mientras lo analizo, que no me ha contado nada sobre él ni sobre su familia.

—Rodrigo —tanteo el terreno mientras juego con las manos, me queda claro que su familia no es un tema del cual le encanta hablar, así que me obligo a cambiarlo—. ¿Lo decías en serio? ¿De verdad irías a Holanda conmigo?

—Lo haría.

—Eso sería genial —reconozco. No hay nada romántico en mis pensamientos, bueno, al menos no con respecto a esto, encontrar a mi madre es mi principal prioridad.

—Mientras llega ese momento, podrías darme los datos que tengas de tus padres. Tengo un amigo investigador en Holanda, él podría buscar un poco de información.

Abro los ojos y puedo sentir cómo se iluminan. Me muerdo los labios para evitar que se me escape un grito de emoción, pero las lágrimas son otra historia, ya me escuecen en los ojos y sé que su salida es inevitable. No es que no haya conocido nunca a una persona buena, me he topado con unas cuentas en el camino, pero la gente siempre va a su rollo; hasta ahora, nadie me había escuchado lo suficiente con respecto a este tema, nadie les había dado la importancia suficiente a mis palabras, nadie había caído en la cuenta de que suplico ayuda con respecto a esto porque la necesito. Todos me piden que lo deje estar, que será mejor o menos doloroso para mí, pero no quiero olvidarlo ni seguir con mi vida sin más, necesito más que nada en esta vida obtener respuestas sobre mi madre.

—¿Harías eso por mí? ¿Por qué?

—No me supone ningún problema, Madrid —me dice, como si para él fuese algo obvio. No puede verlo, es imposible, no tiene ni idea de lo mucho que significa este acto para mí.

Solo cuando veo que Rodrigo sale del coche es cuando me doy cuenta de que hemos llegado, bueno, estamos en un *parking* subterráneo que imagino que pertenece al edificio.

Salgo del coche, pero soy incapaz de contener la emoción que escapa de mis ojos en forma de lágrimas, las limpio con disimulo y ahogo un par de sollozos, pero mi jefe está ahora delante de mí y me mira muy de cerca. Cuando estira la mano para limpiarme las lágrimas con la palma, confirmo que no he tenido suerte al intentar ocultarlas.

—Llevo veintitrés años echando de menos a mi madre —le confieso despacio—. Me martirizo por no saber qué pasó. Hace mucho tiempo que sueño con dar un paso adelante y buscarla, pero la espiral de mierda en la que se ha convertido mi vida desde... —La angustia no me deja continuar, estoy emocionada y agradecida y hablo sobre mi madre abiertamente con alguien a quien le interesa por primera vez en mucho tiempo, así que no quiero mencionar ese nombre ahora, no quiero que Rodrigo me pregunte por él y eclipse nuestra conversación sobre mamá—. No he podido, no me lo ha permitido.

—Hey, tranquila, Madrid. —Rodrigo me sujeta los hombros mientras mueve las manos de arriba hacia abajo, intenta tranquilizarme y se lo agradezco—. Te enviaré un WhatsApp para que me envíes los datos, yo me encargo del resto. Puedes confiar en mí, ¿vale?

Su sonrisa de medio lado, sus hoyuelos y la forma en la que brillan los ojos hace que me recorran corrientes eléctricas que se aúnan con mi emoción. Sonrío y salto despacio en mi sitio mientras me muerdo los labios. Joder, lo abrazaría ahora mismo, me da más de lo que nadie me ha dado en toda mi vida solo con otorgar a este tema la importancia que se merece.

Me escucha, valida mis emociones y muestra empatía hacia mi dolor. Si esto no se merece un abrazo, entonces nada lo hace; además, quiero hacerlo. Me gusta el contacto físico y el cariño aunque me grite a mí misma que no para protegerme. Estoy harta de mantenerlos a todos alejados, detrás de una barrera solo por el miedo a que llegue el momento en el que tenga que huir. Esta vez puede ser distinta, esta vez quizá pueda quedarme y hacer amigos que me acompañen toda la vida.

Decido que lo haré, solo será un breve contacto. Me lanzo sobre el pecho de Rodrigo y le rodeo el cuello con los brazos, lo aprieto contra mí y enseguida noto lo fuerte que está y lo duros que se sienten sus pectorales contra mis pechos. Rodrigo no parece incomodarse porque me corresponde de forma instantánea y me rodea de la cintura con fuerza. Estamos muy unidos. Dios mío, creo que voy a morir de lo bien que me siento entre sus brazos. El cuello de su chaqueta tiene una mezcla perfecta del olor de su colonia y su *after shave*, me hace sentir obnubilada, quiero olerlo y no parar jamás.

—Muchas gracias —susurro en su cuello—. De verdad. Por todo.

—No hay por qué darlas —dice despacio, pero su tono es diferente. Su voz se vuelve más ronca, suplicante y aterciopelada, y hace que me recorran corrientes eléctricas por todo el cuerpo y que las mariposas de mi estómago monten una jodida revolución—, aunque no debería ser tan bueno contigo, sigo molesto porque no me dejases llevarte a cenar.

Me desprendo de su cuello y sonrío mientras lo aparto de un empujoncito juguetón en el pecho.

—Ya estás otra vez...

Desvío la mirada e intento darle la espalda antes de que él me sujete la mandíbula y vuelva a centrar mi vista en sus ojos. Su otra mano sigue posada en mi cintura y me atrae con más fuerza hacia sí, me doy cuenta enseguida de lo íntimo que es este momento, pero no puedo detenerlo, no puedo moverme y apenas puedo respirar debido a la rapidez con la que me late el corazón.

—No vuelvas a llorar, Madrid. No puedo soportarlo.

Su voz es tan suplicante que me resulta dolorosa y sus labios están tan cerca de los míos que casi puedo sentirlos. Quiero sentirlos. Su mano está muy firme en mi mandíbula y tengo la seguridad de que no va a soltarme, no quiero que lo haga y eso me produce excitación y pánico a

la vez. ¿Va a besarme? No debería, pero me apetece, sí que me apetece.

—Esta vez han sido lágrimas de esperanza. —Se me corta la voz con cada palabra. Creo que él lo sabe, nota como tiemblo entre sus brazos y eso debe de darle una idea muy clara de cuánto me afecta.

—Tienes los labios más bonitos que he visto en mi vida.

Su cuerpo ruge ante nuestra proximidad, mi pecho late contra el suyo, se me eriza la piel y noto la sed que tienen mis labios de sentir la humedad de los suyos. ¡Dios mío!, sentir todo esto es increíble, quiero vivirlo todo, probarlo todo, dejarme llevar, pero no puedo seguir, tengo que parar, esto no está bien y debo recuperar la cordura. Este hombre, este dios griego rubio y escultural es mi jefe y mi casero, y el dueño del programa que me da sustento ahora mismo.

—Rodrigo, no, no debería... —La voz me sale de la garganta en apenas un hilo, pero encuentro la fuerza para removerme en sus brazos lo suficiente como para que él dé un paso atrás —. Eres mi jefe y mi casero, no puedo hacer esto. No soy esa clase de chica.

—¿A qué te refieres con esa clase de chica? —pregunta incrédulo enarcando una ceja—. ¿No te gustan los hombres?

—Oh, joder, sí. Es decir, eres guapísimo, pero sería raro y hace años que yo no... —Cojo aire y obligo al caos a retroceder dentro de mi cabeza—. Acabo de conocerte y estoy de mierda hasta las orejas. Es mejor que seamos amigos, créeme, es por tu bien, no necesitas el tipo de drama que acompaña a una chica como yo en tu vida perfecta.

Me mira despacio y me examina de forma evidente antes de extenderme la mano. Estoy hecha un manojo de nervios, las manos me sudan, las palabras no se me organizan ni siquiera en la cabeza y seguro que todo mi cuerpo tiembla de forma visible, además de estar roja como un tomate, creo que él puede notarlo porque relaja su expresión y agita la mano que me extiende en un gesto exagerado.

—Entiendo. ¿Amigos, Madrid? —Le acepto la mano y suspiro aliviada, pero no me espero en absoluto lo que hace a continuación: tira de mí con fuerza, me estampo contra su pecho y nuestros labios se unen. El beso es rápido, fuerte y duro. No tardo en reaccionar y mirar de frente su sonrisa. Parece siniestra, malvada, tenebrosa, como si fuese otro Rodrigo. Lo examino incrédula y me atraviesa una ráfaga de miedo—. Por ahora —argumenta cuando al fin libera mis labios para después acariciar los suyos con su dedo pulgar.

¿Qué demonios acaba de pasar?

No espero que me dirija, doy unos cuantos pasos atrás y lo observo de cerca antes de salir corriendo en dirección a las luces de la escalera. No sé qué coño ha pasado, no sé cómo todo ha podido torcerse de esta manera, pero empiezo a estar furiosa y, en este momento, desconfío de él y, joder, también de mí. Si me quedo un segundo más ante su presencia me temo que seré yo la que empieza a besarlo aunque él grite que me detenga.

Capítulo 10



RODRIGO

«Uno debe desear algo para poder sentirse vivo».

Apenas tengo tiempo de entrar a mi apartamento, cerrar la puerta, bajar pantalones y calzoncillos a la altura de las rodillas. Unos cuantos bombeos son suficientes para descargar mi liberación en el dorso de la mano mientras me tiro en el sofá, exhausto.

La he besado. Vale, una birria de beso apresurado y fugaz, nuestros labios apenas se han tocado, pero ha pasado, me he atrevido y no he sentido náuseas ni asco en ningún momento, todo lo contrario: ha sido una pasada que me ha demostrado que todo lo que siento hacia Amaya no es más que el comienzo de algo todavía más grande.

Amaya me gusta muchísimo, despierta mi deseo, mis instintos más primitivos y amenaza mi autocontrol. Es una locura, pero está pasando de verdad. Vuelvo a la vida y eso no me puede hacer más feliz. Han pasado muchos años desde la última vez que sentí algo parecido a esto, de hecho, nunca lo había vivido con tal intensidad, la atracción es palpable e indiscreta entre nosotros. Ahora mismo las endorfinas ejecutan un baile frenético a través de mi sangre y, joder, acabo de obtener una liberación, pero estoy listo para unas cuantas más con este nivel de excitación.

¡Y lo único que ha hecho es posar sus labios sobre los míos y después salir corriendo!

La he molestado. Soy un enfermo, me siento como un maldito acosador en este momento, pero, *shit*, creo que a ella también le ha gustado, veo como me mira de reojo los músculos y los hoyuelos, y que no le soy indiferente, aunque quiera resistirse a ello. Ha dicho que no debería y luego me ha soltado una lista de afirmaciones estúpidas, pero no ha dicho que no quiera.

Sé que con ella debo ir despacio, pero no hay nada que me haga querer detenerme en el avance que he iniciado, ni siquiera mis posibles sospechas infundadas. Creo en ella, mi corazón quiere creer y con eso me vale. Quiero descubrir sus límites y extenderme, poco a poco, hasta

que sea ella la que desee que dé el siguiente paso.

Apenas he recuperado la normalidad en la respiración cuando suena el móvil. ¡Mierda! Corro a la mesa mientras me acomodo la ropa y me hago con servilletas, me limpio la mano antes de buscar el aparato en el bolsillo del pantalón.

Contesto agitado.

—El último toque, tío. ¿Quién eres tú y dónde está mi amigo?

—Había dejado el teléfono cargando en la habitación y estaba en la cocina. —Espero que Gerlof me crea, es mi mejor amigo y sabe mejor que nadie cuando miento.

—Haré como que me lo creo —farfulla—, Te envío un expediente con todo lo que he logrado encontrar de tu chica misteriosa, debe de estar saliendo por tu impresora —Hace una pausa dramática y escucho los sonidos de la máquina mientras se pone en marcha— ahora. Es nuestra paisana.

—Ya, me lo ha dicho hoy.

—No veo conexiones con tu familia, Rodrigo. —Su tono suena condescendiente, me conoce lo suficiente como para saber que ese dato me preocupa bastante—, al menos no de ella directamente.

—¡Mierda! ¿Su madre?

—Fue una de las chicas del barrio rojo. —¡Maldita sea!

—¿Aún vive?

—No he encontrado rastros de ella. ¿Quieres que intente encontrarla?

—Ponte con ello y mantenme informado.

—Rodrigo... —le escucho protestar.

—Lo que puedas, Ger, de manera discreta, sin que mi familia se entere.

—Claro, tío. Lo intentaré.

Saco la botella fría de Jenever del frigorífico y la dejo sobre la encimera. Cojo un vaso de cristal y aprieto el botón que me ofrece enseguida unos cuantos cubos de hielo, me sirvo una cantidad generosa y brindo para mis adentros antes de darle el primer trago: tiene un sabor fuerte a enebro y el toque suave de otras hierbas, el ardor y la frescura que me produce el alcohol frío mientras me atraviesa la garganta, me la quema y me la alivia a la vez.

Quiero pensar en algo más que en Amaya mientras disfruto de este trago, pero no soy capaz, me gustaría que ella estuviese aquí ahora, compartiéndolo conmigo, me gustaría ver como cambia su cara al probarlo, ver si aprieta los ojos mientras pasa por su garganta. Me gustaría hablar más con ella, que se abriera aún más conmigo, «que se abriera para mí». ¡No! O sí, pero ella necesita más tiempo, aunque yo no puedo dárselo.

La impresora termina y deja un montón de hojas en la bandeja de salida. Me siento culpable enseguida. No soy nadie para entrometerme en su vida de esta manera. No tengo derecho a husmear

así en su privacidad, en su historia. Ella es lo que hay escrito en estas líneas y, a la vez, es mucho más, quiero descubrirlo todo por mí mismo, quiero que ella me cuente sus vivencias y sus miedos y, a la vez, necesito saber quién es el imbécil que le ha hecho daño, quién es la madre que la abandonó y le mintió diciéndole que iba a regresar y quién es ese padre que dejó este mundo antes de haberla conocido. No debo, pero quiero más que nada conocer el contenido de estas hojas.

En la primera página me espera un certificado de nacimiento en holandés.

Lissa Garrido, vaya, no tiene cara de Lissa. Nacida el dieciséis de agosto del noventa y cinco en el AMC. Leo, lo sabía. Madre de nacionalidad cubana: Erika Garrido. Padre de nacionalidad holandesa: fallecido, sin información.

¿Qué? Primera incógnita que despierta mi curiosidad, ¿por qué no poner la información de su padre, aunque haya fallecido? Es como si su madre pretendiese que nadie supiera quién fue.

Ojeo un poco más, no hay mucho de donde tirar, detalles del bebé, tipo de sangre, etc.

En la página siguiente me encuentro la foto de una pequeña triste y con los ojos hinchados encima de una ficha de entrada en el sistema de acogida de la comunidad de Madrid.

—Lissa habla español a la perfección, pero está aterrorizada. Su madre también lo parece mientras grita que debe dejarla aquí para protegerla —leo en voz alta—, promete volver por ella en dos meses.

Dios, respiro profundo mientras me planteo si puedo o no seguir leyendo. Solo de pensar en lo pequeña que era siento que me duele la cabeza. No puedo ni imaginarme su dolor al quedarse allí sola, sin el amor de su madre, el único que había conocido hasta ese momento.

Datos burocráticos, de escolarización, médicos. Clases de violín. Un momento: un mentor anónimo, alguien que ha financiado su educación en la sombra, ella no ha mencionado nada de esto. Por lo visto, tiene un fideicomiso a su nombre. Tengo que averiguar quién hace los ingresos. Me quedo pálido al ver el recibo de una de las transferencias. Una cuenta a nombre de Henk Jansen. *Shit!* El alma se me cae a los pies. ¿Puede ser el Henk Jensen que yo conozco? El hombre de confianza de mi padre es quien mantiene a mi chica, ¿o no? Hay muchos Henk Jensen en Holanda, es uno de los nombres y apellidos más comunes, puede que solo sea una casualidad. Sea como sea, es una cosa más que Gerlof debe investigar, si el número de cuenta es una de las que utiliza el Clan Loyaal, entonces puede que mi chica tenga más que ver con nosotros de lo que dice.

Definitivamente tengo mucho que averiguar sobre mi chica misteriosa.

Capítulo 11



AMAYA

«Fluye. Nada puede detener a las corrientes».

Estoy molesta porque me besó. ¿Lo estoy? ¡Sí! Le dije que no debería, pero aun así lo hizo.

«Eso ni siquiera fue un beso, solo un roce de los labios por el impacto», la voz en mi cabeza que se muere por algo de acción insiste en sabotearme de forma continua, en restar importancia al suceso y hacerme sentir una dramática integral, pero no se lo voy a permitir. Sé lo que pasó y sé que no debió ocurrir, aunque he de reconocer que lo he añorado, ambas cosas, la sensación de que estoy viva y de que me suceden actos emocionantes y diversas, y también a Rodrigo durante la mañana: sus bromas, su sonrisa, su presencia. Estaba preparada para soltarle un sermón en plan directora de colegio, pero no se ha presentado a trabajar y ya me he ablandado, la energía conflictiva que bullía dentro de mí se ha convertido en añoranza, desconcierto y sensación de vacío. A pesar de eso, mi primer turno sola me está saliendo genial. Rodrigo ha entrado un par de veces al bar en busca de papeles, me ha preguntado si todo va bien con esa sonrisa impecable y yo me he limitado a asentir, incapaz de lanzarle una regañina.

—Venga, Amaya, mañana es sábado, di que sí y ven conmigo. —Sofía no para de parlotear algo sobre quedar mientras ponemos la mesa.

—¿Dónde querías ir exactamente?

—Al cine, se estrena una película de mi novela romántica favorita: fantasía, hombres lobo para mojar pan, secretos, suspense... es una locura, ¡tienes que venir! También tengo el libro en casa, tía, te lo puedo dejar...

—Vale —la interrumpo—. Iré contigo, leeré el dichoso libro y veré la película ñoña, pero tienes que parar ya.

—Oh, te aseguro que es de todo menos ñoña, Mateo, Dios, ese hombre es poderoso y, joder, él y su hermano están como un queso.

—¿Qué te parece si, por ahora, centramos nuestro interés en comer y en los seres humanos?
—bromeo. No puedo evitar reírme de sus ocurrencias.

—Muy graciosa, pero la imaginación es libre de volar en todas las direcciones que le apetezca y, joder, tía, te aseguro que en mi imaginación ese hombre lobo no decepciona en absoluto.

—Sofía —le riño entre risas.

Escucho el característico sonido de la campanilla de la puerta y me giro. Yolanda y Rodrigo entran conversando y con las manos cargadas de carpetas.

Yolanda sonríe y abre los brazos en nuestra dirección, Sofía corre a ellos sonriente y yo me acerco con cautela antes de que me envuelva entre ellos. Vale, el contacto físico es importante para estas personas.

—Que guapas sois, como me alegro de veros.

—Hola, soy quien firma vuestras nóminas y existo —refunfuña Rodrigo. Antes de que me dé cuenta, Sofía ya está en sus brazos y Yolanda me da un ligero empujoncito para que la siga. ¡Oh, no! Esto no es bueno. Me quedo rígida frente a él y dejo que me dé palmaditas en la espalda.

—Tendrías que verte la cara, Madrid —grita en plena carcajada—, parece que voy a contagiarte con sarna radiactiva.

—¿Sarna radiactiva? —Ahora soy yo la que se deshace en risas, mi coraza cae en cuestión de segundos y siento cómo me destenso—. Vaya, eres todo un friki.

—Yo también quiero abrazos, ven aquí, guapo —grita Albert, entra a la estancia y corre a por Rodrigo mientras que este emprende la huida en medio de gritos y advertencias.

La comida transcurre entre comentarios divertidos y bromas, hoy me siento un poco más desenvuelta, un poco más acoplada a este pequeño equipo.

—¿Entonces todo bien en mi ausencia?

—Lo ha llevado mejor que tú, tío —se bufa Albert—. No le has hecho falta a nadie por aquí.

—*Auu*. Eso me ha dolido, pensé que me querías —le responde Rodrigo.

—Es evidente que no.

—Amaya ha aceptado venir al cine mañana conmigo, iremos a ver una película romántica —suelta Sofía con tono socarrón.

Todos los ojos se posan sobre mí y la maldigo internamente, no puedo evitar sonrojarme.

—Juro que me ha apuntado con una pistola. —Sonrío—. No he tenido más remedio, si no decía que sí no iba a callarse nunca.

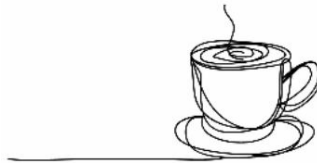
—Tiene razón —alega Sofía con seguridad—. No pensaba hacerlo.

—¿Puedo acompañaros? —Me sorprende que sea Albert quien lo pregunte en lugar de Rodrigo.

—Yo también quiero ir —bufa entonces el aludido—. Ya te dije que el romance era mi género favorito, no puedo perderme la peli de *El lado oculto de la luna*, desde que Sofía me lo

dejó es uno de mis libros favoritos.

—Y Benjamín —brama ella emocionada—. Me muero por ver qué actores los interpretan. ¡Quedada de cuatro! —Sofía es la primera en gritar y después la secundan los demás gritando la misma frase. Genial. Ahora tengo que ir al cine con estos dos bromistas entusiastas a los que les encanta llamar la atención y con mi jefe, el que me ha besado anoche en el aparcamiento. ¡Maravilloso, poético, formidable!



—Te has puesto superguapa —parlotea Sofía a mi lado en la parte trasera del coche de Rodrigo—. Me encanta ese labial y me flipa tu cabello.

—Gracias.

No me he esmerado demasiado en arreglarme, pero todos parecen flipar, lo único que he hecho diferente a días anteriores es aplicarme color en los labios: rojo. El cabello lo llevo suelto, eso sí, y aunque no pretendo impresionar, sé que es inevitable que mi melena rizada llame la atención.

Todos están guapos esta tarde, pero Albert es el que más me ha sorprendido: de verlo siempre enfundado en su uniforme de cocinero, con su gorro en la cabeza y sus gafas de ver a contemplarlo con ropa informal ajustada, el cabello peinado y lentillas cambia muchísimo la cosa. Albert también es muy guapo, además de un cacho de pan.

Los chicos no nos dejan pagar las entradas a pesar de que refunfuñamos a sus espaldas, es por eso que, cuando terminamos de ordenar la comida, ya tengo la tarjeta preparada de manera discreta y me hago con la delantera al colocarla en el datáfono. Algo en mi interior salta de alegría cuando Rodrigo me lanza una mirada asesina y siento que se la he devuelto.

—Eres un ser despiadado y rencoroso, Madrid —se queja.

—*Mea culpa*.

La película es preciosa, por más que me cueste admitirlo, Sofía tenía razón. Esos chicos están como un queso y la historia te atrapa desde el primer momento.

Estoy sentada en una butaca en medio de Sofía y Rodrigo, y procuro no darle mucha más importancia a la presencia del segundo mencionado.

—¿Ya te has dado cuenta, Madrid? —Rodrigo me susurra en el oído, no es la primera vez que me habla en toda la película, pero ahora coloca la mano en mi rodilla al hacerlo. Su cercanía me pone nerviosa enseguida y mi cuerpo se enciende con ese simple gesto. Estoy expectante por lo

que tiene que decirme, deseo que se acerque un poco más y que su aliento me acaricie el cuello —. Mira como ambos buscan que coincidan sus manos al coger las palomitas. —Me señala con los ojos hacia la izquierda.

¿Qué? Durante unos segundos no sé de qué me habla, hasta que entiendo que se refiere a Albert y Sofía. Miro en su dirección con algo de disimulo y observo las risitas nerviosas que se dirigen y como se acarician las manos encima de las palomitas en cada roce.

—No —susurro perpleja.

—Salen hace dos meses, pero intentan mantenerlo en secreto.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Supongo que creen que influenciará en mi concepto sobre su trabajo, ya sabes, tengo una sombra de jefe que me asedia sin parar.

—¿Tú? ¿Qué dices? No me había dado cuenta —me burlo—. Es tan tierno. ¿Vas a decirles que lo sabes?

—Lo haré.

—Y te parece bien ¿no?

—No me puede parecer mejor. Los dos son mis amigos y me alegro por ellos.

—¿Sabes? Para lo mucho que te flagelas, eres un jefe increíble.

—*Shh* —chista Sofía—, deja de parlotear, tía, que te pierdes la mejor parte, ¡ha estado a punto de besarla!

Sonrío mientras vuelvo a centrar mi atención en la película, no quiero acabar siendo asesinada por una superfan por no prestar la suficiente atención.

Me acomodo en el asiento y me reconforta la presencia y la cercanía de los chicos, Rodrigo mantiene la mano en mi rodilla y no tengo ganas de apartarla. Respiro profundo y me siento relajada, a gusto, conforme, por primera vez en mucho tiempo. Que todo fluya, que pase lo que tenga que pasar.

Entonces, todo se va a la mierda.

Primero escucho ese sonido y me cuesta reconocerlo porque nunca antes lo he escuchado, pero sospecho enseguida de donde proviene y me apresuro a confirmarlo. Todo se oscurece a mi alrededor y pierdo la noción espacio tiempo, estoy, de repente, llena de pánico.

El sonido retumba en mis oídos, la gente chista en mi dirección. Me siento en un galimatías absoluto. La respiración se me acelera y jadeo, busco aliento mientras meto la mano en el bolso que parece haber crecido diez veces su tamaño. Rodrigo, a mi lado, me mira ansioso. Agarro con fuerza el móvil viejo y salgo de la sala de cine como alma que lleva el diablo.

Capítulo 12



RODRIGO

«Volvería a perder con tal de verte sonreír».

Sigo a Amaya de cerca hasta que estamos fuera de la sala de cine. Sus ojos llorosos me encuentran y parece tan perdida que siento la necesidad dolorosa de abrazarla y calmar su angustia. Tiembla y yo no lo soporto.

—Es mi madre —susurra llorosa—. Está pasando de verdad, Rodrigo, está llamando.

—Contesta, no estás sola. No pienso alejarme de tu lado.

Me mira e intento infundir en ella un poco de seguridad, me gusta que busque apoyo en mi mirada y me gusta poder ofrecérselo. Me acerco y le acaricio el hombro, entonces ella contesta el viejo aparato plateado que tiene entre las manos.

—¿Sí? —susurra nerviosa.

—Sabía que por esta vía podría encontrarte, palomita. —Estoy tan cerca de ella que escucho a la perfección esa voz masculina tenebrosa. Amaya ahoga un grito y, enseguida, las lágrimas, brotan de sus ojos como una imparable cascada—. Me encantaría ver tu cara en este momento. —Se ríe ese cabrón e inmediatamente me imagino como le arranco todos los dientes de esa sonrisa—. ¿Pensabas que tu madre se había dignado en aparecer después de veintitrés años?, patética, como siempre.

—¡¿Cómo te atreves?! —le grita Amaya—. ¡¿Cómo te atreves a caer tan bajo para martirizarme?!

—Querrás decir para encontrarte, ¡maldita zorra escurridiza! Sabes que no puedo vivir sin ti, Lissa. Insistes en jugar al puto escondite conmigo y no puedo soportarlo, me obligas a hacer estas cosas, te gusta que te persiga, alimentas mi rabia y luego te haces la víctima cuando logro encontrarte y tengo que darte una jodida lección.

—¡Estás enfermo!

—¡Todo es culpa tuya! —le grita él y ella tiembla. *Shit!* Tengo que apretar los puños para reprimir las ganas de quitarle el móvil de las manos y destrozarlo, además de las de matar a ese tío—. Sabes que eres mía. ¡Llevas diez años intentando enloquecerme! ¡¿No te cansas de jugar conmigo a este maldito juego?!

—No soy tuya ni de nadie. ¡Soy mía, Víctor, y no te quiero en mi vida!

Entonces Albert y Sofía salen por la puerta y nos miran preocupados.

—¡Amaya! ¿Qué te ha pasado? —grita Sofía nerviosa al ver la escena frente a sus ojos.

Las carcajadas que se escuchan desde el teléfono nos dejan a todos helados. Los ojos de Amaya se ensanchan mientras comprendo en el terror de su mirada lo que acaba de pasar.

—Así, que Amaya, ¡eh! —El imbécil ríe y gruño, molesto—. Empieza la cacería, Amaya, más vale que te escondas mejor esta vez porque no seré tan condescendiente al encontrarte.

La llamada llega a su fin y pasan varias cosas a la vez: Amaya se desploma en el suelo temblorosa mientras hiperventila, Sofía se abraza a Albert entre lágrimas y disculpas él la consuela. Yo permanezco calmado, impertérrito, sopeso la situación y busco posibles soluciones, hay muchos frentes abiertos que abordar ahora mismo, pero, para mí, lo principal y más importante es Amaya. Me pongo de rodillas y me asusta ver unos ojos huecos y oscurecidos, ausentes y carentes de alma. La llamo en repetidas ocasiones, pero ella no parece estar en este planeta. Gruño de rabia y tomo una decisión: ese imbécil va a morir, es hombre muerto.

—Sabía que esto saldría mal —me sorprende al escuchar su voz, impávida y carente de emociones—. No sé por qué hago estas cosas, soy una imbécil. —Solloza despacio—. Debería meterme en el piso y no volver a salir nunca o, mejor aún, debería quitarme del medio para que no me persiga ni un segundo más.

Entonces se rompe, su fachada cae en picado y tiembla en un ataque de llanto ante la mirada de todos nosotros. Albert y Sofía se tumban de rodillas a mi lado mientras intentan consolarla con palabras de aliento y toques erráticos, pero nada consigue calmarla y no detiene su discurso. Me parte el corazón verla de esta manera, escuchar su retahíla y descubrir en sus palabras y su llanto cuan pesado es el dolor que carga sobre sus espaldas ella sola.

—No puedo hacer esto, no puedo tener vida, ni amigos y ha sido una mala idea pretender que podría ser de otra manera. No va a parar, no va a dejarme en paz y os va a meter a todos en esto. —Llora desconsolada.

—Ese tío no te va a encontrar, solo tiene un nombre y un teléfono —razono.

—Tú no lo conoces. —Más bien él no me conoce a mí y estoy seguro de que no querrá descubrir al antiguo Rodrigo.

—Amaya, lo siento, ha sido culpa mía, soy una bocazas. —Sofía está rota de nervios y llora con fuerza.

—No es culpa tuya, cariño —la consuela Albert y la abraza.

En medio de todo el dolor, de toda la desolación del momento y de toda la locura, los ojos de Amaya pasan de ellos a los míos y una sonrisa tímida aparece en sus labios mientras niega con la cabeza. Pronto la sonrisa se convierte en una cohibida carcajada por parte de ambos. Albert y Sofía deshacen su abrazo y nos miran estupefactos.

—Como me digáis que todo era una broma os juro que os mato —gruñe Sofía.

—Rodrigo dijo que estabais liados y al principio no me lo creí, pero ahora lo tengo claro.

La cara de los chicos es todo un poema, se ponen de todos los colores mientras los atraviesan todo tipo de expresiones.

—Rodrigo, yo... —balbucea Albert.

—Lo sé desde la primera vez que os lo montasteis en el almacén, tenéis que aprender a cerrar del todo las puertas, tío, no puedo dormir bien desde ese día. Tuve que salir huyendo de mi propia cafetería.

—La verdad es que me da un miedo de la virgen quedarme ahí dentro encerrada —farfulla Sofía y Amaya se ríe, todos lo hacemos.

—No me deja cerrarla —bufa Albert en medio de risas—. ¿Sabes lo difícil que es para mí tener el culo al aire con la puerta entreabierta? Es una locura.

—No mientas, cuando estamos allí no opones mucha resistencia a tener el culo al aire.

—¡Oh! Demasiada información —Amaya se ríe mientras se cubre la cara con las manos.

—Creo que voy a poner cámaras en el almacén a partir de ahora.

—¡Tío! Te vas a hacer de oro vendiendo mis vídeos. —Albert se emociona en exceso—. Me conozco todo el kamasutra, posaré para ti...

—¡Calla! —gritan las chicas al unísono en medio de carcajadas.

—Entonces, ¿te parece bien? —susurra Sofía una vez pasada la algarabía.

—Claro que me parece bien, joder, sois mis amigos. Me alegro por vosotros.

Los chicos me agradecen mientras sonrían y yo centro la mirada en Amaya.

—Y tú, deja de preocuparte, ese tío no volverá a ponerte un dedo encima. Te lo prometo.

—No me gustan las promesas, Rodrigo —replica triste.

—¿Y el helado? —Sofía casi salta de emoción—. El helado es la solución a todos los problemas, así que venga, yo invito.

Capítulo 13



AMAYA

«La vida es aquello que va sucediendo mientras tú haces otros planes».

Esta semana ha sido un completo caos: el domingo no salí de la cama en todo el día y menos mal que los chicos entendieron que necesitaba espacio y me lo dieron, porque solo me apetecía estar sola y tocar el violín como si me fuese la vida en ello. El violín es lo único que me ayuda a sacar el dolor de manera efectiva.

Sofía llora y se disculpa cada vez que me ve y Víctor me llama unas diez veces al día desde un número desconocido, además me deja unos mil mensajes escritos, todos cargados de «palabras preciosas e inspiradoras», claro. Empieza a pasarme factura contestar a sus llamadas. Aunque sean mínimas las esperanzas de que se trate de mi madre, es duro perderla, en reiteradas ocasiones, al comprobar que se trata de él. Parece masoquismo, autosabotaje, pero es que soy incapaz de no confirmarlo, de dejar que suene sin más, sin estar segura del todo de quien está al otro lado de la línea. Empiezo a sentirme bloqueada, pero me niego a perder ese número, a que me quite también eso, mis esperanzas de hablar otra vez con ella.

Rodrigo sigue igual de bromista, me roba sonrisas en cada oportunidad, pero ahora parece tener más cautela, como si yo fuese un cristal roto que intenta sostener entre las manos a sabiendas de que lo puede cortar con sus puntas afiladas. No estoy contenta con ello, pero, al menos, estoy más tranquila. No ha vuelto a intentar besarme y parece preocuparse un poco más por mantener entre nuestros cuerpos una distancia razonable. Hoy no lo he visto en todo el día y, joder, lo echo de menos.

—Amaya, bonita, he dejado algunas compras en la puerta de tu piso —me susurra Yolanda.

—¿Compras? —Me pongo en alerta—. ¿Qué? ¿Por qué?

—Porque en eso consiste mi trabajo. —Me sonrío antes de desaparecer de mi vista rumbo al almacén. Lo hace a propósito, lo sé, para no darme la oportunidad de replicar. Yolanda no para

de dar vueltas de un lado a otro del local apuntando cosas en su libreta—. Chicos, manos arriba, no quiero sorpresas —grita en alusión a Albert y Sofía que están supercariñosos desde que han hecho pública su relación.

—¿Rodrigo no viene a comer? —pregunta Albert y yo, centro la escucha en pillar detalles. Gracias a Dios que ha hecho esa pregunta porque no quería tener que hacerla yo.

—No, está con Hanna. Por cierto, Amaya, no te importa subirles la comida cuando acabe tu turno, ¿verdad?

Hanna. ¿Quién es Hanna? Rodrigo tiene una Hanna y aquí no lo comenta nadie nunca ni por casualidad. Joder. ¿Por eso ha dejado de flirtear conmigo a saco? Mierda, no sé por qué me sorprende, un chico tan guapo como él debe de tener veinte Hannas haciendo cola para besar esas facciones perfectas. Me acabo de poner tan nerviosa que no me he dado cuenta de que Yolanda mueve las manos delante de mis ojos.

—¿Estás aquí, Madrid?

—Ay, no, ¿tú también?

—Paso demasiadas horas con Rodrigo —se ríe—. Su piso está aquí cerca, ¿cuento contigo?

—Claro —susurro.

Yolanda me dedica una sonrisa radiante antes de seguir a lo suyo. No tiene ni idea de la avalancha de pensamientos que acaba de provocar en mi interior.

«Le das demasiadas vueltas al tema, Hanna puede ser una amiga o un familiar», me dice la voz racional de mi cabeza. «O no», contraataca a la que le encanta el caos y la autodestrucción. «Él no parece ese tipo de hombre, ha ligado contigo abiertamente, incluso te besó», puntualiza el raciocinio. «¿Es eso acaso una promesa de exclusividad?».

No, no lo es. He de decir que, en esta discusión, la voz de la razón acaba de quedar *ko*.

—Su familia. —Escucho las últimas palabras que parlorea Sofía de forma animada antes de que todos dirijan una mirada severa en su dirección.

—¿Dónde está su familia? —me atrevo a preguntar. No sé si se refieren a Rodrigo, pero espero que sí, porque mi curiosidad por saber sobre esos aspectos de su vida es genuina.

—En Holanda, cariño —responde Yolanda sin darle más importancia.

—¿Nunca lo visitan? ¿Él no suele ir a visitarlos?

—Hace cinco años que no pisa Holanda, hay muchas cosas de allí que prefiere dejar atrás.

—Pero allí está su familia. —No me cabe en la cabeza que alguien como Rodrigo quiera dejar atrás a su familia de forma deliberada, o que no desee volver a Holanda y se haya ofrecido a hacerme de acompañante—. ¿No quiere ver a su familia?

—Son cosas personales, cariño —sentencia Yolanda con amabilidad.

Enseguida me siento una idiota. Ahí está: métete en tus asuntos, Amaya.

—Claro, lo siento mucho —musito avergonzada.

—No tienes por qué. Ahora ven, vamos a comer.

El piso de Rodrigo está cerca, tal y como ha dicho Yolanda, unos cinco minutos desde el bar a pie han sido suficientes para llegar. Hoy hace un día brillante, el sol brilla con fuerza y nos brinda calidez a través de sus rayos y, para ser invierno y estar en un pueblo pequeño, hay mucha vida en las calles; los restaurantes están llenos y la gente charla en las terrazas mientras comen el plato del día. Cuando llego al portal, compruebo el número de piso que me dijo Yolanda, lo he apuntado en el móvil, llamo al ático y me abren la puerta enseguida sin mediar palabra alguna.

Ah... Vale.

Subo en el ascensor al último piso, cuando salgo de él, la única puerta de la planta está abierta. Me acerco y escucho movimientos, voces lejanas que conversan en un idioma distinto. Doy un par de toques a la puerta y me planteo la idea de dejar la comida en el felpudo y salir corriendo, no sé si seré capaz de ver a Rodrigo con una Hanna, pero entonces, una voz femenina grita «¡a-de-lan-te!», con una pronunciación terrible y un acento muy marcado. No sé cómo he conseguido unir las sílabas y construir la palabra hasta lograr entenderla, pero me ha costado bastante.

El piso de Rodrigo es imponente: lo primero que me llama la atención es su estilo abierto y lo grande que es, puedo ver cocina, comedor y salón desde este ángulo, y solo he dado un par de pasos dentro. Me fijo en los grandes ventanales del salón, logro ver toda la parte este del pueblo desde esta altura. Las paredes se componen de azulejos grandes de mármol negro brillante con motas blancas y plateadas que construyen ondas envolventes de tamaños irregulares, te animan a observarlas, a tocarlas, a seguirlas mientras te reflejas en ellas. El suelo tiene la misma composición y es como teletransportarse a una dimensión diferente, como viajar dentro de un agujero negro en medio de una galaxia brillante. Parece arte. Los muebles son escasos, solo hay lo necesario y eso centra aún más la atención en lo hermosos que son los dibujos aleatorios del mármol, y hay un piano, un piano negro y precioso. Puedo imaginarme a un perfecto Rodrigo tocando el piano en calzoncillos por las mañanas. Yo podría haber tocado el violín a su lado con solo unas braguitas.

—Gra-ci-as. —Me giro veloz. La chica me sonríe, radiante, es parecida a la de Rodrigo. Es preciosa; tiene una melena rubia hasta los hombros y una carita redondeada llena de pecas, su cuerpo es voluminoso y tiene unas curvas pronunciadas de infarto. Lleva puesto un pijama camisero de dos piezas y me sonríe de forma abierta, remarcando, así, las bolsas negras debajo de sus ojos. Parece ser que no han dormido mucho esta noche. Genial.

—De nada —susurro.

Soy incapaz de no observar a esta chica. Su sonrisa no se me contagia debido a mis propios sentimientos encontrados y recelos, pero me gustaría que lo hiciera, me gustaría corresponder a su alegría, devolvérsela, hacerla sentir bienvenida como se me hizo sentir a mí en su momento.

Entonces Rodrigo sale de una de las estancias vestido solo con unos pantalones cortos y una toalla en la mano con la que se seca el pelo mojado. Sus ojos también reflejan cansancio mientras me observa. Unas cuantas expresiones pasan por su cara mientras me da un repaso, descaradamente, delante de su Hanna: primero sorpresa, luego confusión y, por último, me dedica una de esas sonrisas radiantes que lo caracterizan.

—¡Amaya!

—Hola. —Levanto la mano en señal de saludo mientras me coloco el cabello tras la oreja—. Yolanda me ha pedido que os traiga la comida.

—Muchísimas gracias, ¿ya has conocido a Hanna?

—Sí —sonrío en su dirección—. Que os aproveche. Debo irme.

—¿Qué? Pero si acabas de llegar. ¿Por qué no te quedas a comer con nosotros?

—Ya he comido y... tengo planes. Luego os veo.

Salgo del piso de Rodrigo rápida como una bala, sin mirar atrás, y con la esperanza de no tropezarme con nada en el proceso de huida. Si me cayera de morros al suelo ahora mismo sería un espectáculo de lo más ridículo, pero ya me siento un poco así: patética por desear lo que siempre ha estado claro que no puede ser mío.

Rodrigo tiene una Hanna y yo no puedo tener un Rodrigo, ya lo sabía, pero confirmarlo es doloroso.

—Me he machacado en la rutina de ejercicios de esta tarde y ahora me duele todo el cuerpo. ¡Joder, tía! Tengo unas agujetas de tres pares de narices.

—Deberías llenar la bañera de agua helada. —Eliza me mira con una ceja arqueada desde el otro lado de la pantalla mientras me habla con un mohín de entendida sobre el tema—. Dicen que eso ayuda, lo hacen muchos deportistas.

—¿Y, específicamente, quién dice eso?

—Las revistas, tía, lo hacen los famosos y, no sé, la gente *random* que no quiere envejecer.

—Creo que me tomaré un paracetamol como todo el mundo y pasaré de la bañera llena de hielo, pero no te decepciones, no es que reste valor a tu entendimiento, es solo que el presupuesto no me da para tanto. —Me río.

—Jo, yo quería que lo hicieras para que después me contaras la experiencia. —Sonríe burlona, pongo los ojos en blanco—. No colaboras con la causa de mi eterna juventud y belleza,

tía friki. —Deja escapar una carcajada, una que se entrecorta cada dos segundos debido a su asma y problemas respiratorios.

—Odio tu risa, ¿te lo he dicho alguna vez?

—Desde la primera noche en el orfanato. Te recuerdo que también odias mis ronquidos y mis pedos silenciosos, y que intentaste varias veces asfixiarme con la almohada.

—Oh, por favor, recuérdame por qué no llevé a cabo mi objetivo en ese momento.

—Porque soy adorable y me cogiste cariño, aunque continuaste con tus intentos a lo largo de los años, por supuesto, es imposible domesticar del todo a un animal salvaje como tú.

Las carcajadas campan libres a ambos lados de la pantalla hasta que el sonido de un mensaje entrante hace que se detengan de forma brusca, entonces lo único que se escucha a continuación es el sonido de nuestros suspiros de frustración y nuestra respiración entrecortada.

—Voy a matarte y da igual donde tire tu cadáver porque te va a buscar, zorra de mierda. — Leo en voz alta el mensaje de un número oculto que acaba de entrar en el teléfono cuyo número, se supone, solo debería conocer mi madre—. Cada día es más poético.

—Esto no es una broma, tía. Estoy preocupadísima por ti.

—No deberías, no es la primera vez que ocurre.

—Es la primera vez que utiliza el móvil de tu madre, ambas sabemos que eso es un golpe bajo incluso para alguien como Víctor, es como si su sadismo hubiera evolucionado al siguiente nivel.

—Todo ha evolucionado a un siguiente nivel, también es la primera vez que me cambio la identidad.

—¿Se lo has dicho ya a la policía?

—Sí. Llama con número oculto, ya sabes, irrastreable. Me han dicho que grabe su voz en las llamadas, pero cuelgo en cuanto compruebo que es él.

—No quieres escuchar su voz.

—No puedo.

—¿Aún tienes esas pesadillas?

—Cada vez son peores.

—¿Las pastillas no funcionan?

—Necesito estar alerta. No puedo tomarlas, Eli, lo sabes.

—Lo sé. —Asiente solemne—. ¿Y el jefe buenorro? Hace unos días que no lo mencionas.

—Hoy he conocido a su novia. —Soy incapaz de no reírme cuando la boca de Eliza cae en picado, luego la risa se vuelve amarga y siento que, en realidad, me río de mi propia desgracia—. Ya ves, cosas que pasan.

—¿Estás segura de que es su novia o solo has hecho lo que haces siempre?

—¿Hacer lo que hago siempre?

—Torturarte a ti misma al dar por hecho la opción más dolorosa para ti. —Putilla ingeniosa,

odio que me conozca tanto—. No hace falta que contestes, puedo ver la respuesta en tu cara.

—Los he visto en el apartamento de él, en pijama a las dos de la tarde y él salía de la ducha...

—Oh, culpables —me interrumpe en tono jocoso—, llevaban el cartel de «acabamos de follar como conejos» colgado del cuello.

—Es una actitud muy íntima.

—Tú y yo hemos tenido niveles de intimidad extremos en comparación a eso.

—Tú y yo somos hermanas, hemos crecido cagando en el mismo váter.

—Tía, cállate ya, me pones de los nervios. Odio tu tendencia a autoflagelarte.

—Eliza...

—Deja de sacar conjeturas.

—Tienes razón. De todas maneras, no me importa.

—Ya —se ríe—. Como tampoco te importaba que me comiese siempre los sugus, por mucho que los escondieras.

—Me debes como veinte millones de bolsas.

—Lissa —me tenso enseguida, reconozco el tono que utiliza y sé que me viene sermón en tres, dos, uno—. Tienes derecho a vivir, tía. A ser feliz, a enamorarte o echar un polvo sin compromiso, lo que tu quieras, pero tienes que permitirte hacer lo que te dé la gana.

—Ya.

—Ya no somos esas niñas a las que no les permitían tener voz propia. Tienes una vida, Li, debes vivirla.

—Eliza, te vas por las ramas, no hace falta ponerse sentimental. Te entiendo y lo intento, lo sabes. Tú eres quien mejor puede saberlo.

—Lo sé. Todo saldrá bien, hermanita...

—Mientras nos tengamos la una a la otra —concluimos al unísono.

Y, a pesar de que la angustia es mi fiel compañera, siento que se sosiega, que retrocede, que da un paso atrás al enfrentarse al amor y la unidad que esconden esas palabras entre nosotras.

Capítulo 14



RODRIGO

«Dame tu mano, quiero demostrarte que no estoy dispuesto a soltarla nunca más».

Evitar a Amaya esta semana cuando todo mi interior me gritaba que la envolviera entre mis brazos y no la soltara jamás, ha sido una de las cosas más difíciles que he tenido que hacer en la vida, menos mal que no es la primera vez que me veo en la tesitura de tomar decisiones difíciles pero necesarias. El domingo ella pidió a gritos espacio y no nos quedó más remedio que ceder. No he podido parar de revivir, una y otra vez, los recuerdos de su dolor, de su desdicha y de su miedo, sentada en el suelo de ese cine, desubicada y ausente, he estado a punto de perder el control en más de una ocasión debido a la rabia que me provocan esas imágenes.

Jamás algo ha torturado de manera similar mi cabeza ni ha amenazado con llevarme al límite de una forma parecida. Su mirada ausente, la forma en la que mantiene las distancias con todos desde ese día y los continuos mensajes y llamadas que la veo leer y contestar con una pizca de ilusión solo para que, después, aparezcan lágrimas en sus ojos me susurran sin cesar que debo matar a ese cabrón más pronto que tarde. El antiguo Rodrigo me tocó a la puerta, me rondó en la cabeza, rozó el umbral, ha luchado como un guepardo por el control desde ese día, pero soy consciente de que, a pesar de lo mala que es ya la situación, si lo dejo intervenir no haría más que tornarla mucho peor.

He tenido que llamar a mi prima Hanna y decirle que la necesito, nadie mejor que ella me ayuda a lidiar con el dolor y la inquietud; es una pariente increíble, además de una excelente terapeuta a la que mi padre no se atrevería a torturar para sacarle información sobre mis pensamientos.

Hanna ha traído algo de Holanda consigo. Un informe completo sobre los años en los que la madre de Amaya trabajó en el barrio rojo. Apenas dormimos anoche leyendo las decenas de hojas de información de todos los clientes de la época. Erika Garrido se relacionaba de lleno con

mafiosos y cualquiera de ellos podría ser el padre biológico de Amaya, aunque solo dos me llamaron la atención porque fallecieron antes de su nacimiento, pero, como dijo Hanna, cabe la posibilidad de que su madre haya mentido en ese pequeño detalle. Si yo fuese una prostituta que trabaja para un clan poderoso que ha dado a luz un hijo ilegítimo de un mafioso también hubiese querido desaparecer en aquella época, más aún si se trata de un miembro de un clan rival.

Muchas cosas no tienen sentido en esta historia, ¿por qué no intervinieron el embarazo? ¿Por qué dejaron que diera a luz? ¿Por qué detuvo su actividad dos años antes del nacimiento de Amaya? ¿Tenía un cliente exclusivo? ¿Una consigna especial? ¿Era uno de los hombres de mi padre? ¿Quería tener el bebe con ella? Aún quedan demasiadas incógnitas y siento que esto no ha hecho más que empezar.

Mi atracción por Amaya ha llegado para recordarme que soy un hombre vivo, pero también para revolver mis cimientos, descolocar el orden que tanto me ha costado conseguir en mis actos, en mi metodología y en mis metas y, a pesar de que todo no parece positivo, una parte de mí siente que lo es. Porque sí, porque ella me ha devuelto una porción de mí que había perdido sin siquiera pretenderlo, porque ella no busca nada, ni siquiera mi atención, todo lo contrario; la abrumo con mi interés exorbitado, pero yo no soy capaz de apartar los ojos de ella, porque cada vez que desvía la mirada me gustaría acercarme, cogerla de la barbilla y obligarla a que mantenga sus ojos fijos en los míos mientras lucha por recuperar el aliento y se hace consciente de cuánto la deseo.

Disfruto de la forma en la que logro afectarla. Es por eso que me he visto en la obligación de ir un paso más allá, de investigar con más fervor, de arriesgarme a que mis averiguaciones lleguen a los oídos de mi padre y decida venir a tirar por los suelos la realidad que he conseguido construir, es por eso que he necesitado sacar al Rodrigo que da órdenes, aunque yo quiera decirme a mí mismo que solo he pedido un par de favores. Nadie en el pueblo puede hablarle a Amaya de quien soy en realidad ni de quién es mi familia, nuestros negocios familiares o los motivos por los cuales estoy aquí.

Sí, sé perfectamente cómo suena eso, ella intenta abrirse conmigo mientras que yo le escondó mi realidad, pero es que de verdad me gustaría ser solo el Rodrigo que soy ahora para ella, de verdad que he dejado atrás mi vida de antes y no quiero, bajo ninguna circunstancia, volver a recuperarla. De verdad que ver a Amaya moverse con esa gracia por mi cafetería es todo lo que se puede considerar hermoso, es como ver a una mezcla perfecta entre una valquiria, fuerte, decidida e implacable, y una ninfa, delicada, sutil y preciosa. No quiero perder eso, no quiero que se aleje, necesito tener una oportunidad.

—¿Entonces Hanna va a quedarse mucho tiempo? —Me sonrío Yolanda—. Oh, me alegro mucho de que esté aquí otra vez para hacerte compañía.

Por el rabillo del ojo noto cómo cambia la expresión de Amaya, levanta la ceja despacio y se

interesa por nuestra conversación un segundo antes de negar para sí misma y continuar con su trabajo: está limpiando las mesas, las deja preparadas para el turno de tarde, es la una y veinte, una hora en la que, por norma, no tenemos muchos clientes y su turno está a punto de terminar.

—Sí, Hanna es genial —canturreo con una sonrisa.

La campana de la puerta suena, pero no miro en su dirección, continúo inmerso en mi análisis de las expresiones y los gestos de Amaya cuando su semblante cambia por completo. Me tensó, mira en dirección a la puerta y se queda rígida, blanca como el papel, los ojos se le abren como platos y me preocupo enseguida, corro a su lado en modo defensivo, ¿acaso ha podido el inútil de su ex dar con nosotros? Es imposible. Por fin, me permito mirar en dirección a la puerta para confirmar por mi mismo la identidad de la persona que ha entrado y es entonces cuando veo a dos policías, una mujer y un hombre, correctamente uniformados, que nos inspeccionan con la mirada.

Centran la mayor parte de su atención en Amaya mientras que a mí me obsequian con miradas de reojo cargadas de desconfianza y una actitud precavida. Me pongo a la defensiva al instante, sé que no tienen nada con lo que trincarme, pero ambos sabemos de qué pie cojea el otro, y tengo claro que aprovecharían que tropezase con cualquier bache para disfrutar el verme caer.

—Amaya Martínez, necesitamos hablar con usted.

—Estoy en horario de trabajo. —Amaya ahoga un suspiro y se coloca el trapo de limpiar las mesas en el hombro, parece tan suspicaz hacia los «representantes de la ley», como yo.

—No le quitaremos mucho tiempo.

—¿De verdad? Se sorprendería, agente, pero llevo escuchando eso más de siete años.

—Necesitamos que nos dedique unos minutos más de su tiempo, señorita Martínez. ¿Puede acompañarnos un momento fuera, por favor?

Amaya dirige entonces una mirada interrogatoria en mi dirección y yo asiento como respuesta a su pregunta silenciosa.

—Claro —responde entonces con la voz cargada de resignación.

Esto no me gusta, no me gusta que los policías estén en mi bar. No me gusta que pregunten por ella. No me gusta no poder rodearla entre mis brazos en este momento para dejar claro que es mía y que cuenta con todo mi apoyo y protección.

Capítulo 15



AMAYA

«Haces que mi corazón sonría».

Genial, volvemos a empezar con el desfile de policías por mi vida, a estas alturas siento que los juzgo por su participación en algún concurso de belleza más que por sus actos para mi bienestar o protección. He visto a tantos de ellos que podría reconocer el cuerpo al completo, al menos en la comisaria número dos de Hortaleza.

Cuando Rodrigo asiente, confirmo que no me queda más remedio que enfrentarme a esto, ojalá hubiese dicho que no, pero sé que él no es un jefe capaz de hacer algo como eso. Debería estar más que acostumbrada a esta situación, pero, joder, la verdad es que me pone nerviosa, es algo en mi interior, algo intrínseco que me obliga a desconfiar, a ir con cautela después de todas las veces en las que me he decepcionado con esta institución.

Me quito el delantal y entro tras la barra para colocarlo, Rodrigo se acerca y siento que su presencia llena todo el espacio, que estamos solo nosotros en el bar, protegidos detrás de esta barra, como si fuese un escudo ante cualquier mal. Quiero abrazarlo, quiero que me envuelva entre sus brazos, me acaricie el pelo y me diga que todo va a estar bien, pero eso no va a pasar, no debería pasar. No tardo mucho tiempo en liberarme de las garras de esa ensoñación, de ese galimatías, sé reconocerlos y no permito que me envuelvan por demasiado tiempo con sus engaños. Ya no soy de esas chicas que alientan las falsas esperanzas. Rodrigo me mira expectante y, a pesar de que estoy nerviosa, le ofrezco una tímida sonrisa, una con la que intento convencernos a ambos de que todo estará bien.

—¿Puedo acompañarte? No tienes porque pasar por esto sola, Amaya.

Tardo unos segundos en asimilar lo que acaba de decir, parpadeo en múltiples ocasiones y me siento confusa. Estoy acostumbrada a pasar por esto sola, a resolver todo sola, a escuchar las malas noticias sola y a llorar en soledad. Nunca he necesitado espectadores para mi desgracia, de

hecho, no es algo que me guste, pero, en este momento, me sorprende lo mucho que me agrada la idea de que Rodrigo me acompañe. Sé, en lo más profundo de mi interior que él quiere apoyarme de forma genuina, no porque tenga segundas intenciones conmigo, no porque disfrute al ver el caos a mi alrededor o porque mi personalidad lo deslumbre, sino porque, por alguna razón que aún no logro comprender, se preocupa por mí, así como se preocupa por todos. Aun así, niego con la cabeza y susurro un «lo siento» después de una larga pausa. Él me contesta con una sonrisa y me dice que está ahí para mí si lo necesito.

Una vez fuera, el bullicio de la gente y la frialdad del aire me resultan agobiantes. Las miradas de reojo de los policías y su incomodidad a la hora de empezar a hablar me confirman de antemano cualquiera de mis sospechas. Sé lo que me van a decir, así que no lo retraso más para que podamos acabar cuanto antes.

—¿Podemos subir a mi apartamento? —pregunto, pero utilizo la determinación suficiente como para que entiendan que no es una pregunta.

Las miradas recelosas de los viandantes sobre nosotros me ponen de los nervios y, como he dicho antes, mi desgracia no necesita espectadores.

—Claro, donde se sienta usted más cómoda.

Los guío hasta la puerta del apartamento y, al llegar, no consigo meter las llaves en el pomo debido a lo mucho que me tiemblan las manos. ¡Joder! Estoy de los nervios. Quiero mostrar determinación, no debilidad, no es la primera vez que paso por esto, pero no puedo evitar que cause en mí el mismo maldito efecto. La mujer policía se acerca y posa las manos sobre las mías antes de pedirme, con un gesto, que la deje ayudarme. Se lo permito.

Una vez en el apartamento les ofrezco que tomen asiento, así como algo de beber, pero rechazan mi ofrecimiento, muy bien, sé como va esto, no es una reunión social, ellos solo cumplen con su trabajo y no pretenden ser mis amigos.

—Aquí tenéis. —Les tiendo mi Nokia antiguo, la mujer es la primera en hacerse con él, es más rápida y, antes de que pueda parpadear ya teclea sobre el teléfono—. Supongo que no podréis hacer nada, pero necesito que pare, este teléfono es el único vínculo que me queda con mi madre y no puedo deshacerme de él sin más.

—Amaya —empieza el hombre—, no tenemos pruebas de que estos mensajes procedan de él, ¿has podido grabar alguna de las llamadas?

—No. —Hundo la cara entre las manos mientras siento como, poco a poco, me invade la frustración y una marabunta de sentimientos encontrados. ¿Por qué hago esto? ¿Qué maldito sentido tiene? No sé para que los he llamado ni para qué he denunciado la situación si ya me conozco a la perfección su discurso—. No lo entendéis, no puedo hablar con ese tío, solo el hecho de tener que escuchar su voz me causa escalofríos.

—Tienes que grabar esas llamadas, Amaya —susurra la mujer—, solo así podemos denunciar

sus quebrantamientos de la orden de alejamiento. —Resoplo nerviosa, otra vez siento que juego al gato y al ratón sin que eso sea, en absoluto, lo que pretendo, ¿por qué no puede, tan solo, dejarme tranquila de una vez por todas?—. Llamaremos cada semana y nos mantendremos cerca, vigilaré el lugar de vez en cuando así que, si nos veis de seguido, no os alarméis. Díselo a tu jefe y a tus compañeros para que estén al tanto.

—Ya.

—Has cambiado tu nombre y tu casa, has desactivado tus redes sociales y no tienes contacto con tus amigos. —Me tenso enseguida ante esa última afirmación, sí que lo tengo, pero ellos no tienen por qué saberlo—. Solo tiene el número de un móvil antiguo con el que no puede seguirte el rastro, le será imposible encontrarte esta vez, Amaya, lo sabe y por eso solo puede torturarte de esta manera.

—La última vez, vuestros compañeros dijeron lo mismo. Me mudé a una puta cabaña en medio de la nada y aún así se presentó allí en mitad de la noche y casi consigue matarme. ¿Y todo para qué? ¿Para que pase menos de un mes en la cárcel y le dejen salir bajo fianza y encima me digáis que, aun cuando sabéis a la perfección que es él quien envía todos estos mensajes cargados de amenazas, no podéis hacer nada?, ¿y yo tengo que quedarme tan tranquila?

—Sabemos que es frustrante —empieza el hombre.

—No, no lo sabéis. Hace más de siete años que no tengo vida y todo por haber invitado unas chuches al niño equivocado cuando tenía nueve años.

—Nada de esto es culpa tuya, Amaya —dice la mujer.

—¿Entonces por qué soy la única que lo paga?

El silencio incómodo se hace eco en las paredes de la casa, mientras las miradas de reojo y los puños cerrados también son partícipes de la desolación que acompaña la falta de respuesta a mi pregunta. Todos parecemos afectados, sé que entienden mi ira y que lo que me pasa no es culpa de ninguno de ellos, pero nadie tiene la mínima idea de como me siento, nadie entiende la manera en la que estoy al límite, ni que la cantidad de mierda que cargo está a punto de devorarme y no logro encontrar una salida para tanto calvario.

—Ojalá tuviésemos respuesta a esa pregunta —dice la mujer—, solo puedo asegurarte que hacemos todo lo posible por protegerte.

—Gracias —concluyo molesta—, ya podéis iros.

—Esta es nuestra tarjeta, tanto la de Santi como la mía, me llamo Olga. Llámanos a cualquier hora si necesitas algo.

Cojo las tarjetas antes de cerrar la puerta a sus espaldas, la verdad es que, en siete años, son los primeros que sienten tanta lástima por mí como para dejarme sus números personales. Mi nivel de capacidad para mortificar a los demás no hace más que ir en aumento.

La rabia, el dolor y la impotencia me azotan enseguida con fuerza, son tan fuertes las emociones, que me arropan por completo y me tumban en el acto, me deslizo de espaldas a la puerta hasta que mi trasero entra en contacto con suelo, hundo la cara en las rodillas y empiezo a llorar.

No soy capaz de controlar el llanto, ni la intensidad con la que siento el dolor, un dolor que me corta en pedazos desde dentro, que se me clava a la piel, en el pecho y la garganta, un dolor que me desgarrar de forma violenta, que me tortura y me recuerda que estoy rota, que soy vulnerable y que no puedo remediarlo. Otra vez, Víctor sale impune, se pasea suelto por las calles con total libertad, mientras yo lloro en el suelo, echa un ovillo y temo por mi vida y la de las pocas personas a las que quiero.

Los recuerdos de cómo lo conocí vuelven para torturarme: parecía triste, ido, angustiado, estaba solo en medio del patio y todos comíamos chuches por el cumpleaños de Ana; él había rechazado su bolsa, sentí pena por él, vi como lloraba y me acerqué, le dije que podía enseñarle donde llorar en secreto, lejos de ojos indiscretos y, una vez allí, le comenté que podía comer mis chuches, que el hecho de que todo fuera una mierda no le hiciera privarse de los momentos dulces.

Ni siquiera sé por qué dije eso, solo tenía nueve años, pero ya me sentía como una filósofa-salvadora. Menudo error. ¿Quién me iba a decir que ese niño que parecía tan perdido se convertiría enseguida en el niño más fiero de todo el orfanato? ¿Quién me iba a decir que, pudiendo haberse fijado en cualquiera, posaría cada pizca de su atención en mí?

A partir de ese día no tuve ninguna posibilidad, firmé mi sentencia sin siquiera darme cuenta. Me maldigo por haberle hablado, por haber querido ser su amiga, por creer que era mono. Me maldigo por haber admirado su sonrisa y confiado en su mirada mientras crecíamos juntos, por haber escuchado sus palabras, por haberme sentido halagada hasta el punto de ignorar todas las señales que tenía a mi alrededor. Me maldigo por creer en sus mentiras, por haberle dado mi primer beso cuando cumplí catorce años, por haber aceptado ser su novia con dieciséis, aunque él ni siquiera lo pidió, por haber creído que él era diferente, que se preocupaba por mí, que me protegía y llegar a considerarlo mi familia.

Me maldigo por haberlo querido hasta el punto de creer que podía hacerlo cambiar, por haber aguantado el primer insulto, el primer golpe y luego el segundo y todos los demás, por cambiar mi carácter y volverme invisible para no provocarlo, por no haber abierto los ojos antes, por sentir pena por él y anteponerla a la que sentía por mí misma. Me maldigo mil y una veces, por mil y una cosas durante demasiado tiempo hasta que tocan la puerta.

Imagino que son los oficiales, deben de haber olvidado darme otra de sus pésimas noticias o que firmase alguna de sus notificaciones de mierda.

Abro la puerta con la cabeza gacha y mojada por las lágrimas y lo veo. La cara de Rodrigo se

desencaja al momento y adopta un gesto de preocupación y yo me sonrojo de vergüenza ante su escrutinio.

—Lo siento, enseguida volveré al trabajo —susurro de forma nerviosa mientras me limpio las lágrimas con los puños y me sorbo los mocos que se han acumulado en mi nariz. ¿Por qué está aquí? ¿Por qué siente que debe observar esta tragedia? ¿Por qué tiene que ser tan bueno?

—¿Puedo abrazarte, Amaya? —Su tono de voz suena como una súplica—. Por favor, no me digas que no, no me alejes más.

Estoy confusa a más no poder. Juro que puedo sentir el peso de mi alma que cae directa a mis pies. No quiero llorar, de verdad que no quiero, odio mostrarme vulnerable ante alguien, pero, cuando mis ojos se encuentran con su mirada implorante, me desmorono por completo y me vuelvo incapaz de sostener el peso de mi propio cuerpo y dolor. Acepto su ayuda, quiero su ayuda y también su abrazo.

Lloro frente a él en el marco de la puerta y Rodrigo me estrecha con fuerza, con ímpetu y desespero. La calidez de su contacto mezclada con el frescor de su perfume y la tonalidad de sus músculos me reconfortan enseguida y me hacen sentir a salvo, como si tuviese una muralla de seguridad a mi alrededor en vez del cuerpo de una persona. Me siento sostenida, él me sostiene. El temblor de su voz me acaricia el cuello mientras me susurra palabras de consuelo. Es agradable, me ayuda a despejarme, a disipar el dolor y alejar la fuerza de la agresión con la que me ataca la ansiedad. Me agrada mucho, más de lo que me gustaría, más de lo que puedo dejar pasar.

—*Shh* —me chista mientras me acaricia la espalda y el pelo—. Estoy aquí, Amaya, no estás sola.

«No estás sola», si tan solo él entendiera la cavidad que abarcan esas palabras para alguien como yo. Estoy sola, Rodrigo, sola desde hace demasiado tiempo.

—No sé exactamente todo lo que pasa, pero lo siento, lo siento muchísimo. Me gustaría que me lo cuentes algún día y estoy aquí para apoyarte, todos lo estamos.

Aprieto con más fuerza la cara en su pecho y siento como crece en mi interior la frustración mientras mi mente me recuerda que esas palabras que salen de su boca solo surgen debido al sentimiento de pena que genero en un hombre portador de una empatía infinita. Odio sentir esta cantidad de amargura. Quiero que sienta algo más por mí, que eso sea una posibilidad real y esa es la verdad, aunque luche con todas mis fuerzas contra ella, pero es un hecho tan inalcanzable que resulta doloroso. Además, Rodrigo tiene una Hanna, no es para mí, nadie lo es. Solo soy una chica por la que siente demasiada pena, demasiada lástima, a lo mejor le pasa lo mismo con todas las personas de su programa y por eso se implica de esta manera. A lo mejor tan solo soy una más de las que suspiran por él en secreto sin que él, siquiera, repare en ello.

Solo hay que mirarlo, es un dios griego. Demasiado guapo para ser verdad, pienso con el alma

llena de amargura.

—Estoy muy cansada —susurro por fin después de un largo silencio—, muy cansada de todo esto, de no tener vida y tener que esconderme, de no tener cosas propias ni personas a las que aferrarme o de tener que renunciar a ellas cuando las encuentro. Estoy harta de huir y de vivir una vida de mierda por su culpa.

—¿Quién es ese tío, Amaya? ¿Qué fue lo que te hizo? —Siento como los músculos de Rodrigo se tensan y, al levantar la mirada veo su rostro rojo debido a la rabia. ¿Por qué? No parece el tipo de hombre que podría perder los papeles ante tonterías, pero sí en nombre de lo que él considera justicia.

—Yo, lo siento, esto es inapropiado, Rodrigo. No pretendía cargarte con mis problemas.

—Tú o tus problemas no son una carga para mí —dice y, acto seguido, me levanta la barbilla con la mano derecha hasta que mis ojos se conectan con los suyos.

¿Por qué me hace esto? Estamos demasiado cerca. Esta postura es muy íntima. ¿No puede notar cuánto me afecta? ¿Lo hace a propósito? ¿Por qué se acerca a mí de esta manera si tiene una Hanna?

A pesar del mar de dudas que me azota, soy incapaz de controlar que todo en mi interior se encienda ante su cercanía y su roce, y me grite con fuerza que no me aleje. ¡Mierda! Tengo que reconocer que se siente alucinante que me toque de esta manera. Es una lluvia de sensaciones nuevas para mí, con Víctor nada nunca se pareció a esto.

Hace mucho tiempo que dejé de soñar con sentir algo así, asumí que mi cuerpo nunca iba a vivir esta experiencia, que nunca iba a funcionar en ese sentido, que siempre estaría rota, reprimida.

—Sabes que me gustas, Amaya, y sé que tú también lo sientes.

—¿Qué? —Dios, pero ¿qué está diciendo? ¿Por qué me dice algo así? Me va a explotar el cerebro—. No, no es apropiado —balbuceo antes de poner algo de distancia entre ambos, él me sigue de cerca y cierra la puerta tras nosotros—. No debería gustarte, no soy buena para ti, no soy buena para nadie, en realidad.

—¿Ah, no?

—No. Tengo secretos que no sé si podré compartir algún día contigo. Pesadillas que me persiguen incluso cuando estoy despierta...

—Puedo ayudarte a lidiar con ello —me interrumpe—, no hace falta que te empeñes en estar sola, que te enfrentes a todo sola y te aferres de esta manera a la soledad.

—¡No sé como estar con alguien! —confieso—. No sé ser la pareja de alguien, dar amor o recibirlo. Siempre he estado yo sola y soy un caos, lo reconozco, pero soy mi propio desastre y no hago daño a nadie con ello.

—Amaya. —Dios, su voz. Habla en un tono tan varonil, seductor y decidido que casi no

puedo resistirme a la manera en la que pronuncia mi nombre mientras se acerca. Está muy cerca. Ahora sus músculos me rozan la piel y hacen que se erice. Estoy nerviosa, aturdida y hecha un lío, pero tengo claro que no deseo que pare—. Sé que te gusto.

Mi pulso se acelera y se me escapan varios jadeos. «Joder, claro que me gustas», pienso. Un nudo se me instala en el pecho y hace que su movimiento se vuelva más frenético en un intento por conseguir llenar mis pulmones con algo de aire. Claro que me gusta, es guapísimo, sexi y un partidazo, pero además es bueno, empático y compasivo, es gracioso, me hace reír y se preocupa porque lo haga

—Podemos ir poco a poco, despacio, a tu manera. —Rodrigo me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja. Trago de forma sonora y entreabro los labios, me descubro deseosa de que se acerque, de que sus labios rocen los míos, de que pose la mano en mi cintura y me retenga con fuerza hasta que no me queden posibilidades de alejarme. Lo deseo, Dios, deseo que se atreva, que dé el siguiente paso y me bese—. Solo dame una oportunidad.

Siento como sus labios, carnosos y sonrosados se acercan cada vez más en busca de los míos, y nada más me pasa por la mente aparte de las ganas que tengo de catar su sabor. Estoy en trance, en una quimera, en una utopía y, joder, desearía no salir jamás. No soy capaz de hablar, no hago ni el más mínimo movimiento, me quedo muy quieta sin emitir ni un mínimo sonido, esperando a ese momento, a sentir sus labios sobre los míos.

Todo estalla a mi alrededor. Los labios de Rodrigo se sienten muy suaves y el sabor de su boca tiene un toque de frescura a pesar del calor que irradia su saliva. Primero me da un beso rápido, uno de prueba, tantea el terreno. Cierro los ojos y ahogo un jadeo, me doy cuenta de que no tengo escapatoria, no quiero tenerla. Me emociono y me entrego por completo a esa suavidad, siento que la necesito, que siempre la he necesitado. Estoy sedienta y quiero más. Nunca había sentido algo como esto, es como si hubiese pasado toda mi vida en medio de un desierto y, de repente, encontrase un manantial rebosante de agua del que no quiero parar de beber y saciarme.

Las mariposas de mi estómago me aniquilan de forma violenta con la fiesta que montan ahora mismo. He deseado este beso desde que lo vi por primera vez en la cafetería, el día que llegué aquí, pero no podía reconocerlo, ni siquiera a mí misma.

Rodrigo me acuna el rostro entre sus manos con dulzura y me hace sentir segura, relajo los hombros mientras que él aumenta la profundidad de nuestro beso e introduce la lengua cada vez más hondo en la boca. Me devora y yo me entrego a ello y me dejo llevar. El beso tiene un sabor salado debido a mis lágrimas, pero, a medida que las tragamos, se vuelve cada vez más dulce, más voraz, más acalorado, rudo y pasional.

Envuelvo las palmas de las manos en su cabello y disfruto de su tacto sedoso mientras lo acaricio. Su pelo, rubio y denso, es tan suave como imaginé que lo sería y se desliza entre mis dedos con gran facilidad, me gusta, no quiero parar nunca de tocarlo. Rodrigo lo toma como una

autorización para empezar a utilizar sus manos sobre mí, porque, de forma instantánea, me acaricia con suavidad y cautela por cada rincón del cuerpo. Mi anatomía se quema de anticipación y noto como vuelve a latir cada rincón que pensé que estaba muerto.

Jadeo, mientras baja con la lengua por todo mi cuello y sus manos descienden hasta el inicio del polo gris de la cafetería. Su cafetería. ¡Mierda! No debería hacer esto.

—Eres mi jefe —susurro—. Si sale mal, lo perderé todo.

—No soy esa clase de persona, Amaya.

—No sé si soy capaz de creer en alguien...

—Entonces no me creas, pero has dicho antes que estás cansada. Descansa durante un rato, descansa del control y déjate llevar.

¡Ah, mierda! ¿Por qué tiene que ser tan perfecto en todo? Ha dicho justo las palabras que necesito escuchar, las que me dicen Eliza, Grace o Marvin, las que me repito a mi misma. Si Rodrigo pretendía dar en el blanco, lo ha hecho sin apenas esfuerzo. Claro que estoy cansada y claro que quiero besarlo, acariciarlo y... follármelo como si no hubiera un mañana.

¡Dios! ¿Acabo de reconocerlo? ¡Quiero follármelo! Mi cuerpo entero me grita que lo haga en este momento.

—Dejarme llevar —susurro entre jadeos— solo durante un rato.

—Puedo ayudarte con eso, Madrid. —Estira con el dedo el botón de mis vaqueros, enseguida me siento expuesta al recordar que, esta mañana, me he puesto nada más y nada menos que las bragas con dibujos de animalitos que parecen de niña pequeña. ¡Joder! ¿Puedo ser más poco sexi? Pero ¿por qué no me habré puesto yo un tanga?

Me desabrocha el botón y entonces caigo en la cuenta de que esto es la realidad, va a pasar, ¡está pasando ahora!

Rodrigo me devora el cuello y yo ladeo la cara para dejarle un mejor acceso, cedo gustosa a lo agradable que me resultan las sensaciones mientras crece el aura de éxtasis que me rodea.

—¿Aceptas? —me susurra al oído mientras me lame el lóbulo.

¡Ay, Dios, sí! Es que no quiero que pare.

—Acepto —musito.

Entonces, suena su móvil y, ¡joder!, me asusto tanto que me aparto enseguida para buscar un poco de aliento.

—Mierda, es Hanna, tengo que contestar —dice mientras mira la pantalla. Luego inicia una conversación en holandés, la cual dejo de escuchar desde el momento del saludo.

¡Joder! Tiene una Hanna, ¿cómo he podido olvidarlo?

Toda la pasión que henchía se transforma en otras diversas sensaciones que me azotan sin piedad: vergüenza, decepción, pánico, apatía. De repente, me siento una vil ladrona que ha estado a punto de tomar lo que no es suyo sin sentir remordimientos, los siento todos ahora,

todos juntos, y es casi insoportable. Me alejo despacio de Rodrigo, me siento miserable. ¿Cómo se me ha ocurrido dejar que esto llegase tan lejos? ¿Cómo he creído que él podía ser para mí? ¿Cómo me he olvidado de Hanna?

Me acerco a la puerta y la abro, entonces lo observo hasta que cesa su conversación y se gira hacia mí mientras me mira confuso.

—Deberías irte, Rodrigo —sentencio. Me siento derrotada, incapaz de argumentar o ganar cualquier batalla en estos momentos.

—¿Qué? ¿Por qué? —parece confuso, indignado, incrédulo, pero mantiene su posición, se queda firme en el sitio, sin mover apenas un músculo.

—Tienes una Hanna —le recuerdo e intento parecer severa. No me voy a convertir en la amante de un tío que tiene novia, no le haré eso a otra mujer, eso lo tengo claro.

—¿Una Hanna? —su expresión solo podría compararse con la de alguien cuando le dices que acabas de ver un ovni.

—¡Una Hanna, sí! —le grito. Me pone de los nervios. Quiero que lo reconozca, que lo diga por sí mismo sin que yo tenga que pronunciar la palabra novia.

—¿Te refieres a mi prima?

—Ah.

Eso. Que soy una idiota.

Mi expresión se relaja al instante y no puedo evitar sonreír de emoción y alivio, no me siento en absoluto furiosa sino, más bien, algo avergonzada.

—¿Creías que era mi novia? —Rodrigo arquea las cejas hasta el nacimiento del pelo y me hace un gesto interrogatorio con las manos.

—Puede. —Intento desviar la mirada porque, la verdad, es que visto desde esta perspectiva me siento un poco patética.

—¿Y no se te ha ocurrido preguntármelo? —Su mano en mi barbilla mientras nuestras miradas vuelven a conectar me envía cosquillas cálidas y agradables por todo el cuerpo y me siento a gusto, conforme, en casa.

—No es que pudiese hablar mientras me comías el morro —añado con un tono cargado de inocencia—, además, mi mejor amiga dice que tengo una gran tendencia a autosabotearme.

—Tu mejor amiga parece una mujer muy sabia. —Rodrigo me besa los labios y sonrío de oreja a oreja.

—No le digas que te he dado la razón en eso.

Cierro la puerta a mi espalda y me acerco a él de forma tímida y pausada, la pasión no se ha desvanecido, pero ha menguado un poco. Ahora son la dulzura, el tanteo y la camaradería las emociones que reinan en el ambiente, y Rodrigo no me pierde de vista mientras luce una sonrisa pícaro y burlona en el rostro.

—Hanna es mi prima. —Me agarra de la mano y me atrae hacía sí, enseguida, mi cuerpo se relaja y siento como me reconforta el hecho de estar entre sus brazos. Estoy segura, en paz.

—En el fondo lo sabía —confieso—, sabía que no eres así.

—La llamé porque la echaba de menos y también porque es una gran terapeuta. Estaba ansioso, desesperado. Me gustas mucho desde el primer día en que te vi, pero entiendo que estás herida, no eres como nadie a quien haya conocido y no sabía cómo debía proceder contigo. No quiero agobiarte, pero tampoco alejarme, Amaya.

—Puede que me pase algo parecido. Que alguien me guste, que me apetezca pasar tiempo a su lado y conocerlo, es una sensación muy nueva para mí y, por lo tanto, algo confusa.

—Vamos paso a paso, descubramos juntos, poco a poco, a dónde nos lleva esto. A tu ritmo, al mío, siempre con respeto, ¿te parece bien?

Asiento. Me gustan sus palabras, su tono y su planteamiento. La voz de Rodrigo me transmite calma y sus brazos, que me rodean la cintura, protección. Su presencia me hace feliz, su contacto me agrada y, por primera vez en mucho tiempo, estoy segura al cien por cien de que es algo que quiero permitirme disfrutar.

Entonces, el valor se hace presente en mis emociones, si tengo tan claro lo mucho que me gusta este hombre y lo mucho que apetece probar sus labios, ¿por qué darle más largas? Tomo la iniciativa y atrapo sus labios en un beso lento, suave y profundo. Me arqueo contra él como si buscase fundir nuestros cuerpos en uno. Rodrigo no pierde un solo segundo, a pesar de la sorpresa, posa, veloz, sus manos en mí y me acaricia la cintura, la espalda, el cuello mientras yo jadeo en sus labios antes de sonreír.

—¿Podemos ir despacio?

—Podemos ir a tu ritmo. Respetaré tus decisiones y me alegraré de todo lo que quieras darme.

—Gracias. —Es todo lo que se me ocurre decir.

—Pero hoy, Madrid, hoy voy a pedirte algo a cambio.

—¿Qué? —La expresión de Rodrigo se torna pícara y dos partes de mí se debaten en un conflicto, una me dice que no puede estar a punto de pedir nada bueno y la otra me susurra que no se atrevería a pedirme nada de carácter sexual—. Ay, no, conozco esa cara —Suelto una carcajada—. Ya empezamos.

—Saldremos a un pub esta noche. Ven con nosotros, te presentaré a Hanna como Dios manda.

—¿Con Albert y Sofía?

—Y Yolanda, aunque es probable que se vaya pronto, también vendrá Gerlof, un amigo de infancia. —Hace círculos con los dedos en mi espalda y ronroneo mientras reposo la frente sobre la suya.

—¿Las caricias forman parte de tu poder de convencimiento?

—¿Funciona?

—Sí. La verdad es que sí. —Sonrío.

—Pasaremos por ti a las ocho.

—Seré la chica del pelo rizado.

—Y yo el chico que no te quitará los ojos de encima.

Ambos nos reímos, con las manos entrelazadas y las frentes unidas.

Capítulo 16



RODRIGO

«Me enamoré de la sed y te convertiste en agua».

Se me han hecho eternas las horas que han transcurrido hasta llegar a las ocho de la tarde. Me muero de ganas de ver a Amaya. Desde que la besé, floto en una nube y tengo la necesidad irrefrenable de continuar besando esos labios. Saben mejor de lo que había imaginado. El plan de esta noche consiste en iniciar nuestro recorrido en el bar cervecería para entonar mientras picamos algo y después dirigirnos al pub de mejor ambiente nocturno del pueblo. Estoy nervioso, no puedo negarlo, nervioso por ella. He hecho este recorrido un sinnúmero de veces junto a los demás, pero esta es la primera vez que el plan incluye a Amaya, la mujer que me gusta, a la que se lo he dicho esta tarde mientras la besaba.

La primera mujer a la que he besado en cinco años y me he quedado con ganas de más, mucho más.

—Te gusta mucho esta chica, primo —me dice Hanna en neerlandés. No para de contemplarme con una sonrisa triunfal en los labios.

—¿Cómo es que es posible? Ya sabes, creí que yo, que mi cuerpo...

—En algún momento, Rodrigo, todos nos curamos. Ya sea porque llega nuestro tiempo o, simplemente, porque le ponemos más empeño.

—¿Crees que era algún rollo psicológico?

—Era un rollo psicológico en toda regla —afirma con total seguridad.

—Entonces, ¿cómo es que ha pasado de repente?

—Porque te gusta Amaya y ella también ha llegado a tu vida de repente, sin avisar, como llegan siempre las mejores cosas.

—No soy bueno para ella, Hanna, lo sabes mejor que nadie.

—Eres bueno para cualquier mujer, Rodrigo. Has cambiado de vida, eres un hombre diferente

y te has alejado del mal. Cuando te asegures de que lo vuestro avanza, cuéntaselo, sin miedo, primo. Estoy segura de que ella te entenderá.

—No creo que nadie en su sano juicio pueda entender algo como eso.

—O sí. Ahora date prisa, estás tardando en arreglarte más que yo.

Hanna se burla de mí y, con toda la razón, parezco un adolescente sin autoestima, desubicado, descontento con su cuerpo y todo lo que tiene en el armario. Hoy ninguna de mis camisas me parece lo suficientemente bonita o ajustada, ni siquiera consigo decidir si quiero llevar una camisa o un jersey, pantalones vaqueros o de tela, zapatos o zapatillas. No recuerdo ahora mismo ningún *look* que me haya quedado bien nunca a lo largo de mi vida y mi armario me parece una montaña de prendas que pretenden boicotearme.

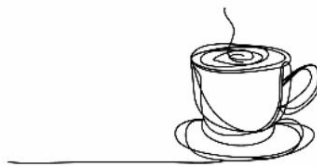
—Yo te elegiré la ropa —dice Hanna en tono cortés—, pero te pondrás lo que escoja sin rechistar, ¿vale?

—Y una mierda.

—Es eso o llegar tarde y causar una mala impresión a Amaya, tú decides.

—Joder, como se nota que eres de mi familia, eres lo peor.

—Me lo tomaré como un cumplido. —Se carcajea.



Hanna se decantó por unos pantalones de tela finos en corte chino, jersey de cachemir con el cuello de la camisa por fuera y mocasines de tela. Ha elegido un atuendo elegante y casual, tal como yo esperaba, porque, ahora que lo pienso, me doy un cierto parecido a los hombres que aparecen en las revistas de moda que lee a todas horas. Ha acompañado el conjunto con mi abrigo largo y oscuro, tengo que llevarlo abierto, además de una bufanda alrededor del cuello que me cae libre por ambos costados. Le dirigí una mirada asesina cuando la vi caminar en mi dirección con un peine y gomina en las manos y me revolví el pelo bajo su atenta mirada. No pensaba dejar que esa bruja me tocara el cabello. Podrá robarme la informalidad por unas horas, pero nunca la rebeldía.

Ahora, caminamos en dirección al portal de Amaya, donde hemos quedado con los demás.

Los silbidos empiezan a sonar desde que me asomo al doblar la esquina. Todos jalean en dirección a mí y a Hanna, que se une a ellos enseguida, disfruta de la reacción que provoca su trabajo. Giro unas cuantas veces haciendo el tonto antes de que mi vista se detiene en Amaya. Está preciosa. Lo primero que repaso es su vestido, de estilo overol repleto de cuadros

escoceses en blanco y negro, con tirantes anchos y la falda, tableada, se mantiene por encima de cada uno de sus muslos. El vestido se ajusta a su cuerpo como un guante y me permite adivinar todas las curvas de su cuerpo. Quiero recorrer cada una de ellas. Mi vista desciende por sus piernas, envueltas en medias transparentes que se funden con el color de su piel para después volverse negras a partir de las rodillas y terminar en unas botas del mismo tono. Me obligo a levantar la vista y me cruzo con sus ojos, lleva más ropa, como es lógico, pero solo quiero mirar esa cara rodeada de rizos abundantes, cobrizos y salvajes. Quiero meter la mano en esa cabellera y que esos labios rojos pinten cada parte de mi cuerpo. Dios, los labios de Amaya me vuelven loco, son lo más sexi e insinuante que he visto jamás. Me alegro cuando noto que sus ojos amarillos brillan ante por mi presencia.

—Estás guapísima, Madrid —le digo mientras me acerco sin dejar de mirarla. Daría mi vida y la mitad de la otra solo por admirarla desnuda.

—Oye, sabes que yo también estoy aquí, ¿no? —Albert se interpone en mi camino y me distrae de mi objetivo.

Quizá sea lo mejor, aún no hemos podido comentar los detalles de nuestra relación, no sé si ella desea que los demás sepan lo que pasa entre nosotros por más que, por mi parte, resulte evidente que no puedo apartar los ojos de ella. Hemos llegado a la conclusión de que queremos ir despacio, pero acabo de decidir que no, no quiero vivir cohibido y con el freno echado cada dos por tres, quiero poner el pie sobre el acelerador y hundirlo a tope, quiero llegar donde ella esté y tener la libertad de comerle los morros delante de quien sea y quiero que ella lo desee de la misma manera que yo.

—¿Por qué diablos no me dices a mí lo guapo que estoy?

—Para eso tienes a Sofía —contraataco—, aunque puede que se haya cansado ya de tu constante necesidad de halagos y aprobación.

—Sabes que los necesito de ti. —Albert me guiña el ojo—. Y ¿por qué yo no tengo un mote cariñoso? Quiero un mote cariñoso ahora mismo.

—En ese caso, estás preciosa esta noche, chef guarrilla del montón. —Albert hace una mueca teatral mientras me pone ojitos y yo le hago el gesto de «llámame», le guiño un ojo y dirijo una mordida en su dirección.

—Es lo más romántico que me han dicho en la vida.

—Dejad eso para la habitación —farfulla Sofía—. Ahora, ¡vamos a beber!



Hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien. Bailo al ritmo de la música disco con la chica que me gusta y rodeado de nuestros amigos, despreocupado, ligero, feliz. En estos momentos, me doy por satisfecho, no quiero nada más que esto, nada más que esta sensación junto a las personas que se encuentran en esta sala.

Me gustaría poder encapsularnos en una burbuja ahora mismo y no volver a salir.

—Lo decía en serio, Madrid. Me dejas sin aliento —le grito al oído y ella me sonríe.

—Tú también estás muy guapo.

—¿Esto? —me señalo la ropa con gesto exagerado—. Ha sido cosa de ese demonio. —Señalo en dirección a Hanna y esta me guiña un ojo mientras baila muy sonriente con un chico de cabello afro que no le quita ojo de encima.

—Hanna es genial.

—Te lo dije, me alegro de que no la mataras y eso. —Abre la boca indignada antes de darme un codazo—. Tenemos que hablar sobre lo nuestro —cambio el tono para imitar la voz de un niño pequeño—, me he quedado tan embobado después de tus besos que no me he acordado de preguntar las dudas, señorita. —Le guiño un ojo y le lanzo una sonrisa pícara.

—Regla número uno, no llamarme señorita. —Sonríe.

—Sería un juego de rol muy interesante. —Amaya se pone rígida cuando la rodeo con los brazos y uno nuestras mejillas, enseguida noto el calor que se apodera de sus pómulos y sé, sin tener que verlos, que ahora lucen rojos como un tomate.

—No sé si estoy preparada para que todos lo sepan —susurra en mi oído.

—A eso me refiero, detalles, Madrid, comunicación.

Alguien me toca el hombro y me veo en la obligación de, muy a mi pesar, apartarme y comprobar de quién se trata. Gerlof. Me alegro de verlo y se lo demuestro con efusivas palmadas en la espalda y una sonrisa radiante, él corresponde de la misma manera antes de posar sus ojos en Amaya y extenderle la mano, ella la acepta y le dedica una de esas sonrisas tímidas suyas.

—Un placer conocerte, Amaya. —Gerlof se esfuerza mucho, pero el español no es del todo lo suyo y se nota.

—Igualmente.

—Necesito hablar contigo a solas —me dice en neerlandés y su tono me advierte de que se trata de algo serio.

—Enseguida vuelvo. —Me cuesta mucho pronunciar esas palabras y alejarme de Amaya, ella se da la vuelta y baila ahora con Albert, Yolanda y Sofía.

Lo primero que me golpea al salir del local son las ráfagas de viento frío que corren y emiten toda clase de silbidos; lo segundo es la seriedad de la mirada de Gerlof una vez se cierra la puerta del pub a nuestras espaldas.

—He conseguido una pista sobre su madre, pero, para poder seguirla, debo ir a Ámsterdam.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo?

—No veo porque no lo haría, no he desertado de la *maffia*, tu padre fue quien me pidió que te acompañase en esta aventura.

—Sabrá que pasa algo.

—Seré cuidadoso.

—Mantenme informado... Ger, vuelve cuanto antes, sabes que te necesito.

—Sé que me echarás de menos, pero, tío, enserio, tienes que darme unos días libres como tu niñera, ya tienes edad para arroparte solo.

El muy idiota sabe como hacerme reír.

Capítulo 17



AMAYA

«Y si llega el fin del mundo, que nos pille bailando».

—Gracias por acompañarme a casa —me atrevo a darle un beso en los labios una vez cierra la puerta tras su espalda. Está muy guapo esta noche con ese aire elegante y yo no he sido capaz de dejar de mirarlo, embobada—, pero tengo que decirte que eres el peor actor de la historia. No has parado de mirarme como si fuese comestible en toda la noche, si alguien no se ha dado cuenta es porque no tiene dos dedos de frente.

—Madrid, creo que mantenerlo en secreto será complicado. Me gustas, no puedo disimularlo, no he podido desde que te vi.

Le creo. Siento que, una atracción como la nuestra, no se puede fingir y la manera en la que me besaron sus labios esta tarde fue... mágica. Algo en mi interior me dice que Rodrigo nunca me mentiría y ese nivel de confianza hacia alguien que no sean mis amigos es del todo nuevo para mí, hace que me cuestione a mí misma y dude de mi raciocinio porque rompe muchas de las barreras que he impuesto a mi alrededor a lo largo de los años. Apenas conozco a este hombre, pero mi corazón me grita que confíe en sus palabras, que le dé una oportunidad, que me la dé a mí junto a él, que rompa mis límites a su lado y eche por tierra todas mis fronteras sobre la atracción, las relaciones o el deseo, que explore todo aquello que siempre he tenido curiosidad por explorar, que sienta, que viva, que fluya y que deje de estar reprimida.

—Sabes que soy una mujer complicada en muchos aspectos. —Agacho la cabeza y me inunda una melancolía momentánea, me siento en la necesidad de decírselo, de recordarle que está a tiempo de dar un paso atrás. No sé si soy complicada o solo lo son mis circunstancias, pero, sea como sea, estas me moldean y me acompañan, me limitan y me provocan acciones y sentimientos de los cuales, a veces, no tengo el control.

Rodrigo me agarra de la mano y con solo ese gesto es capaz de disminuir, en cierto grado, los

sentimientos negativos y reemplazarlos por otros agradables: me gusta el tacto que tiene entre la suya, como la arropa por completo, como me indica, con delicadeza, su intención de que lo siga, su contacto, su calor.

Me siento en el sofá a su lado y Rodrigo suspira. Ahora, me envuelve las dos manos con las suyas y las llena de caricias. Siento que todo es correcto y pausado, nos sobrevuela la calma y, a la vez, el deseo contenido; pero también la paciencia, la libertad y el respeto.

—No eres complicada, eres Amaya y con eso me basta. —Una punzada de culpabilidad me late en lo más profundo de las entrañas—. Tengo la paciencia y las ganas suficientes como para conocer y amar, poco a poco, cada detalle responsable de convertirte en quién eres.

—Mi nombre verdadero es Lissa. —Lo miro a los ojos y espero ver como aparece en ellos una reacción de sorpresa, espanto o confusión, pero no llega nunca. Rodrigo me dedica una mirada brillante y me regala una pequeña sonrisa—. Aunque puede que ya lo hayas visto en mi certificado de nacimiento cuando te envié la información sobre mi madre.

—La verdad es que no. Gracias por confiármelo, Lissa. —Sus palabras me producen todo tipo de reacciones en mí, pero las más significativas son el alivio, la sorpresa y la gratitud. A Rodrigo le importa conocerme, quiere hacerlo, quiere escucharme, saber cómo ha sido mi vida, como soy yo.

Reconozco que estoy obnubilada. No es la primera vez que un hombre me parece guapo por su exterior, pero sí por su interior. Al haber crecido «pillada», por decirlo de alguna forma, no he tenido la libertad de conocer hombres y, cuando la tuve, todo me parecía forzado, complicado y carente de interés. Con Rodrigo, todo es natural, relajado y agradable. Siento que puedo abrirme, confiar y hablar con él de cualquier cosa, que lo tomará con calma y respeto, y eso significa muchísimo para mí.

—Si vas a ayudarme a buscarla, te mereces enterarte de las cosas por mí, lamento no haberte dicho esto antes, pero... ya sabes. —Rodrigo asiente y sé que lo comprende—. Odio las mentiras, odio tener que engañar y sentir que vivo en una farsa continua, perder el contacto con mi realidad, con mi verdadera identidad, con mis amigos de infancia. Odio todo lo que he tenido que aceptar y odio tener que huir.

—Hey, ahora estás aquí, estás conmigo y no debes tener miedo de ser tu misma a mi lado.

—Eso... eso sería increíble —digo con sinceridad.

—Déjame ayudarte, confía, apóyate un poco en mí y deja que yo me apoye en ti. Seamos solo Amaya y Rodrigo juntos, y descubramos, sin miedos, a dónde nos lleva esto.

Sus palabras hacen eco en mi cabeza. Dios, son preciosas, me gustan todas y cada una de ellas, me parecen acertadas, suficientes y me llenan por completo. Su manera de hablar, de incluirme, de formar un nosotros y convertirnos en un equipo me reconforta el alma. Me agrada que reconozca y acepte que quiere apoyarse en mí, porque quiero que lo haga y, porque me hace

sentir que, a pesar de ser la que carga con la mayor cantidad de mierda, también soy capaz de ayudarlo a cargar una parte de la suya. Deseo conocerlo, saber lo que le gusta, lo que le disgusta, todo sobre él y me apetece que él me conozca, que me apoye. Lo quiero, no lo sabía hasta ahora, no sé con exactitud lo que eso significa ni los pasos a seguir, pero me apetece averiguarlo, y deseo hacerlo junto a Rodrigo. Por más que intente engañarme, la idea de no estar sola se torna alucinante. Que él esté a mi lado, que me quiera, es demasiado tentador. Rodrigo me gusta y estoy convencida de que él es diferente.

Me abalanzo contra sus labios, incapaz de reprimir mi euforia y mi necesidad de besarlo. Necesito liberar una parte de la energía que me provocan todas las emociones que él genera en mi interior. No sé si es una buena o mala idea, no sé hasta dónde estoy dispuesta a llegar, solo sé que me gusta el sabor de sus labios, devorarlos y la sensación que genera en mi cuerpo: me relaja, me desconecta, me aísla del mundo real y solo me deja la opción de profundizar más y más, como si pudiéramos fundirnos en uno solo a través de nuestros labios.

Joder, como me gusta Rodrigo.

Él rodea las mejillas con sus manos y me acaricia la cara con delicadeza mientras dirige nuestro beso de manera profunda y pausada. No me cuesta nada seguir sus directrices y participar en la danza de nuestras bocas, unidas en la misma sintonía. Solo puedo escuchar el sonido de nuestras respiraciones, el chapoteo de nuestras lenguas que se envuelven entre sí, de nuestros labios al despegarse de manera sonora, de nuestros jadeos.

Decido que quiero más, ha llegado el momento, me siento preparada y la necesidad de explorar todas estas sensaciones es apremiante. Es lo que hemos dicho: vamos a averiguar, poco a poco, a dónde nos lleva esto.

Me subo a horcajadas sobre él con las piernas abiertas alrededor de su cintura, él jadea y me mira sorprendido durante unos segundos antes de sonreír y mojarse los labios con la lengua. Rodrigo vuelve a atacar mi boca, pero, esta vez, con más urgencia. Puedo sentir cómo bulle entre nosotros el deseo, la algarabía y la magia de las sorpresas agradables.

Nos encanta lo que ocurre entre nosotros, ambos lo sabemos. Hemos encontrado un ritmo que nos gusta seguir, unos labios que nos deleita saborear, unos latidos acelerados que nos apetece sentir y escuchar. Quizá no sé cómo ser una novia o como querer a alguien de manera correcta, pero si se siente parecido a esto, tengo claro que lo quiero averiguar.

Rodrigo me acaricia la espalda y la nuca con las dos manos y yo dejo campar a sus anchas a las mías, se sienten eufóricas y liberadas y tienen la necesidad de tocar, explorar, acariciar y sentir. Mis manos se sienten valiosas y útiles al recorrer la espalda, las costillas, la nuca, el cuello, la mandíbula y el pecho de Rodrigo, mientras que él jadea en mis labios. Lo hago sentir bien, le gusta que lo acaricie y eso me reconforta de una forma agradable.

Sus respiraciones son cada vez más rápidas y entrecortadas, al igual que las mías. Ambos

estamos a punto de llegar al límite, a un punto de no retorno que debemos explorar.

Rodrigo me cubre las nalgas con las manos y me acaricia con fuerza, unas corrientes eléctricas me recorren el cuerpo y me hacen sentir necesitada de una descarga mayor. Tengo ganas de aumentar el placer, de llevarlo al extremo, de hacer que mi cuerpo tiemble y se estremezca. Deseo un poco de fricción y, entonces, meneo las caderas arriba y abajo sobre su erección. Rodrigo jadea y me aprisiona con fuerza contra su pecho y, joder, lo agradezco porque he empezado a temblar como una gelatina. Su bulto endurecido se clava entre mis labios vaginales y hace que arda de anhelo. ¡Es alucinante! Soy presa del deseo y la excitación.

No sé lo que hago, pero me encanta, lo disfruto y no quiero que pare.

Siento como una mano me envuelve el cabello de la nuca y tira hacia atrás, me separo de los labios de Rodrigo a regañadientes y, enseguida, siento una sed demoledora. Entonces jadeo cuando unos labios húmedos me lamen y una lengua resbaladiza crea círculos en mi cuello, su mano se cuela por debajo de mi falda y me acaricia los muslos antes de ayudar a aumentar la fuerza de mis movimientos sobre su bulto con su empuje. Rodrigo me muerde los pechos por encima de la ropa y consigue llevarme al límite sin siquiera quitarme una prenda.

—Espera, yo... Rodrigo voy a... ¡Ay, por Dios! ¡Joder!

Me arqueo sobre su cuerpo y me aferro a su cuello mientras un orgasmo nace en mi entrepierna y me atraviesa. Soy incapaz de controlar mis gemidos mientras la sensación se extiende y me llena por completo. Menuda locura, la siento borbotear en mi sangre, zumbear en mis oídos y en cada latido de mi corazón.

¡Dios mío! ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! Pero... ¡qué pasada!

Una sonrisa maliciosa se torna en los labios de mi acompañante mientras la mía propia se abre paso. No me da tiempo a hablar, a pensar o si quiera recuperar el aliento, porque él me empuja a la derecha y descansa mi espalda sobre el sofá.

Ahora es él quien apoya, ligeramente, su cuerpo sobre el mío mientras me besa con suavidad y sus manos recorren mi cuerpo sin miramientos.

—Eso ha sido precioso, Madrid —me dice con malicia—, y ni siquiera he empezado.

Le empujo el abrigo de los hombros y los ojos le brillan, le arden de deseo mientras se incorpora y me mira con seguridad. Sé que se lo ha tomado como lo que es, una invitación, una orden: quiero que toda su ropa desaparezca, necesito verlo desnudo.

Su abrigo cae al suelo, se desabrocha el cinturón mientras se quita los zapatos sin apartar la mirada de mí. Me gusta esa mirada, me gusta esa seguridad, ese deseo, me gusta verme en sus ojos, saber que le gusta lo que ve, que le excito, que necesita tenerme tanto como yo a él.

Me saco las botas y me pongo de pie en el sofá, me desabrocho el overol, que cae al unísono con los pantalones de Rodrigo. Su mirada se transforma en un edificio en llamas y tiro de su jersey para que esté pegado a mí. Es increíble lo alto que es, estoy de pie en un sofá y apenas

estoy a su altura. Es alucinante la seguridad que me genera, me siento una mujer sexi y poderosa a su lado. Me recorre los muslos y el trasero mientras me muerde despacio mi parte íntima.

Jadeo y le quito el jersey marcando mis caricias en todo su dorso, luego la camisa mientras él me baja las medias de la misma manera. Quiero estar desnuda para él, desnudos el uno para el otro. Sus manos se sienten como un fuego celestial que me tienta la piel sin llegar a quemarla. Su torso es perfecto. El color dorado de su piel y sus músculos marcados me invitan a probarlos hasta saciarme. Lo acaricio, dejo que mis dedos vaguen curiosos por sus pectorales mientras él me observa fascinado.

—Eres hermoso —le susurro.

Entonces me rodea el culo con los brazos y me eleva para, después, lamer mi abdomen mientras inicia una marcha lenta en dirección a la cama donde me deja de pie. No para de mirarme como si yo fuese lo más bello que ha visto en su vida.

—Tú eres hermosa —me confirma.

Decido que quiero mejorar sus vistas y me deshago del top que aún me cubre. Rodrigo ruge y me agarra de la mano, me empuja hacia delante y caigo de rodillas frente a él.

—Tienes los labios más bonitos que he visto en mi vida —dice mientras me acaricia los labios con el pulgar—. Quiero besarlos —Me besa— y no parar. —Repite el acto y yo ardo de lujuria— nunca.

—No quiero que pares, no pares, por favor.

Rodrigo me besa y me envuelve entre sus brazos, en sus movimientos adivino sus deseos y me siento en el borde de la cama para después tumbarme. Él lo hace sobre mí, a nuestros cuerpos solo los separa una diminuta capa de ropa interior y no puede sentirse más perfecto.

Capítulo 18



RODRIGO

«Es erótico cuando una mujer se mete en tu cama, pero lo es mucho más cuando se mete en tus pensamientos todo el día».

Mi lengua le llena la boca y ella jadea en busca de aliento. Quiero reclamarla, llenarla, poseerla. El deseo me nubla la visión y el frenesí me zumba en los oídos junto a los latidos de mi corazón. Estoy desbocado, enloquecido, ardo en lujuria y éxtasis. Amaya se revuelve bajo mi cuerpo mientras la acaricio con avaricia, no pienso soltar este cuerpo porque, a partir de este momento, será mi posesión más valiosa.

Esto es real, está pasando y no puedo escuchar más que sus gemidos, no siento más que su calor y el movimiento de su cuerpo que se arquea bajo el mío. Admiro lo bien que le sienta la ropa interior de encaje, y no me puedo creer lo afortunado que soy de poder disfrutar de este momento. Amaya es hermosa, cada parte de ella lo es y no puedo parar de mirarla, besarla, tocarla. Necesito más, siempre necesitaré más. Estoy perdido.

Desciendo desde su cuello, lamo, chupo y devoro con la voracidad de un animal cada rincón de su cuerpo. Ella se retuerce, enreda las manos en mi pelo y jadea, pero no me detengo, quiero justo eso y más, quiero llevarla al límite, una y otra vez.

Sus pechos saben a miel y no me contengo en tomar de ellos todo lo que necesito, son míos, están erizados para mí y yo los reclamo. ¡Maldición! Sus gemidos amenazan con llevarme a la locura y eso que apenas hemos empezado. Cubro la totalidad de su vagina con la mano, la aprieto y la toco, incapaz de controlar lo agradecido que estoy de saber que pronto estaré dentro de ella. ¡Joder! La polla me late de anticipación, la sangre bulle con fuerza entre mis venas y lo veo todo rojo.

Voy a estar dentro de ella, después de cinco años, estaré dentro de una mujer, de mi mujer, porque después de esto será solo mía por el resto de sus días.

Dejo que la mano se deslice por la parte de arriba de la braga y, joder, esta tan húmeda para mí que no puedo soportarlo. Amaya se retuerce y gime mientras ataco su clítoris a conciencia y chupo con fuerza uno de sus pezones a la vez. Quiero que estalle, que vibre y se retuerza de placer.

Quiero proporcionarle todo eso y mucho más y que sepa que yo se lo he dado. Quiero que grite mi nombre mientras la desespero y la llevo a la locura.

—¡Dios mío! —grita cuando muevo con rapidez dos dedos en su interior mientras le rozo el clítoris con la palma de la mano y la muñeca—. No puedo, Rodrigo, no puedo más...

Amaya grita y se arquea y yo ahogo sus gemidos con mis labios.

—No te imaginas las ganas que tenía de hacer esto, Madrid. Dime que eres mía. —Amaya me mira mientras recupera el aliento y, enseguida, me sobrecoge mi actitud. Igual me he pasado, esas palabras son más propias del antiguo Rodrigo que de él que pretendo ser, pero quiero que lo entienda, quiero que sepa que es tan mía como suya en este momento. Después de unos segundos de duda, asiente y yo me libero del temor—. Me encantas —susurro mientras la acaricio—. Por favor, nena, déjame estar en tu interior —suplico mientras le bajo las bragas—. Lo deseo, lo necesito, no puedo soportarlo.

—Hazlo, yo también lo deseo, por favor, Rodrigo, quiero ser tuya. —Amaya asiente con la cabeza, desesperada.

Estallo de éxtasis. No me puedo creer que ella sienta la misma necesidad, las mismas ansias y el mismo deseo. No me puedo creer que ella quiera esto conmigo tanto como yo lo quiero con ella. Ambos estamos aquí, frenéticos el uno del otro, reparamos algo que ninguno de los dos rompimos, pero que hemos tenido que cargar con los trozos, trozos que se clavaban de forma dolorosa en nuestras mentes y limitaban nuestras vidas.

La beso mientras libero mi erección y ejerzo presión sobre su entrada, callo sus palabras, no quiero que me suplique, debería ser yo y solo yo el único que le implore, ella me está devolviendo a la vida, me hace resurgir de las cenizas.

Me empuja a su interior con un solo movimiento y ella grita en mis labios. La sensación es increíble, creo que entro en el paraíso en estos momentos. Siento el placer en todo el cuerpo, en la mente, el alma y me estremezco. Me obligo a ir despacio mientras, poco a poco, la dilato, está muy húmeda, muy cálida, pero a la vez muy apretada. Ni siquiera estoy dentro del todo y ya lucho contra el deseo de una liberación.

Me recuesto aún más sobre ella, la abrazo, la acaricio y la beso mientras lleno su interior. Amaya tiembla bajo mi cuerpo, me acaricia la espalda, me muerde los hombros y me lame el cuello mientras jadea. Ella quiere esto tanto como yo y quiero dárselo, quiero que lo tengamos.

Ejerzo movimientos suaves en su interior, pero, a la vez, profundos. Ambos gemimos al unísono, tocamos y besamos mientras nos envuelve la pasión, el placer, la sensualidad y la

lujuria.

La forma en la que aumentan sus gemidos con mis movimientos me indican que ella está tan al límite como yo. Las paredes de su vagina me envuelven la polla mientras me deslizo y Amaya me rodea la cintura con las piernas, me clava con fuerza en su interior.

—No puedo, Amaya voy a...

Me corro sin remedio en su interior mientras ella libera su orgasmo.

No me lo puedo creer, soy libre, Amaya me ha liberado, me ha curado del dolor sin siquiera saberlo.

Capítulo 19



AMAYA

«Tú y yo hemos conseguido parar el tiempo».

¿Estoy nerviosa por lo que ha pasado? Sí. ¿Estoy acojonada por todo lo que puede acarrear consigo? Sí, pero aquí estoy, en los brazos de Rodrigo, mientras me besa con tanta ternura que me hace sentir que nunca en mi vida he hecho algo mejor que esto, que nunca he tomado una decisión mejor, que nunca me he sentido más viva.

—Amaya, gracias por permitir que esto pasase, no te imaginas cuanto lo he imaginado desde el primer momento en el que te vi —me dice mientras me besa en la comisura de los labios, mejillas, cuello y clavícula.

—Tú también me gustaste en cuanto te vi, pero lo hiciste aún más a medida que te conocí. Eres un hombre maravilloso, Rodrigo, admiro tu bondad, tu empatía, tu altruismo. Es increíble coincidir con alguien como tú en la vida.

—Aquí la única que eres increíble, eres tú, ¿vale? Que no te quede la menor duda.

Rodrigo me abraza con más fuerza y yo me deshago entre sus brazos. Me siento segura, conforme y en casa.

—Voy a darme una ducha —susurro mientras me levanto de la cama de un salto y mi cuerpo me recuerda lo que acaba de pasar hace unos minutos. El vacío que siento en mi interior me envía, a la vez, una oleada de dolor y placer que me hace estremecer, pero no me desagrada en absoluto, porque me recuerda lo viva que estoy y lo feliz que me hace haberme entregado a Rodrigo de esta manera. Como acto reflejo, me coloco las manos en el bajo vientre mientras una mueca de incomodidad aparece en mi rostro.

—Nena, ¿estás bien? —Rodrigo se coloca a mi lado y me inspecciona. Levanto la mirada y me encuentro con su rostro y el semblante de preocupación que distingo en su expresión hace que se me hinche el pecho. Nunca nadie se había preocupado así por mí antes. Lo escucho jadear

y me doy cuenta de que se ha puesto pálido como un folio—. Joder, ¿te he echo daño?

—No. —Lo tranquilizo y le acaricio las mejillas—. Ha sido alucinante.

—No me mientas, Amaya, he sido muy bruto, sé que hace mucho tiempo que tú no... Y yo debí haber sido más delicado, pero estaba muy ansioso, nena, maravillado, flotando en una jodida nube de felicidad y algarabía. —Rodrigo parece afectado, nervioso, gesticula con las manos mientras prosigue con su homilía y yo le presto toda mi atención porque siento que para él esto es importante—. Me curaste, Amaya, no tienes ni idea de como me devolviste a la vida esta noche. Lo que acabamos de hacer, lo que acaba de pasar, yo... creí que nunca podría volver a hacerlo.

—Rodrigo, tranquilo, ha sido perfecto. —Y lo ha sido, creo que todo en mi expresión corporal delata que yo también floto en una nube de felicidad y éxtasis después de estar entre sus brazos, y más aún al ser consciente de que puede volver a pasar en cualquier momento; pero entiendo como se siente Rodrigo y, aunque no comprendo con exactitud el porqué alguien como él podría llevar años sin tocar a una mujer, no me voy a poner a indagar sobre ello en este momento. A Rodrigo le importan mis sentimientos, le importa mi validación y es lo que le voy a dar—. Escucha —Lo cojo de las manos y lo miro con fijeza mientras le transmito toda la serenidad, felicidad y confianza que soy capas a través de mis ojos— es cierto que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que tuve relaciones sexuales, pero te aseguro que no he sentido nada más que placer y me alegro de que a ti te haya pasado lo mismo.

—¿Estás segura?

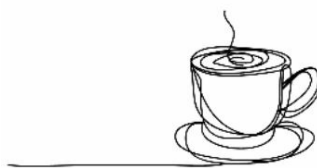
—Sí, si me hubiera sentido incómoda en algún momento te hubiese pedido que pararas.

Tengo que sujetarle la cara con las manos para que deje de temblar y dar vueltas de un lado a otro como pollo sin cabeza. Me gusta ver este lado de Rodrigo, lo mucho que le preocupa mi bienestar. Lo beso en los labios antes de dedicarle una sonrisa genuina.

—Puedes contarme lo que necesites cuando te sientas preparado, lo sabes, ¿verdad? —Él asiente entre mis manos y doy su respuesta por válida.

—Joder, no podrás librarte de mí, Madrid, eso te lo aseguro.

No veo venir su movimiento, pero en una fracción de segundo estoy entre sus brazos y mis pies ya no hacen contacto con el suelo. Los labios suaves de Rodrigo me besan con dulzura y me digo a mí misma que lo deseo. Deseo no librarme de él jamás.



Me despierto entre besos, caricias y abrazos, además de un olor importante a tortitas y miel.

Un Rodrigo en calzoncillos me besa desde la esquina de la cama y me llama con voz suave.

—Arriba, nena, se enfría el desayuno.

—¿Has preparado tortitas?

—Si, ¿es que no te gustan? Joder, no me digas que otra vez he hecho eso de elegir por los dos.

—Lo callo con un beso y hago retroceder al ataque de pánico que casi se adueña de él por completo.

—Me flipan las tortitas y besarte en las mañanas.

—Menos mal —suspira.

—Pero primero voy al baño, te juro por Dios que me meo viva.

Escucho sus carcajadas y algo en mi interior arde de felicidad. Después de orinar, me miro al espejo, desnuda, con el pelo revuelto y un par de chupetones en el cuello. No me puedo creer que haya sido suya y, a la vez, tan mía en varias ocasiones durante la noche. No me puedo creer que tengamos tal nivel de compenetración a pesar de que acabamos de conocernos, tal nivel de deseo mutuo, respeto y entendimiento.

Nunca había sentido algo así y estoy feliz de haberme atrevido a vivirlo junto a él. Viviré lo que sea que la vida quiera darme a su lado y, joder, exprimiré cada gota de la felicidad que me ofrezca.

Me pongo el albornoz y salgo del baño, Rodrigo me espera en la mesa con una montaña de tortitas, café recién hecho, dos vasos de zumo y un bote de miel.

—Gracias por el desayuno. —Le sonrío al sentarme y empiezo a llenar el plato.

—Quiero que seas mi novia.

Me quedo perpleja en el acto y sujeto el plato con fuerza para que no se me escurra de las manos, ¿me está pidiendo...?

No sé ser una novia, nunca he sido la novia de nadie y no sé qué implica eso en realidad.

—¿A qué te refieres?

—Dijimos que descubriremos, poco a poco, lo que esto puede darnos, pero no dijimos que no podíamos ponerle un nombre o una etiqueta —su razonamiento parece bastante simple, pero yo no lo tengo tan claro.

—¿Quieres ponerle una etiqueta?

—¿Es qué no es obvio?

—No se que implica un noviazgo —me sincero —, realmente, nunca he tenido una relación.

—No me siento incómoda con esta conversación, de hecho, me gusta hablar con Rodrigo de ello, mientras comemos tortitas con miel semidesnudos, es como si fuese correcto, natural, relajado, y confío en que él puede darme las respuestas que necesito así que me abro del todo y le cuento mis inquietudes—. Víctor creció conmigo en el orfanato y nunca tuve opción, ni siquiera me lo

pidió, solo... pasó. Y luego hubo alguien más, alguien que conocí en mi primer viaje con Eliza y Grace cuando tenía dieciocho años, fuimos a Bruselas y nos sentimos tan atraídos el uno por el otro que terminé por regalarle mi primera vez. Algo me decía que no debía ser con Víctor y menos mal, porque si no hoy en día tendría un recuerdo de mierda. —Sonrío—. Nos veíamos muy de vez en cuando, él viajaba mucho por trabajo y yo me escondía, nunca me pidió que fuese su novia, supongo que, cada vez que nos despedíamos sin fecha para volvernos a ver, daba por sentado que sería imposible.

—Pues yo te lo pido, nena. Me gustas una barbaridad, créeme cuando te digo que hacía muchos años que no me gustaba nadie... y nunca alguien lo ha hecho de la manera en la que me gustas tú.

—¿Por qué? ¿Qué tengo de especial? —Rodrigo sonrío y se pasa la mano por el pelo, una mota de diversión en su expresión, una que me intriga, como si mi pregunta le causara gracia de alguna forma.

—Supongo que todo y a la vez nada. Yo no sabría quedarme con solo una cosa que me guste de ti, pero a otra persona le podrían pasar todas desapercibidas. Es raro, no sé definirlo, pero me encantas toda tú, en conjunto.

—Entiendo lo que dices. —Él también me encanta, me encanta de una manera que hace querer volar, salir de mi caparazón y arriesgarlo todo por un beso —. Dije que nunca saldría con nadie, que nunca permitiría que me gustase nadie, me he... reprimido durante mucho tiempo y me he cerrado al amor en cualquiera de sus formas, pero me gusta estar contigo, me gusta que estemos aquí hoy o en la playa, el cine o la cafetería. Tampoco sé como explicarlo, pero no quiero cerrarme a ello porque me encanta tu compañía y la idea de estar a tu lado.

—Entonces eres mi novia.

—Vale.

—Espera, ¿has dicho vale? —La cara se le ilumina como a un niño pequeño y yo me muerdo el labio inferior mientras asiento en su dirección—. Joder, soy un novio afortunado. —suspira y luego noto una sonrisa ladeada en sus labios que le otorga un aire picarón —Tú, sin embargo, no podrás decir lo mismo.

Frunzo el ceño de tal manera que las cejas se me juntan entre sí.

Rodrigo deja los tenedores en el plato de manera solemne y clava su mirada en mí. Por unos escasos segundos me siento su comida, pero estoy confusa, su actitud ha cambiado de repente y no entiendo por qué. Entonces se levanta, se coloca a mi lado y me ofrece la mano, la acepto con cautela y me levanto. Enseguida, me rodea la cintura y me atrae hacia sí antes de besarme el cuello. Sonrío por las cosquillas que me causa su barba rubia creciente.

—Puedo ser un poco posesivo —me susurra y, joder, no me gustan esos términos, pero advierto que deben de tener un fundamento que me explicará a continuación—. Querré besarte

todo el día, y follarte y dormir a tu lado. —Jadeo cuando mete la mano en mi entrepierna y me acaricia con insistencia el clítoris. Ay, vale, creo que puedo soportar un poco de eso a cambio de lo que estamos a punto de volver a hacer—. Querré escucharte gritar de placer cada segundo, hacer que te corras y probar tus jugos todo el maldito día y toda la jodida noche. —Entonces me da la vuelta, ahora estoy de espaldas y siento como cae el albornoz para luego deslizarse por mi trasero y mis piernas hasta acabar en el suelo. —no te dejaré descansar — Vuelvo a estar desnuda mientras él me recorre los pechos con la otra mano y aprieta su erección contra mi trasero.

—Oh, Dios mío.

—Sí, Amaya, quiero tenerte varias veces cada día y, joder, te aseguro que tú también lo querrás. No me cansaré de ti.

—No quiero que te canses.

—Quiero escucharte decir que eres mía. No sabes donde te metes, nena, pero quiero que lo hagas.

—Tú tampoco. Descubrámoslo juntos.

Rodrigo me arquea contra la mesa y, mierda, ahora tengo las tetas llenas de miel y tortitas, pero, no sé porque, eso me pone a cien.

—Dime lo que quieres, Madrid —me instiga mientras retiene mis caderas y tantea contra mi entrada, se burla de mis ansías, de mi deseo, me lleva al límite.

—Quiero que estés dentro de mí, por favor. —Me encanta cuando me llama Madrid.

—Tus deseos son órdenes. —Rodrigo se hunde en mi interior con fuerza y yo grito—. ¿Qué más quieres, nena? —Me encanta cuando me llama nena.

—Que te muevas en mi interior —Lo hace— más fuerte —exijo y él obedece. Dios, el placer crece en mi vientre de forma instantánea y, al jadear, la boca me sabe a miel mientras mis pechos se chocan contra la mesa y resbalan sobre las tortitas que ejercen muy poca resistencia, es increíble, excitante y raro, pero, a la vez, muy morboso.

—¿Qué más quieres, cariño? Dímelo. Dime todo lo que quieras y te lo daré.

—Quiero todo lo que has dicho, todo, quiero ser tu novia, tu mujer, solo tuya, Rodrigo.

Nuestros gemidos se intercalan unos con los otros mientras ambos llegamos al orgasmo. Antes de que logre recuperar el aliento, Rodrigo tira de mí y me hace girar.

—Entonces, ahora eres mía. —Sus ojos denotan lujuria mientras lame la miel de mis pechos.

—Soy tuya —sentencio y pongo toda mi esperanza en que esta sea una buena decisión.

Capítulo 20



RODRIGO

«Somos el futuro de nuestras palabras, las consecuencias de nuestros actos».

—¿Sabes dónde está la farmacia más cercana? —me pregunta Amaya en voz baja.

—¿Cómo dices? — Ya es lunes y llevamos unas cuantas horas en la cafetería, pero mi mente sigue en cortocircuito después de tantos orgasmos.

—La farmacia, le hemos dado al tema todo el fin de semana sin protección.

Oh, vale, eso.

—Voy yo, ¿qué necesitas?

—Tengo que ir yo.

—¿Por qué? Traeré todo lo que me pidas.

—Condomes a tope y la pastilla del día después. —dice por lo bajo, pero «Condomes a tope», ¿en serio? Soy incapaz de no reírme por lo mucho que me gusta como suena eso—. Además, no es que quiera aprovecharme de ser la novia del jefe, pero necesito una mañana para ir al médico y buscar un método anticonceptivo. Le diré a Sofi que me cambie el turno.

—Hecho.

—Muy bien, ahora deja de follarme con los ojos mientras trabajo, me distraes y eso enfadará a mi jefe —me dice con un golpe en el hombro.

—Debe ser un gilipollas.

—No te haces una idea, pero me pone muy cachonda lo guapo que está cuando se enfada y cuando me mira a los ojos desde el medio de mis piernas. —La polla me da un salto en los pantalones. Esta mujer quiere matarme a base de placer.

—Me las pagarás esta noche por eso, Madrid.

—¡Oh, Dios no! Idos a un hotel de una vez —grita Albert desde la cocina.

—¡Oh, Dios, sí! —respondo a modo de broma—. Enseguida vuelvo.

Antes de que pueda poner un pie fuera de la barra, escucho el sonido procedente del bolso de Amaya. Su cara cambia al instante y se acerca a mí, derrotada.

—¿Es ese imbécil? —le pregunto mientras saca el carcamal del bolso y lo visualiza, no hace falta que me responda para saber que la respuesta es sí.

—Número oculto.

—No tienes por qué contestar.

—Colgaré si es Víctor, pero sabes que no soy capaz de no responder, puede ser mi madre.

—Yo contestaré.

—¿Qué? No...

—Vamos a ayudarnos y apoyarnos mutuamente, ¿recuerdas?

—Esto no va a salir bien —duda durante un momento y, justo cuando tengo la sensación de que no accederá de ninguna de las maneras, me tiende el móvil con decisión—. Pero supongo que me da igual.

Contesto con un carraspeo antes de que pueda arrepentirse. La adrenalina me corre por las venas mientras un remolino de ira se apodera de mí. Quiero escuchar como arde de rabia este imbécil.

—¿Quién coño eres y cómo te atreves a contestar su teléfono?

—Soy su novio. Encantado de conocerte, puto gilipollas de mierda. —Amaya me dedica una mirada severa mientras niega con la cabeza y el pánico se apodera de sus ojos—. Te prohíbo que la vuelvas a llamar.

—¿Me prohíbes? —El idiota al otro lado de la línea se carcajea, lo que me irrita aún más. Quiero verlo muerto—. Ni siquiera la policía ha conseguido que me aleje de esa zorra escurridiza, es mía. Y sé que ella no te dejaría tocarla.

—¿Estás seguro de eso?

—¡Como le pongas un dedo encima a mi mujer...! —se le corta la voz, el muy imbécil casi lloriquea.

—Si vuelves a llamar a mi novia serás hombre muerto. —Amaya amenaza con arrebatarme el móvil, se nota que su nivel de nervios no hace más que ir en aumento, pero yo ya estoy en modo ataque y me es imposible detenerme—. Es mi novia, mía. Eres tú el que debe aprender a mantenerse lejos de la mujer de otro hombre. Nena, vamos a la cama, pasemos de este imbécil al que no se le levanta.

—¿Ella te ha contado eso? —pregunta despacio.

—No, lo intuí cuando me colé en el interior de su coño estrecho, pero ahora veo que he dado en el blanco.

—¡No la toques! ¡Joder! ¡Lissa! ¡Aléjate de ese hijo de puta ahora mismo!

Víctor se está, literalmente, volviendo loco al otro lado de la línea y, aunque no soy un chaval,

ni un hombre condescendiente, me doy cuenta de que, por ahora, esta resulta ser la mejor manera de devolverle parte de la tortura que él le infiere a ella.

—Confía en mí —le digo a Amaya mientras cubro el móvil con la mano—. Arde de rabia, puede que se suicide si te escucha llamarme con un apodo cariñoso. —Amaya niega con la cabeza y me mira como si tuviera marcianos en la cara—. Venga, te juro que será divertido. —Acercó el teléfono a su oreja para que escuche como a su ex está a punto de tener una embolia.

—A mí no me resulta divertido.

—Eso es porque consigues afectarte, pero piensa que ahora no puede tocarte, nena, puedes burlarte de él, estar del lado del poder, al menos por una vez. —Amaya se lo piensa.

—Cariño —me llevo una grata sorpresa cuando veo que entra en el juego, dejo de cubrir el móvil y lo pongo más cerca de sus labios—, pasa de ese imbécil, yo me dedico a colgar sus llamadas.

—¡Cuelgas mis llamadas, puta! ¡Voy a encontrarte y a matarte!

—Vamos a la cama, no puedo creer lo mucho que aguantas, a Víctor ni siquiera se le levantaba.

—Encantado —respondo burlón—. Lo siento, tío, tengo que dejarte, mi chica me necesita.

—¡Lissa! —Es lo último que le escuchamos decir antes de colgar la llamada. Me reconforta ver que, al igual que yo, Amaya se echa a reír y no me persigue con un cuchillo como yo creía que haría.

—Eso ha sido intenso, chicos —interviene Albert con tono serio y la algarabía cae en picado—. Sé que estáis en modo luna de miel y todo eso, pero, la próxima vez, avisadme para empezar a grabar antes la llamada. —Albert nos enseña la grabación de dos minutos y medio que ha hecho con su móvil.

—¡Dios mío! ¡¿Lo has grabado?!

—Te ha amenazado de muerte, ahora al menos tienes pruebas con las que hundir a ese gilipollas.

—Gracias. —Amaya rodea a Albert en un abrazo y yo le guiño un ojo en señal de agradecimiento por encima del hombro de mi chica.



Acabo de salir de la farmacia con, exactamente, cinco cajas de condones, me siento como si acabase de comprar una casa o mi primer coche en vez de preservativos; pensaba pillar más, pero

el de la farmacia me ha mirado raro así que he decidido dejarlo pasar.

Me siento como un adolescente. Revitalizado, vivo y con esperanzas renovadas, mi día no puede ir a mejor, a pesar de esa conversación con ese imbécil. ¡Dios!, me lo cargaría de una patada, pero estoy seguro de que ahora mismo agoniza de ira e impotencia en el suelo de su piso.

El móvil me suena en el bolsillo y contesto entusiasmado al ver que se trata de Gerlof.

—Ger...

—Ro, acabo de aterrizar en Santander, en veinte minutos nos vemos en tu piso.

Gerlof cuelga antes de que pueda replicar, ¡mierda! Sé que lo que va a decirme es importante, pero no sé si quiero saberlo.

Capítulo 21



AMAYA.

«Quiero ser feliz, no perfecta».

—No lo sé, no sé si es correcto, pero, joder, os juro que es increíble, me ha pedido que fuese su novia y ni lo he dudado, le he dicho que sí. —Los gritos de los chicos a través de la pantalla resuenan por todo mi piso.

—¡Dios! ¡Al fin! ¡Nuestra chica ha echado un buen polvo! —grita Grace.

—¡Nuestra chica tiene un novio! —vocifera Eliza y se me escapa una sonrisa, ella, como siempre, en el lado más romántico.

—O sea, ¿estás segura de que eres nuestra amiga y no un clon robótico hiperrealista? —cuestiona Marvin.

—Pues, a decir verdad, nunca me he sentido más humana y más viva.

Los chicos chillan y jalean envueltos en un frenesí absoluto.

—Vale ya —los reprimo.

—Tengo que conocer a ese Rodrigo, dile que soy su fan número uno por conseguir llamarse tu novio —argumenta Grace.

—Tiene que pasar la prueba de fuego —replica Marvin—, si quiere estar contigo, tiene que aguantarnos.

—Tiene que hacerla feliz —lo corrige Eliza y el ambiente se relaja de forma instantánea, se libera, se vuelve más íntimo, más serio—. Nos gusta verte feliz. Nos gusta ver que te atreves, que experimentas, que vives. No importa si las cosas no salen bien a largo plazo con este Rodrigo, tú quédate con lo que vives ahora, disfruta la experiencia de abrirte y relacionarte. Le plantas cara al miedo, a la muerte y eliges la vida, tía, y no podemos estar más orgullosos de que hayas decidido por fin salir de esa crisálida y usar las alas.

—Gracias, chicos. —Las palabras de Eliza, como siempre, echan raíces en mi interior.

—Eliza tiene razón, estamos orgullosos de ti, pitufa. —Sonríe Marvin.

—Os quiero. Ojalá pudierais estar aquí conmigo.

—Esperemos que Víctor se muera pronto para que podamos ir a verte o tú puedas venir. —
añade Grace como si nada.

—Grace —la reprimo.

—¿Qué?! —bufa Marvin—. Grace tiene razón, ese tío es un incordio.

—Tendríais que haber oído sus chillidos mientras Rodrigo lo provocaba —suelto con una carcajada que se vuelve contagiosa—. Creí que iba a tener que llamar al uno, uno, dos y pedir que enviaran una unidad UVI a su piso.

Me río con ganas junto a mis amigos y, por primera vez en mucho tiempo, tengo esperanzas y deseos de ser feliz a pesar de cualquier circunstancia.

Capítulo 22



RODRIGO

«Se me abrieron heridas viejas por golpes nuevos y así volví a sangrar donde antes dolía, entonces fue cuando me di cuenta de que todos podemos llorar cuando nos derrumbamos».

—Ger, tío, ¿qué pasa? Quitla la tiritita de un tirón ¿la has encontrado? —Gerlof parece contrariado, pone mala cara, y sé que es portador de malas noticias, pero, joder, no es necesario que se haga de rogar de esta manera—. ¿Está muerta?

—No lo sé —responde serio.

—¿No la has encontrado?

—No.

—¿Entonces? Venga, tío, sé que pasa algo, suéltalo de una vez.

—Encontré su expediente del barrio rojo.

—¿Y?

—Encontré para quien trabajaba.

Mierda. El corazón me da un vuelco y una presión se me instala en el pecho, me empiezan a zumbiar los oídos mientras noto como corre más deprisa la sangre por mis venas. Era demasiado bueno para ser verdad y yo lo sabía.

—¿Era una de las chicas de mi padre?

—Lo era. —Joder—. El heredero del clan Mulder fue su encargo especial, vivieron juntos dos años hasta que él apareció muerto. —Gerlof me pasa una foto en la que se ve a un chico joven con el mismo pelo cobrizo y ojos amarillos de Amaya—. A juzgar por lo mucho que se parece a tu chica, diría que es su padre.

Siento como me muerdo ahora mismo, sudo e hiperventilo, sufro en gran agonía. No lo puedo creer, mi familia... Mi familia, otra vez, me destroza.

—¿Mi padre lo mató?

¿Por qué lo pregunto si conozco la respuesta? Matar por sí mismo u ordenar su muerte a terceros, en realidad es todo lo mismo. Era su oponente y no hubiese enviado a la madre de Amaya si su objetivo principal no hubiese sido que todo acabase en su muerte, pero supongo que espero escuchar que Gerlof me diga lo contrario, que desmienta mis pensamientos y me consuele.

—Es lo más probable.

Mierda.

—¿Y a su madre?

A lo mejor ella desobedeció sus órdenes y por eso huyó, a lo mejor se enamoró de su objetivo y sufrió cuando lo mataron, a lo mejor ese hombre tenía familia, una familia que querría conocer a Amaya y vengar la muerte de su padre. Necesito saber qué se esconde detrás de todo esto.

—Desapareció con tu chica durante un tiempo, hay órdenes de búsqueda de esa época, debe de haberse llevado consigo algo que tu padre quería. Hay otro informe del dos mil uno, la encontraron en Ámsterdam, pero la niña no estaba con ella. No pone nada más, Rodrigo, no sé qué le pasó.

—Sabes tan bien como yo qué le pasó.

Siento como un dolor físico me atraviesa el pecho, este nivel de sufrimiento no debería ser soportable, debería atravesarme el corazón de forma literal y ayudarme a descansar de una vez por todas, pero no lo hace, me mantiene en vilo, agonizante y herido sin terminar de matarme.

¡Mierda! Otra vez lo pierdo todo en un segundo después de permitirme confiar y recuperar mis ilusiones, mi felicidad, mi vida, la oportunidad de amar y ser amado. Se me escurre entre las manos. No importa cuanto me aleje, no importa cuanto reniegue y me jure no volver: la *maffia* nunca me va a dejar salir, nunca se va a largar de mi vida.

¿Cómo puede ser posible tan cruel coincidencia? La única mujer que logra interesarme después de tantos años, que hace hervir con fervor el amor en mi interior, el deseo y la lujuria; la única que logra devolverme las ganas de amar, luchar y crear una familia, un hogar, resulta que es una víctima de mi padre y, espero que no sea también un...

—¡Dime que ella no es un objetivo! —grito lleno de pánico.

—Por lo que he averiguado, no. —Respiro aliviado, su vida no está en peligro, pero mi padre, mi padre mató a los suyos y destrozó su vida. ¿Cómo puedo...? ¿Cómo puedo lidiar con eso cada vez que la vea?

—No puedo estar con ella —dejo escapar en voz alta—, la única chica a la que logro querer resulta ser una de las víctimas de mi padre.

—Rodri, puedes intentarlo con ella, quedaros aquí...

—¿Y qué hago cuando quiera ir a Holanda a preguntar por su madre? ¿O cuando quiera llevar el caso a manos de las autoridades para pedir la ayuda que no encuentra en mí? ¿Cuando

averigüe que soy el hijo del jefe del clan Loyaal, el principal proveedor de toda la *maffia* holandesa y que precisamente ellos mataron a sus padres y la condenaron a la soledad de un orfanato? ¿Qué hago con eso, Ger? Dímelo tú, tío, porque a mí me duele demasiado pensar en posibles respuestas.

Me derrumbo sin miramientos y lloro de rodillas en el suelo frente a mi mejor amigo. No me importa parecer débil. En estos momentos maldigo todo lo referente a mi familia y el negocio que decidieron regentar, maldigo que la *maffia* me haya dado de comer toda la vida a base del sufrimiento de otras personas. Ahora el que sufre soy yo, porque me lo quita todo. Gerlof me envuelve entre sus brazos.

—Lo siento, amigo, pero tienes razón —susurra—, es lo mejor para los dos. Tienes que dejarla ahora antes de que sea demasiado tarde.

—¿Acaso no he pagado suficiente por todos mis males? ¿Tengo que pagar también los de mi padre? Porque si es así, Ger, no puedo soportarlo. No quiero vivir una vida sin ella. Joder, acabo de encontrarla y no podré soportar perderla.

Capítulo 23



AMAYA

«Si te lastiman, pero te hacen más fuerte, tú ganas».

No tengo noticias de Rodrigo desde que salió de la cafetería con rumbo a la farmacia, eso fue a la una de la tarde y son las ocho y media pasadas. No contesta a mis mensajes ni responde a mis llamadas y eso no es propio de él, ¿verdad? No puedo evitarlo, estoy preocupada, nerviosa e irritada y, joder, a pesar de que no sé si es lo correcto, voy camino a su apartamento. Sí, eso hago, es decir, al fin y al cabo soy su novia, ¿no? Y esto es lo que hacen las novias, preocuparse por sus parejas cuando desaparecen. Además, tiene algo que necesito y que no me gustaría postergar mucho más.

—Soy Amaya —digo cuando una voz masculina contesta con un sí al telefonillo.

La puerta se abre y subo directa al ático. Cuando salgo del ascensor, como unos días antes, la puerta del piso me espera abierta. Escucho que Rodrigo habla con alguien en neerlandés, otro hombre, su voz parece diferente y la discusión suena acalorada. Entro con cautela, y la escena frente a mí me desconcierta por completo. Mi novio parece ebrio, llora y maldice mientras su amigo lo consuela e intenta que se quede sentado en el sofá.

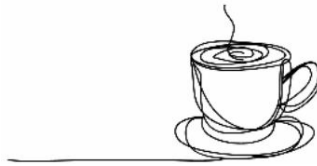
—¿Qué ha pasado? —me preocupo de manera instantánea y corro hasta Rodrigo, ayudo a Gerlof a mantenerlo en el sofá, pero Rodrigo se resiste a ambos e intenta, con todas sus fuerzas, levantarse. Estoy confusa, ¿por qué está borracho? Llevo semanas aquí y nunca le había visto tomar una sola gota de alcohol—. Rodrigo, ¿qué ha pasado, amor? ¿Estás bien?

—No estoy bien —llora desconsolado—. Continúan jediéndome la vida, Amaya. No van a parar. Quieren quitármelo todo, nena, incluso a ti.

—¿Qué? ¿Quién? ¿Qué ha pasado? ¿Quién quiere hacerte daño?

—Mi familia, ¡no quiero volver a verlos jamás! —Rodrigo se levanta con una fuerza y estabilidad increíbles para el estado en el que se encuentra y, con un gruñido bestial, lanza el

vaso de cristal que tiene en la mano, este se estrella contra la pared de enfrente y se rompe en miles de pedazos. Me agacho de forma instintiva y me cubro los oídos con las manos, sé que lo que está a punto de pasar es inevitable y el miedo me invade casi al instante, mi mente ya no está en el apartamento de Rodrigo, me he ido, ahora estoy en la cabaña de Boadilla del monte, Víctor está aquí y va a matarme.



Diciembre del 2023

—¿Creíste que te habías librado de mí, Lissa?

Víctor me aprisiona en la cama. Despertar y ver como su asquerosa cara escudriña la mía y respira en mi sien como si de un perro rabioso se tratase, es, sin duda, una experiencia de mierda. Apenas tengo tiempo de asustarme, gritar o revolverme, porque, enseguida, me encuentro como un cuchillo afilado se blande frente a mis ojos.

Ahogo un grito y mi mirada se oscurece debido al terror que ahora me devora. Es la primera vez que me amenaza con un arma y, aunque siempre he sabido que puede matarme, no es lo mismo verlo en la realidad.

—He tardado dos años en encontrarte esta vez, nuevo récord, preciosa, pero me las pagarás por ello. ¡Levántate de una puta vez y cuidadito con querer jugármela! —siento como desaparece la presión del cuerpo de Víctor sobre el mío, ya no me retiene, pero lo hace de igual modo sin necesidad de tocarme. Se mantiene cerca, alerta, blande el cuchillo en mi dirección—. Te juro que me he cansado de jugar al gato y al ratón, Lissa, he decidido que, si no quieres ser mía, entonces prefiero verte muerta.

Grito con ganas cuando me aprisiona contra la pared y espero a sentir el dolor punzante del cuchillo mientras me atraviesa las entrañas, pero no sucede. Tiemblo bajo su presión y mil pensamientos me azotan la mente cuando se me humedecen los ojos. ¿Cómo no me he dado cuenta de que estaba cerca? ¿No he cerrado bien la puerta? ¿Por dónde coño ha entrado?

—Eres una perra desagradecida. —Me coge del brazo y me empuja con fuerza para que camine delante—. Sírve me algo de beber, ¡ahora, joder!

Avanzo temblorosa y, a medida que camino por el pasillo, busco objetos que me puedan servir de utilidad para atacar, pero en el pasillo no hay nada más que cuadros, rezo para tener más suerte en la cocina.

Estoy harta de este tío, pero tengo un miedo atroz.

—Solo tengo zumo —replico sin perderlo de vista.

—¿En serio? ¿Ni una puta Coca-Cola? —se mueve de un lado a otro con el pulso errático, la respiración entrecortada y negando con la cabeza. Parece indignado, desubicado, confuso—. No tenías nada de fe en mí, ¡joder! ¿Creíste de verdad que no iba a encontrarte? —Parece

que acabo de hacerle la mayor ofensa de su vida—. ¿Sabes lo mucho que me ha costado vivir sin ti todo este tiempo? ¡¿Te das cuenta de lo que me provocas, Lissa?! Te gusta llevarme al límite, lograr que pierda la puta cabeza.

—Lo siento —balbuceo.

—No lo sientes en absoluto, perra avariciosa. Mira que cabaña más bonita tienes mientras yo lucho por sobrevivir gracias a tus denuncias.

Joder, me tiembla todo el cuerpo, conozco sus estados de ánimo y sé que empieza a alterarse. Sé a dónde llevará toda esta conversación y no quiero pasar por ello, no otra vez.

—No volveré a hacerlo.

—¡Mentira! —Da un paso decidido en mi dirección y me apunta con el cuchillo a la frente—. Solo quieres que no te mate para correr a hacer lo mismo otra vez.

Tengo los ojos cerrados, un nudo en la garganta y el corazón en un puño, además de un miedo que me invade de la cabeza a los pies y no me deja apenas pensar. No quiero morir, no quiero estar aquí ahora mismo, echar todo por la borda, vivir en una realidad en la que Víctor exista, no quiero pasar por esto otra vez. No puedo más.

—Te odio —le susurro—, lo sabes, sabes que te detesto, que me das asco, que no puedo ver tu repugnante cara y aún así te empeñas en perseguirme. —Me doy por vencida aquí y ahora, si tengo que morir, si a nadie le importa, entonces al menos voy a desahogarme.

—Soy lo único que tienes, ¡lo único que he hecho es quererte, joder!

—Y pegarme, humillarme, aislarme, además de amenazarme y obligarme a no tener vida, pero ¿sabes qué? No voy a perder el tiempo explicándolo de nuevo, Víctor, porque eres incapaz de entenderlo. ¡Necesitas puta ayuda! Te lo he dicho demasiadas veces, pero prefieres ser un loco del coño a reconocer tus mierdas y tratarlas de una vez.

—Siempre te crees superior a los demás, siem...

—¡No quiero ser superior a nadie! Pero quiero vivir mi vida como me venga en gana, llevas demasiado tiempo persiguiéndome, ¿es qué, acaso, no te cansas? ¿No ves lo patético que eres? Pegas y desprecias a una mujer, pero resulta que no puedes vivir sin ella y prefieres verla muerta que siendo más feliz que tú.

—¡Eres mía!

—¡No lo soy! Y si tengo que morir por ello, entonces lo prefiero, pero antes debes saber una cosa, Víctor. Lo sabes, me conoces...

—¿Qué?

—No voy a irme sin luchar.

No sé porque Víctor me ha permitido hablar tanto antes de llevar a cabo el plan que ha venido a ejecutar esta noche. Si yo llevase dos años ideando matar a alguien ni siquiera lo escucharía, pero Víctor duda, lo sé porque lo conozco y solo es un cobarde al que le gusta el control y verme suplicar. ¿Es capaz de matarme? Por supuesto, todos los cobardes que se rigen por la ira encuentran en ella el impulso momentáneo suficiente para cometer actos atroces, aunque luego se lamenten por ellos; pero yo tengo claro que no es tiempo de lamentaciones, dude o no, está aquí, tiene un arma y nada de buenas intenciones.

Levanto el brazo con toda la rapidez y fuerza que soy capaz y le propino un golpe con el en la zona del codo, en cuanto noto que flexiona la extremidad me agacho y lo pateo con fuerza debajo de la rodilla en un movimiento de arrastre que lo envía al suelo de espaldas con un

golpe sonoro. El cuchillo se le escapa de entre las manos al caer y corro en su busca a unos metros de distancia.

En cuanto lo tengo en mano, me percató de que Víctor ya se ha levantado y corre directo hacía mí. Mi primer impulso es correr hacia el salón, me alcanza. Estamos uno frente al otro, separados por el sofá.

—¡Suelta eso, Lissa! ¡Sabes que no debes cabrearme!

—¡Lárgate de aquí! ¡Vete ahora mismo o no respondo!

—No voy a irme, o estamos juntos o ambos morimos.

Víctor salta sobre el sofá en mi busca, me doy la vuelta para iniciar la huida, pero me coge con fuerza del pelo y tira hacia atrás, retrocedo un paso, siento la primera patada en la pantorrilla, seguida de dos más, reconozco sus intenciones, quiere imitar mi movimiento, intenta tirarme, pero me mantengo firme. Tengo miedo, estoy aterrorizada, pero lucho contra ello como lo hago contra Víctor. Entonces me agacho, me giro rápida y le clavo el cuchillo en el muslo, dos veces, hasta que siento el puñetazo en la cara; es tan fuerte que me tiembla la mandíbula y me hace perder el impulso que me propinaba la adrenalina que me corre por la sangre, amenaza con robarme el sentido y viene seguido de muchos más. No tengo fuerzas para sostener el cuchillo y lo tiro, intento que sea lo más lejos posible, pero no consigo tener mucha suerte, ahora mismo, el cuchillo representa más un peligro que una ayuda para mí.

La paliza es tremenda y se nota mucho la desigualdad de condiciones en cuanto a fuerza y brutalidad, a pesar de que Víctor está herido. Solo se detiene en algunos momentos para destrozar, romper y mancillar todo a su paso, y después regresa y me propina un puñetazo o una patada para que deje de intentar levantarme. No lo hago, no lo haré, me revelaré mientras me quede vida.

—¿Quieres llamar a alguien para pedir ayuda, cariño? —Víctor se burla blandiendo mi móvil delante de mí. Tengo la vista borrosa, los oídos taponados y el corazón me late a mil kilómetros por hora, pero lo maldigo internamente. Siento la humedad y el calor de la sangre en algunos puntos que arden y zumban en mi cuerpo y, entonces, siento pena de mi situación y me permito un momento de debilidad.

No quiero pasar por esto.

Lloro de impotencia, de dolor y de rabia. Lloro por la Lissa que podría haber sido si no hubiese conocido a este tipo. Lloro por todas las que se topan con un Víctor en su vida o todas las personas que sufren algún tipo de violencia tan cruel con independencia de su género. No me merezco esto, nadie se merece sufrir de esta manera en vida o tener una muerte con semejantes características. Víctor pretende quitármelo todo, incluso mi nombre y convertirme en un triste número más, en una cifra, en un recuento. No se lo quiero permitir.

Hago acopio de mis últimas fuerzas y me levanto, ignoro lo mejor posible el dolor y camino en dirección a las puertas dobles de cristal del salón.

—Me voy de aquí —le digo decidida en medio de lágrimas—, y más te vale que no me sigas. Tienes que dejarme en paz.

Víctor me grita toda clase de improperios y en sus gestos y expresiones intuyo que está perdiendo la cabeza con mi osadía, pero no me importa, no lo escucho, solo quiero ir a fuera y sentir el frío del invierno una vez más.

—¡Para de una puta vez! —Es lo último que escucho antes de que me levanten del suelo y

me estampen contra las puertas de cristal que se rompen sobre mí en millones de pedazos.

—Amaya, reacciona, todo está bien, estás a salvo. —Escucho entonces, no es una voz desconocida para mí, pero tampoco del todo familiar. Levanto la cabeza y veo a Gerlof, que me mira preocupado. Me doy cuenta de que estoy sentada en el suelo del piso de Rodrigo con la cara metida en medio de las rodillas en mitad de un ataque de pánico.

—¡Joder! ¡No puedo con esto! —Llora Rodrigo cerca de nosotros—. Solo voy a conseguir hacerte más daño, no puedo soportar la idea de dañarte aún más. ¡No puedo!

Capítulo 24



RODRIGO

«Hay sacrificios que nadie ve y dolores que nadie te ayuda a cargar».

—No sé lo que ocurre —balbucea Amaya confusa, nerviosa y asustada mientras se pone en pie—, pero no me gusta esto, debería irme ahora, te veré mañana cuando estés sobrio.

El pánico me atraviesa como una ráfaga de aire frío. No quiero perderla, no quiero que me vea así, no quiero hacerle daño, que esté en peligro o que se vaya. Quiero que esté a mi lado y quiero tener la certeza de que podremos estar juntos en tranquilidad, pero no existe esa certeza, nada es perfecto, nada es correcto, mi familia volará en pedazos todo lo que construya junto a ella y tengo que tomar la maldita decisión más difícil de mi vida en este momento.

—Lo mejor será que te vayas. —Me pongo de pie frente a ella y me mira con incredulidad.

—Rodrigo, no —me advierte Ger y tira de mi brazo, pero no consigue hacer que retroceda—. ¡No es el momento! —me grita con sonora frustración.

—Todo lo que dije sobre que éramos novios, todo lo que pasó entre nosotros, fue un error.

—¿Qué? —Su expresión cae al instante, se apaga, se vuelve sombría y eso me mata.

—Dijiste que no sabes ser una novia y que no debería complicarme la vida con alguien como tú, pero eres tú la que merece algo mejor que yo, Amaya, te lo aseguro. Perdóname por haber creído lo contrario.

—Rodrigo, estás muy borracho. Me voy a casa.

—Los borrachos dicen la verdad y todo lo que digo es cierto. —Me doy cuenta de que, muy a mi pesar, si quiero que ella retroceda ahora debo ser más contundente—. No quiero estar con alguien como tú, estás herida y rota. —Amaya tiembla y solloza delante de mí mientras parpadea confusa—, y lloras cuando suena un teléfono, te derrumbas delante de los policías y tienes alucinaciones cuando se rompe un cristal. —Las palabras me desgarran, me cortan, me queman en cada pronunciación—. Ya tengo muchos problemas, Amaya, no necesito uno más.

—¿Y caes en la cuenta de ello después de acostarte conmigo? —pregunta despacio mientras niega con la cabeza y aprieta los puños a su alrededor—. Que conveniente.

—Lo estabas pidiendo a gritos.

—¡Rodrigo! —Gerlof me reprime y Amaya llora con los ojos muy abiertos.

—Me habían dicho que los tíos eran capaces de hacer muchas cosas por conseguir algo de sexo, pero nunca me imaginé que alguien como tú estuviese tan desesperado —me dice mordaz, pero la voz le tiembla en cada palabra—. Podrías haberlo pedido sin más.

—No parecías muy abierta a la idea de follarte a tu jefe antes de que te hiciera promesas.

Entonces ella da un paso atrás y se nota que ha llegado a su límite, no puede parar de temblar y me mira como un cervatillo iluminado por los faros de un coche en medio de una carretera.

—Todo lo que pasó hoy me hizo entrar en razón —me preparo mentalmente para enterrarme vivo junto a ella. Me acerco a la mesa y cojo la bolsa de la farmacia—, no puedo arriesgarme a todo junto a alguien como tú. No podría tener familia con alguien que no sabe lo que es tener una. —Le tiendo a Amaya la bolsa y ella la agarra. Lloro a mares, tiembla y solloza a pesar de que se muerde los labios en, lo que imagino que es, un intento por ser fuerte. La destrozo y lo sé, convulsiona despacio, creo que está a punto de gritar de dolor, pero sé que no quiere romperse del todo ni mostrar su debilidad.

—Ger —susurra triste—. ¿Me invitas un vaso de agua, por favor?

—Amaya... ¡Joder! —Gerlof maldice antes de ir en buscar su petición.

Amaya saca la pastilla del día después y la asegura en una de sus manos, con la otra gira la bolsa y las cinco cajas de condones chocan contra el piso. Nuestras miradas no se apartan la una de la otra y yo estoy a punto de derrumbarme ante su tristeza. Quiere parecer fuerte, pero no lo consigue. Amaya saca la pastilla de un llamativo color rojo de su envoltorio, me enseña la lengua y la pone en la mitad, recibe el vaso que le tiende Ger y bebe. Abre la boca y me muestra que está vacía antes de lanzarme el resto del agua a la cara.

—Le dije que esto no iba a salir bien, jefe.

Dice antes de marcharse y yo me derrumbo.

Capítulo 25



AMAYA

«Morir en lugar de alguien a quien amas me parece la forma más noble de hacerlo».

Anoche, al llegar al apartamento, hice las maletas en medio del llanto, la decepción y el dolor. Toqué al violín *Bloody Mary*, de Lady Gaga y *Devil Doesn't Bargain*, de Alec Benjamin toda la noche, y la verdad es que no se como nadie llamó a la policía para quejarse del ruido porque no me corté un pelo a la hora de cantarlas a todo pulmón. Me siento la mayor de las estúpidas, la mayor de las ilusas. Sabía que no saldría bien, que las cosas buenas no le pasan a la gente como yo, pero me duele demasiado y, a la vez, siento una rabia atroz hacia mí misma por dejar que esto me pasase, ¿cómo es que soy tan estúpida?! ¿Cómo he podido esperar lo contrario?! ¿Cómo puede un peral pedir a la vida que le deje cosechar manzanas?!

No sé por qué me he sentido en la obligación de no dejar tirado el trabajo en la cafetería, pero supongo que así soy yo, una gilipollas responsable. Menos mal que Rodrigo no ha aparecido por aquí, imagino que debe de estar lidiando con la resaca o planeando cómo engatusar a su siguiente víctima.

Puto mentiroso de mierda.

No me lo esperaba de él y eso es lo que más me duele, bajé mis barreras y lo dejé entrar. Me pidió entrar solo para destruirme. No tiene sentido, pero ya debería haber entendido que así es la gente como él, la gente que me rodea y solo quiere conseguir algo de mí.

Bajo la vista en la barra y veo la libreta azul, en la que me hizo escribir esa estúpida lista que se supone no podemos ver. A la mierda, voy a destrozarla.

Lista de deseos de Amaya.

- Ver el mar.
- Abrirme a nuevas amistades.
- Dejar de estar reprimida.

- Confiar un poco más en la gente.
- Recuperar mi afición por la fotografía.
- Tocar más el violín.
- Sonreír más.
- Leer más.
- Enamorarme.
- Ahorrar.
- Vivir sin miedo.
- Encontrar a mi madre.

Arranco la hoja y la arrugo antes de tirarla en la papelera. Mira para qué me ha servido escribir mis deseos y creer que podían hacerse realidad.

La campanilla de la puerta capta mi atención y veo entrar a Hanna, Rodrigo se queda en la puerta, su mirada se cruza con la mía unos segundos antes de que ambos la apartemos con incomodidad. Genial, seguro que no esperaba encontrarme aquí y ahora siente que no puede entrar en su propia cafetería.

—Amaya, ha sido un placer conocerte —me dice con ese acento suyo tan marcado, joder, la verdad es que apenas se le entiende. Me abraza y yo le devuelvo el gesto. Hanna es buena persona y es una pena saber que no volveré a verla, así que la abrazo con más fuerza.

—Igualmente.

—Se va mi holandesa favorita —lloriquea Albert desde la cocina antes de correr y abrazarla —. Vuelve pronto, ya sabes que ese loco de ahí fuera te necesita mucho.

—Lo sé —dice Hanna—. Es bueno —descubro que me mira a mí con fijeza—, tenle paciencia.

—Ese es mi segundo nombre —bromeo.

Pero no es verdad, la paciencia no me caracteriza en absoluto, soy más de huir, de esconderme dentro de mi caparazón como una tortuga solitaria. Sé lidiar con mi soledad y convivir con ella y, por más que me duela, siento que eso me vuelve un poco impenetrable porque, cuando intento abrirme, me pasan estas cosas, así que mi manera de protegerme no puede estar tan mal.

Hanna se despide antes de salir por la puerta y marcharse con Rodrigo.

—¿Qué ha pasado? —Albert me mira interrogante y firme.

—¿Qué?

—Ambos estáis raros, no os habéis saltado encima, ni os habéis comido los morros, ni os habéis mirado, así que venga, suéltalo ya, ¿qué ha pasado?

—Me ha dejado —digo sin más—, solo buscaba sexo, no es para tanto.

—Su familia, ¿verdad?

—¿Qué? —Esta vez soy yo la que se muestra interesada.

—¿Mencionó algo sobre ella cuando te soltó ese rollo de que solo buscaba sexo?

—Sí, pero también mencionó el hecho de que soy complicada...

—Amaya, dale una oportunidad, Rodrigo no lo ha tenido fácil, su familia se lo pone muy complicado y la sombra de lo que le pasó lo persigue continuamente.

—¿Y qué es lo que le pasó? ¿Su coche perdió uno de esos aros supercaros? ¿o su piso no brilla lo suficiente?

—Amaya, hablo en serio, solo él puede contarte su secreto, pero como su amigo te digo que sé cuanto le atormenta.

—Me da igual, no es mi problema, nunca lo ha sido y nunca lo será.

—Sé que te quiere.

—Apenas me conoce.

—¿Eso influye?

—Se ve que ha cambiado de idea.

—Tú le quieres.

—Soy idiota, quiero a todo el mundo, aunque finja que no.

—Oye, vais a arreglarlo, te contará lo que le pasó y podrás entender esos ataques de autosabotaje que lo azotan de vez en cuando.

—Voy a irme esta tarde, Albert. He reservado el autobús.

—Pues cancelalo.

Ahogo una risa.

—Lo digo en serio, tu ex te persigue, ¿donde vas a ir?

—Sé apañármelas.

—¿Has leído esto?

Me giro ante su pregunta y veo que Albert tiene la dichosa libreta azul en la mano.

— Albert, eso es personal.

—Lista de Rodrigo —lee—: permanecer sobrio. Ayudar a los demás para sobrellevar el daño causado. Sobrellevar las pesadillas.

—Albert, para.

—Proteger a Amaya.

—Albert —le advierto. Dios, Albert consigue ponerme de los nervios.

—Olvidar la traición de mi hermano y perdonar a mi familia, aunque no vuelva jamás a casa.

«Traición».

Esa palabra cala en mi interior.

—Amaya, créeme cuando te digo que Rodrigo no busca solo sexo, desde que llegó aquí no le he visto mirar con interés a una chica hasta que entraste por esa puerta.

Soy incapaz de identificar todos los sentimientos encontrados que me produce la lista de

Rodrigo y las palabras de Albert porque mi móvil vibra de forma insistente. En la pantalla compruebo que Eliza me hace una videollamada. Qué raro, sabe que estoy en el trabajo, todos mis sentidos se ponen en alerta al pensar que le puede haber pasado algo, respondo.

El alma se me cae a los pies y ahogo un grito desgarrador. Mi mejor amiga, mi hermana está atada a una silla y amordazada en, no lo sé, parece una especie de nave abandonada. Eliza llora y grita cuando nuestras miradas se cruzan y yo no puedo evitar explotar llena de rabia e impotencia.

—¡Suéltala a ella, hijo de puta, esto es entre tú y yo!

—Blablablá. ¿Dónde está ese novio tuyo ahora?

—No necesito a nadie más que a mí misma, y tú lo sabes bien.

—¿Ya se aburrió y también te ha abandonado? —Se ríe con malicia y el vuelco que me da el corazón ante sus palabras resulta doloroso, pero intento, con todas mis fuerzas, ignorarlo y mantener una expresión neutral en la cara. Víctor tiene razón en cuanto a ciertas cosas, y esta es una de ellas—. Te lo dije, amorcito, soy el único que te aguanta.

—¿Qué quieres, Víctor?

—Te quiero en Madrid, mi vida. Mañana en la mañana te diré dónde nos reuniremos. Si avisas a la policía, Eliza se muere, fácil. Me la cargaré sin miramientos, bomboncito, sabes que me sobran las ganas.

—¡No! Iré, no le hagas daño a Eliza, por favor.

—Claro que vendrás, bomboncito, no esperaba menos de ti. Al fin seremos felices para siempre, mi dulce Lissa.

Mi mente es un caos y el móvil se me cae de la mano. El corazón me va a mil, me cuesta respirar y no encuentro soporte. Tengo los ojos muy abiertos, pero no veo nada, siento como las lágrimas se van haciendo presente en mis ojos, los empapan y los desbordan. Alguien habla, pero no entiendo lo que dice.

Eliza.

Mi Eliza.

Me golpean las imágenes de la primera vez que la vi, yo hecha un un mar de nervios, cargada de miedo y dolor. Cuando llegué al orfanato todos se pusieron de acuerdo para gastarme una broma, lo hacían siempre con las personas nuevas, así que, de repente me vi en un edificio lleno de niños que gritaban, lloraban y se movían como si fuesen unos locos salvajes en un manicomio. Eliza me cogió de la mano, dio la cara por mí y me encerró en su habitación. No salí de ella hasta que tuve que mudarme con dieciocho años. Eliza es mi hermana, por eso nos llamamos casi igual, ella es lo más parecido a una familia que tengo. ¿Qué coño digo? Ella es mi familia. Es mi familia porque así lo decido y no tenemos que compartir la sangre para que eso sea una realidad.

—Tengo que irme —susurro una vez que encuentro la voz—. Tengo que ir a por mi hermana.

—Y una mierda. —Albert intenta detenerme mientras yo me deshago del delantal—. No vas a ir sola a enfrentarte a ese psicópata para que os fría a las dos como a una patata. Tienes que avisar a la policía, Amaya, tienes que pedir ayuda.

—¿No lo has oído? Si ve un solo policía se la carga y es capaz, tal vez conmigo ha sido condescendiente, pero a Eliza le tiene ganas desde hace muchos años. ¿Y sabes por qué? Solo porque me quiere y sabe que yo la quiero a ella. Sabe que es la única familia que tengo ¡y me la va a quitar si no voy a buscarla!

—¿Y crees que podrás hacer algo tú sola?

—Ya pensaré en algo de camino.

—Amaya, joder, no hagas esto.

—Albert, sé lo que intentas hacer, yo te juro que lo entiendo, pero no vas a convencerme. He estado a punto de perder la vida en varias ocasiones y cambiar la mía por la de mi mejor amiga me parece la más noble de ellas. Si tengo que morir por ella, me iré conforme.

—¡Joder! ¿Quieres que escriba eso en tu tumba? ¡¿Se te ha ido la puta olla?!

—Me voy y, hagas lo que hagas, no avises a la policía, no me compliques las cosas, Albert, porque si mi mejor amiga la palma, tendrás dos muertes en la conciencia. —Cojo mi bolso y las llaves y me dirijo a la puerta. Pero antes de salir, me giro, derrotada, y le doy un abrazo a Albert como despedida—. Gracias por todo, eres genial, cuida de Sof y dile a los demás que lo siento.

Capítulo 26



RODRIGO

«Quiero estar contigo, aunque eso signifique que el mundo arda».

Acabo de despedirme de Hanna y de verla cruzar la pasarela del control de seguridad. Joder, como me cuestan las despedidas y como la voy a echar de menos, más ahora, que he tirado a la mierda mi felicidad al lado de Amaya por culpa de mi padre y de mi familia.

En cuanto me acerco al coche, escucho el sonido del móvil, pero cuando lo cojo entre las manos deja de sonar. Me sorprende al ver que se trata de nada más y nada menos que dieciséis llamadas perdidas de Albert, pero, ¿qué?! ¿Acaso está ardiendo la cafetería? Antes de procesar mis pensamientos vuelve a sonar en mi mano y contesto enseguida.

—¡Joder! ¡Te he llamado veinte veces, tío!

—Oye, ¿qué pasa? —El miedo se me instala en el pecho al escuchar su tono de voz, Albert nunca se altera.

—Tienes que venir aquí cagando leches, ese tío, el ex de Amaya...

No. Me imagino todos los escenarios en los que puede terminar esa frase y ninguno de ellos es bueno. El miedo me paraliza.

—Ha secuestrado a su amiga y Amaya piensa largarse, tío, está recogiendo sus cosas ahora mismo. Os dije que no era buena idea tomarle el pelo a un puto psicópata, pero os pusisteis en plan «somos novios y nos lo montamos en tu cara» —dice en tono infantil antes de volver a ponerse serio— y ahora el tío ese está cabreado de cojones.

—Intenta detener a Amaya, estaré allí enseguida.

Mierda. Esto es malo. Esto es muy malo, peor de lo que me he podido imaginar. La he liado, he sido un imbécil y un egoísta. Me he puesto sobreprotector con ella para después dejarla tirada y ahora se vuelve a sentir abandonada, expuesta, en peligro y sin nadie en quien confiar o a quien recurrir.

Los neumáticos chirrían cuando acelero a fondo en la autovía.

—Siri, llama a Gerlof. —Ger contesta en el tercer toque.

—Ro...

—He cambiado de opinión —lo interrumpo—, no voy a renunciar a Amaya, me dan igual los métodos, pero la quiero en mi vida.

—No lo sé...

—Quiero un certificado de defunción de Erika Garrido, Ger, y lo quiero para ya.

—Esto va a explotar en la cara más pronto que tarde, *idiot*^[7].^[8]

Cuando Ger corta la llamada, me siento vacío. Sé que tiene razón, que son demasiados contras y que no puedo construir una relación en una base de mentiras, pero ¿qué más puedo hacer? ¿Perderla sin más? Quiero a esa mujer y buscaré la manera de arreglar todo por ella, de mantener a mi familia alejada de nosotros, aunque, ahora mismo, no me quede más remedio que involucrarla.

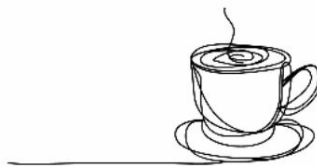
—Siri, llama a mi padre.

—Zoon^[9] ^[8]—contesta enseguida.

—Dos hombres, en Madrid, listos para recibir instrucciones. No puedo darte detalles, padre, pero si me ayudas con esto, perdonaré la falta de Fenna y Hans.

—Hecho.

Mi maldita suerte está echada y no puedo hacer más que mirar la ruleta y esperar que deje de girar.



En cuanto aparco frente a la cafetería, vislumbro la escena, y una vez salgo del coche logro escuchar el bullicio. Amaya, abrigada y con una mochila a la espalda, discute con Albert, Sofía y Yolanda para que la dejen marchar.

—Lo que me faltaba —bufa al verme aparecer.

—¿Te has vuelto loca? —Mi instinto protector es superior a mí y mi primer reflejo es cogerla del brazo y enfrentarla—. ¿Acaso te has cansado de la vida y quieres morir?

—¿A ti que más te da?

—No voy a dejar que lo hagas.

—Os recuerdo que soy una mujer adulta.

—Llamaremos a la policía —concluye Yolanda con voz preocupada.

—Nada de policías —sentencio en tono contundente—. Iré contigo a Madrid, lo resolveremos juntos.

—Y una mierda. ¡Aléjate de mí! —se desprende de mi agarre con un fuerte tirón.

—No es una puta pregunta, si quieres ser un ser irracional tú, no puedes ser la única, y si quieres irte de aquí sin que se involucre la policía, entonces me dejarás intervenir.

—Tienes un trastorno de la personalidad preocupante, Rodrigo, si yo fuera tú me lo haría mirar por alguien que no fuese mi prima.

Amaya resopla molesta y avanza con grandes zancadas hasta meterse en el asiento del copiloto de mi coche. Vale, está cabreada de cojones, pero ha cedido y eso es un comienzo.

—Dios mío, tened mucho cuidado —llora Yolanda.

—Por favor, mantenednos informados —suplica Sofía.

—Rodrigo —El tono serio de Albert logra detenerme el corazón—, dile la verdad y tráela de vuelta, tío.

—Lo haré. No pienso perderla.

Capítulo 27



AMAYA

«Y así, con todo y su caos, ella hace lo que otros no hacen».

Voy de camino a Madrid en el coche de Rodrigo y no hay forma alguna de que esté más molesta. No quiero ni verlo, no quiero mirar en su dirección o respirar su mismo aire, no quiero que me afecte su presencia de la manera en la que lo hace y no se le ha ocurrido otra cosa que obligarme a tener que lidiar con todo ello en este momento de tanta tensión. No hace ni veinticuatro horas me decía que prefiere alejarse del cúmulo de problemas que represento y ahora se ha empeñado en enzarzarse conmigo en el mayor problema que he tenido jamás. Quiero que él y todo lo que ocurre a mi alrededor se conviertan en un espejismo, en una pesadilla, quiero despertarme y descubrir que no es verdad todo lo que he vivido desde diciembre.

«No seas injusta. Míralo, se nota que se arrepiente de sus palabras», me repite la voz de mi cabeza a la que le gusta darle vueltas a todo un millón de veces. «Que le den, es su culpa que Víctor evolucionara en su grado de gilipollas integral y se llevará a Eliza», dice esa parte de mí a la que le gusta ver el mundo arder. Lo consigue, ardo de rabia e impotencia.

—¿Puedes decirme por qué haces esto? —gruño molesta. No tengo ningún decoro y ningún atisbo de ganas de disimular mi enfado. Rodrigo se remueve en su asiento y apoya, con más fuerza, las manos en el volante mientras mantiene la vista fija en la carretera. —Me imagino que estás harto de mis problemas, pero no tienes por qué meterte en ellos, no son asunto tuyo, no soy una damisela en apuros y tú no eres un puto caballero. No necesito que me salves, Rodrigo, nadie te ha pedido...

—¡Amaya, para! —me interrumpe y jadeo indignada, estoy lista para decirle cuatro cosas, pero me interrumpe—. Me importas, ¿vale? Lo sabes, sabes que esto es real.

—¿Esto? ¿Y qué es esto exactamente?

—Eres mi novia.

—¿Perdona? —Se le ha ido del todo la olla. Se ha vuelto loco por completo.

—No tenemos por qué hablar de esto ahora.

—Me parece que tenemos tiempo.

—Anoche, yo...

—Tuviste un golpe de realidad y deberías seguir teniéndolo, no dejes que la lástima nuble tu buen juicio, Rodrigo. Puede que te preocupes por mí de manera genuina, pero ambos sabemos que ayer tenías razón, mi vida de mierda es como la lepra para tu imagen.

—¡Maldición! —se agita de forma más violenta, su respiración se vuelve forzada y empieza a sollozar. Toma un desvío hacia un camino rural y aparca el coche, sale y patea la tierra bajo sus pies con molestia.

Estoy confusa, pero lo sigo fuera, quiero que hable, quiero una explicación. Sus sollozos resuenan cada vez más fuertes y desgarradores y yo me preocupo mientras me acerco. ¿Pero qué ocurre? Lo pasa mal, de verdad, se nota, pero eso no me hará ceder porque no miento, digo la verdad sin tapujos, arranco la tirita de un solo tirón. Me permito mirar en su dirección y me percató de que está llorando. Oh, vaya, parece que me he pasado. ¡Joder! Este tío es inquietante, no logro averiguar exactamente de qué va.

—Lo siento, ¿vale? —dice de repente y me quedo helada—. Pido perdón, es todo culpa mía. Llevaba dos años sobrio, pero aparecieron ellos otra vez, Amaya, no van a dejarme en paz y, a veces, simplemente no sé cómo gestionarlo.

—¿Ellos? —Sí, estoy molesta, estoy triste y estoy decepcionada de su actitud de anoche, quiero estar cerrada por completo a lo que tiene que decirme, pero, después de lo que me dijo Albert, no puedo evitar sentir curiosidad.

—Mi familia. Una parte de lo que te dije era verdad, Amaya, quiero protegerte, resguardarte de ellos, son malas personas y son escoria. No puedo soportar exponerte a algo como eso después de todo lo que has pasado, después de lo mucho que has luchado para sobrevivir. No puedo ser tan egoísta y arriesgarte a su deshumanización solo porque yo te quiera.

El mundo se detiene para mí. ¿Acaba de decir que me quiere?

—¿Me quieres? —Sus palabras me dejan en *shock* y, a la vez, me reconfortan, me alegran. ¡Mierda! No quiero creerle, pero es que sus acciones me encajan como un puzle perfecto, sé que eso haría alguien como él, intentar protegerme, retirarse a tiempo.

—Te quiero, nunca he querido a nadie, pero en poco más de un mes te quiero a ti y no tengo miedo de gritarlo. Mi ex, no... Fenna me engañó con mi hermano el día de nuestra boda y no era la primera vez, de hecho, se quedó embarazada y, según ella, no sabía ni cual de los dos era el padre de la criatura.

Joder con su hermano. Menudo panorama de familia.

—Me comprometieron con Fenna desde el instituto y recuerdo que la quise, pero como se

quiere a una imposición o a un objeto, sin pasión, sin entrega, sin alma. A ella le pasaba lo mismo, pero lo disimulaba mejor que yo. Al final, creo que se cansó y se decantó por el hermano más divertido.

—Lo siento mucho. —Siento la necesidad de acercarme un poco más—. Rodrigo yo....

—No deberías sentirlo, te dije palabras crueles para alejarte sin entender que soy yo el que no puedo vivir sin ti. Me has devuelto la vida, las ilusiones, la fe en el amor. Tú eres mi lista, Amaya, eres la lista de deseos de Rodrigo al completo.

Sus palabras me reconfortan, me alivian, sosiegan una parte del fuego que corroe mi interior. ¿Estoy molesta? Sí, pero me alegro de saber que su amor, su interés hacia mí no es algo inventado, sino algo real, que existe y es recíproco. ¿Cuestiono su manera de actuar? Por supuesto, pero ¿puedo decir que no hubiese actuado yo de la misma manera? No lo sé.

—Sé que no soy una experta en sexo, pero ¿tan malo fue? —Es una duda que me inquieta, pensar que no di la talla, que hice algo mal—. Dijiste que estar conmigo había sido un error...

—¿Qué? No. Estar contigo ha sido la mejor experiencia sexual que he tenido nunca, Amaya, es la primera vez que lo he hecho con alguien rebosando de amor y sé que a ti te pasó lo mismo. Siento muchísimo haberlo arruinado.

—Dijiste que ya tenías muchos problemas y que yo solo era uno más.

—Mentí. —Me agarra de la mano y, a pesar de que ambos temblamos, se lo permito—. Eres mi solución. Yo, no podía, no podía tener relaciones sexuales, Amaya. Cada vez que intentaba intimar con una mujer las imágenes de Fenna y Hans me asaltaban la cabeza y me desarmaban por completo. Joder, si ni siquiera tenía encima un dichoso preservativo, no tenía la más mínima esperanza en que mi cuerpo despertara, y entonces te conocí y volvió a la vida como un volcán en erupción.

Me quedo perpleja, así que a eso se refería Albert cuando dijo que no lo había visto mirar a una mujer en cinco años hasta que llegué.

—Pero... conmigo...

—Desde el primer momento en que te vi, como por arte de magia, mi cuerpo volvió a la vida y, a partir de ese día, te aseguro que solo puedo ver tu cara en mi cabeza.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué yo?

—No lo sé, mi cuerpo solo despertó cuando te vi y, joder, no sabes como lo agradezco, porque eres preciosa, servicial y buena... y te quiero, Amaya, te quiero en mi vida hoy y siempre, como mi novia, mi chica, mi mujer, mi amiga. Aceptaré todo lo que quieras darme.

—Yo, creí que había hecho algo mal.

—No, no, joder, no hiciste nada mal.

—A mí me pareció perfecto. Aunque... es igual. —Intento alejarme, pero él me detiene.

—No, Amaya, no es igual. Perdóname, por favor, me acojoné, pero he encontrado la solución:

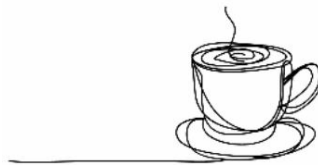
me revelaré a mis padres el tiempo y las veces que sean necesarias, me enfrentaré a ellos. No hace falta que los veamos, los evitaremos por completo, pero no puedo estar sin ti, dejarte ir, perderte. Eres mi regalo, mi primera y segunda oportunidad en la vida y, joder, lo quiero todo, todo a tu lado.

Me quedo estoica, perpleja frente a él. Mis sentimientos son una montaña rusa y ahora estoy en una etapa de descenso a toda velocidad. Es arriesgado y da miedo, pero es lo más jodidamente emocionante que he hecho en mi vida, pero Eliza, tengo que pensar en ella primero.

—Valoro tus palabras, Rodrigo. Gracias por tu confianza, pero, si no te importa, por ahora solo quiero centrarme en salvar a mi amiga. ¿Volvemos a ponernos en marcha?

—Claro.

Cuando sus manos sueltan las mías, enseguida las echo de menos.



—¿Solo una cama? —pregunto molesta al entrar en la habitación del hotel.

—Son dos.

—Pero están unidas como si fuese una.

—Pero siguen siendo dos.

—¡Dios! Te juro que no estoy para tu humor en estos momentos.

—Solo expongo los hechos, Madrid.

—Menos mal que solo es una noche y que estoy demasiado cansada.

—¿Te ha dicho Víctor cómo piensa proceder? —Escuchar ese nombre en su boca me resulta chocante.

—Me enviará su ubicación por la mañana.

—¿Crees que es listo?

—¿Qué? —Lo miro de forma interrogante.

—¿Crees que se reunirá contigo donde tiene escondida a tu amiga? ¿O será más suspicaz y la esconderá hasta asegurarse que vas sin la policía?

—Sabe que no involucraré a la policía, solo espero que no le haga daño a Eliza. Es la primera vez que hace algo como esto, involucrar a otra persona, además, sabe que estoy sola y que jamás arriesgaría la vida de Eliza, no creo que espere que se la juegue y no lo haré. Te he dejado acompañarme hasta aquí, Rodrigo, pero no puedes involucrarte más.

—¿Quieres que me quede aquí con los brazos cruzados mientras tú vas a enfrentarte a ese

psicópata?

—Eso es exactamente lo que harás.

—No pienso dejarte sola.

—Te recuerdo que no eres nadie en mi vida y que estamos aquí porque se te ocurrió la brillante idea de calentarle la cabeza a Víctor con tus mentiras.

—¿Mentiras? —bufa sorprendido.

—Si pensabas dejarme horas después, tus actos solo representan crueldad.

—No pensaba... Amaya —Su voz me manifiesta cansancio, desasosiego, súplica—, te he explicado lo que pasó. Te he confesado lo que siento, no fue mi intención...

—Voy a darme una ducha, de verdad que estoy muy cansada, Rodrigo, debo pensar solo en Eliza.

Capítulo 28



Rodrigo

«No llegas tarde, pero siempre querré que hubieras llegado primero».

La tensión se corta en el aire. Creí que habíamos avanzado un poco después de la conversación que mantuvimos en el camino, pero se nota que no es así, ni siquiera le ha hecho gracia cuando le he preguntado si podía abrazarla, me ha contestado tan seria que creí que iba a congelarme con la mirada. «Será mejor que te mantengas en tu cama o, más bien, en tu lado de la cama, sé que lo has hecho a propósito», me dijo. Claro que lo he hecho a propósito.

Quiero abrazarla, tenerla a mi lado, sentir su calor y que crea en mis palabras, quiero arreglar el mundo para ella y vivir en un universo en el que exista un nosotros. He decidido apostar todo por esto, aunque eso signifique tirar por tierra la poca moralidad que me queda, la que me he labrado al construirme un hogar en ese pequeño pueblo, al abandonar la maldad, al ayudar a los demás. No paro de mentir y pienso seguir haciéndolo si es lo único que puedo hacer para mantenerla a mi lado. Está mal, pero antes era otro Rodrigo, uno que no tenía reparos ni motivaciones a la hora de engañar y dañar por el bien de la institución; esta vez, tengo un motivo superior, un motivo digno y precioso: se llama amor, se llama Amaya.

Me reconforta confirmar que está del todo dormida, mi pajarito ronronea y duerme de lo más a gusto. No soportaba verla tan preocupada y me he asegurado de que pueda descansar esta noche como ella necesita: he colocado en su Fanta, por el bien de ambos, una buena dosis de melatonina.

El móvil de Amaya se carga en la mesita de noche. Lo saco de la funda y le quito la carcasa trasera, me hago con su tarjeta sim y la coloco en el móvil de empresa; los proveedores de la cafetería tendrán que esperar un poco si intentan contactar conmigo mañana. Vuelvo a echar un ojo rápido a Amaya, duerme como un bebé, así que salgo de la habitación de hotel con ambos móviles en mano. Me dirijo a la 337, una planta más abajo. Doy un par de toques en la puerta y

un Ger con grandes ojeras me abre de inmediato.

—Aquí tienes el móvil de Amaya, ¿has conseguido clonar la tarjeta sim? —le pregunto en neerlandés.

—La pregunta ofende —responde en el mismo idioma.

—Bien, ¿seguro que los mensajes y llamadas llegarán a la original?

—He bloqueado la red de esta tarjeta, solo recibirá el mensaje que nosotros le enviemos.

—Ger, podrás comprarte una mansión con lo que te pagaré por esto, ni siquiera te imaginas lo agradecido que estoy.

—Me lo imaginaré mejor desde la piscina de mi mansión, ¿donde será? ¿Las islas Canarias, por ejemplo?

—Tú solo pide por esa boca. ¿Has traído también lo otro?

—Esto me preocupa más, Rodrigo. No sabes si esa mujer está muerta de verdad.

—No ha venido a por su hija en más de veinte años. Amaya se merece un cierre y yo merezco estar con ella. Esta es la única manera, si su madre está muerta, no tiene nada que buscar en Holanda.

—¿Y si quiere conocer sus orígenes?, ¿visitar el país en el que nació?

—Buscaré una solución, por ahora, esto me ayudará a ganar algo de tiempo y con eso me vale.

—Ya tienes el móvil de Amaya.

—Gracias, Ger.

—Rodrigo. —La voz de Gerlof me detiene en seco, suena seria, densa, inquisitiva. Me reprocha, juzga mis actos solo con la pronunciación de mi nombre—. ¿Qué va a encontrar la chica cuando acuda a la dirección que reciba en el mensaje?

—A su amiga, eso es lo único importante.

—Has involucrado a tu padre —No me hace falta responder, lo afirma, no lo pregunta—. Tengo curiosidad por saber qué le has prometido a cambio.

—Perdonar la falta de mi hermano —Aprieto los puños y desvío la mirada— y su mujer. —Gerlof deja escapar el aire y, joder, siento su reproche en cada respiración—. Si mi hermano merece vivir y ser feliz junto a su mujer, yo merezco lo mismo junto a la mía. Encontraré el modo de mantenernos alejados de mi familia.

—Este globo contiene una mentira muy grande, Rodrigo, lo estás llenando aún más y, tarde o temprano, va a explotarte en la cara.

—Cuando eso suceda, me enfrentaré a ello a mi manera, como siempre.

Capítulo 29



ELIZA

«El miedo pesa».

Nunca he pasado tanto miedo.

Estoy atada de pies y manos en una silla diminuta, Víctor es un puto psicópata y estoy harta de sus estupideces. Acaba de mensajear a Lissa y sé que estamos sentenciadas a muerte. Ella se aparecerá aquí sin policías y él nos matará a las dos. No puedo dejar de llorar debido a la frustración que me invade. No quiero morir, ¡joder! ¡No quiero morir!

Por primera vez las cosas empiezan a ir bien: tengo un gran trabajo, una novia genial y amigos alucinantes. Lissa estaba lejos y a salvo, incluso se había cambiado la identidad. Pensé que esta etapa estaba cerrada, pensé que esta obsesión jamás podría llegar a tanto, pero ha llegado y yo salgo más que perjudicada.

Por más que grito, nadie me escucha, ni siquiera él. Tiene los ojos rojos, hundidos y con grandes bolsas negras debajo de ellos. Mueve las manos de manera frenética y sangra por la nariz. No ha parado de consumir drogas en toda la noche y ahora debe estar en una especie de mono. No dice más que incoherencias, pero, aunque quisiera intentar razonar de alguna manera con él, no puedo, me ha tapado muy bien la boca con un trapo de lo más asqueroso. Joder, no sé como no he devuelto con el olor que hay aquí y me duele cada centímetro del cuerpo. Pasar la noche atada a esta silla ha sido lo peor que me ha pasado jamás.

Lo siento muchísimo por Lissa, no puedo parar de llorar al pensar en que esto no es nada para lo que ella ha tenido que soportar durante todos estos años.

De repente, escucho movimientos, pasos lejanos, Víctor se pone en alerta y yo me aterrorizo. No quiero ver morir a mi amiga, no quiero que muramos las dos aquí esta mañana.

—Qué rápida mi chica, ya está aquí nuestra invitada de honor —me susurra Víctor, sonrío de forma maquiavélica—. ¿Por qué tardas tanto? Ven aquí, florecilla, Eliza y yo te esperamos.

Se escuchan más sonidos, objetos que se caen y me asusto aún más, ¿y si no es Lissa? ¿Y si alguien más se ha colado aquí? Víctor va a matar con su arma a todo lo que se mueva.

—¿Quién anda ahí?

Víctor avanza receloso y con cautela en dirección a los ruidos. Grito muerta de miedo cuando escucho como varias cosas suceden a la vez: lucha, un grito ahogado, un sonido amortiguado.

Y, después, silencio. Entonces noto como una mano presiona algo suave y con olor fuerte contra mi nariz, procuro moverme, resistirme, forcejear, pero no tengo nada que hacer. Las fuerzas y la conciencia me abandonan a cámara lenta hasta que desaparecen del todo.

Capítulo 30



AMAYA

«No hay peores despedidas que aquellas que no planeamos».

—Son más de las diez, ¿por qué demonios no me envía la ubicación?

Estoy de los nervios. No puedo aguantar ni un segundo más esta incertidumbre. Víctor no es una persona que duerma hasta tarde e imagino que no empezará a hacerlo ahora que tiene una persona como rehén. No lo entiendo, y lo peor es que no puedo llamarlo porque siempre me marca desde número oculto.

—¡Maldita sea! Estoy de los nervios.

—Amaya, todo saldrá bien, tienes que tranquilizarte.

—¿Y si ha cambiado de opinión? ¿Y si algo ha salido mal? ¿Y si la ha matado?

El miedo no me deja respirar al visualizar esas posibilidades. Esa chica es mi mejor amiga, mi hermana y, joder, si le pasa algo por mi culpa, no me lo perdonaré nunca. Ella no se merece esto, nadie se merece algo así. Estoy condenada a estar sola, a no tener nada ni poder amar a nadie. Estoy condenada a la desdicha, al aislamiento y al dolor.

Entonces escucho el sonido de la notificación y, en una fracción de segundo, leo un mensaje que me deja a cuadros. Es la ubicación de Eliza, junto a un mensaje de Víctor en tono de despedida.

«Puedes venir con la policía, no estaré aquí cuando llegues. Me he cansado de perseguirte, Lissa, de estar obsesionado contigo, de hacer el mal. Eliza me ha confirmado cuánto me odias y no puedo soportarlo. Te he querido desde que me invitaste esas chuches, desde que viste cuánto sufría y te interesaste en disminuir mi dolor. Ojalá hubiese podido ser diferente, cambiar por ti, para ti, pero no podía soportar el hecho de necesitar ayuda, pedirla o mostrar debilidad. Gracias por haber sido siempre un punto dulce en medio de tanta amargura. Te deseo la mayor felicidad porque no es culpa tuya, Lissa. Cuando Eliza despierte dile cuanto lo siento y entiérrame en ese

lugar, ese en el que tu sabes que me gustaría descansar. Te dejo libre y con ello me libero».

—No, no lo entiendo. —Las lágrimas se me desbordan de los ojos y siento el corazón en un puño. Rodrigo agarra mi teléfono y lee el mensaje—. No lo entiendo, ¿qué quiere decir?

—Amaya, yo, creo que...

—¿Qué?

—Creo que va a suicidarse.

El alma se me cae a los pies y el dolor me llena el pecho de manera aplastante. «¿Víctor quiere suicidarse? No, él no haría eso, ¿verdad?

—Es hora de llamar a la policía —me dice Rodrigo en tono serio.

Entonces el tiempo se detiene, todo se ralentiza a mi alrededor y no soy capaz de moverme, quiero negarme a lo que hace, a lo que dice, pero no puedo hablar ni hacer nada. Lo siguiente que veo es como llama desde su teléfono, luego nos recoge un coche patrulla y vamos en dirección a donde está mi amiga secuestrada y mi ex, supuestamente, muerto.

No puedo pensar con claridad. No puedo sospechar los hechos ni pensar en las posibilidades.

¿Víctor sería capaz de quitarse de en medio de esa manera? No lo sé, no lo creo. Estoy hecha un lío. No puedo responder a las preguntas constantes de los policías y, joder, no puedo hacer más que desear ver ya a Eliza. Necesito estrecharla en mis brazos, comprobar que respira y, entonces, solo entonces, volveré a respirar con normalidad.

Aparcamos delante de una nave abandonada, tiene un estado deplorable, y las que la rodean están aún peor. Los policías no quieren que salga del coche, no quieren que intervenga, me lo han dejado claro. Nos rodean las luces y los sonidos de las sirenas de las ambulancias. Rodrigo me coge de las manos y me consuela, pero todo me parece irreal, ambiguo, quimérico, utópico. Me parece estar viviendo en una realidad alternativa, una con una resolución de mierda.

Sobrevuelan a mi mente los recuerdos de cómo vi a un niño llorar en mitad del patio del orfanato, yo conocía mejor que nadie lo doloroso que podía resultar el primer día. Se le veía triste, confuso, desubicado y su voz resonaba con más fuerza en mis oídos a medida que me acercaba. Todos cuchicheaban sobre que sus padres estaban en la cárcel y yo empaticé enseguida con su frustración.

—Puedes comer mis chuches y también puedes llorar, te enseñaré mi lugar secreto y no se lo diré a nadie. —Me miró interesado con la cara empapada en lágrimas. Miró a su alrededor durante unos segundos y después asintió. Lo sabía, Víctor era como yo en ese aspecto, nos gustaba llorar nuestras penas sin audiencia, vivir en soledad nuestras desgracias, sobrellevar nuestra calamidad sin espectadores.

Fue mi amigo durante mucho tiempo y luego se convirtió en mi novio, y fue un chico noble a pesar de sus muchos defectos, uno que hizo lo que pudo con sus circunstancias y que probó las drogas con catorce años mientras intentaba huir del dolor.

«Me ayudan a evadirme, Lissa», «Tú no me entiendes, ¡no puedes juzgarme!», todavía me parece escucharlo ahora mismo y me ahoga la pena.

«¡Esa mierda te controla! ¡Va a matarte!», le contestaba siempre.

Nunca me escuchaba, nunca me escuchó. Ojalá me hubiese escuchado, ojalá hubiese pedido ayuda, ojalá a alguien le hubiese importado lo suficiente como para ayudarlo a salir de ese círculo vicioso, pero solo éramos una huérfana y el hijo de unos delincuentes presidiarios que apuntaba todas las maneras para seguir el camino de sus padres y acabar en la misma situación que ellos, escuché eso muchas veces cuando se referían a él. Solo éramos dos fallas en el sistema, dos excepciones a la regla, dos eslabones débiles, dos marginados. Nunca tuvo otra oportunidad, nunca pudo aprovecharla, nunca nadie le ayudó a verla.

Tengo que ver a Víctor con mis propios ojos. Quizá si hablo con él una vez más todavía está a tiempo de enderezar su vida, de recibir ayuda, de cambiar.

—¡Víctor! —Salgo del coche y la brisa me golpea mientras corro en su contra—. ¡Eliza!

Tengo que encontrar a mis amigos. Repito sus nombres una y otra vez a voz de grito. Escucho que gritan mi nombre falso, pero no soy Amaya. La que corre en este momento al interior de esta nave es la pequeña Lissa. La que creció en el orfanato, la que corrió por esos pasillos de la mano de las dos personas que están en esta nave.

—¡Eliza! —No veo nada, las lágrimas lo nublan todo—. ¡Víctor! —Tengo nueve años y me persiguen unos matones, corro a su habitación, apenas he entrado en su pasillo y él ya se ha asomado a la puerta: «Lissa, ¡me cago en todo! ¡Me cargaré al que la toque, joder!». Los chicos ya han salido corriendo antes de que Víctor me atrape en sus brazos. —¡Eliza! —. La veo, la han subido en una camilla. Tiene los ojos cerrados, ¡no se mueve!

—¡¿Está viva?! —pregunto a uno de los paramédicos, intento cogerlo de la chaqueta, ni siquiera veo su cara, no mido mis fuerzas mientras lo zarandeo—. ¡Por favor! ¡Dime que está viva, por favor! ¡Es mi hermana!

—Está viva —responde solemne.

—¡Tiene que salir de aquí! —La voz del agente suena demasiado ruda.

—Me la llevaré. —Rodrigo me coge de la cintura y me empuja, me resisto y reculo lo suficiente como para verlo. Víctor está tirado en ese suelo gris y frío, el rojo de su sangre brilla bajo los rayos de sol que se cuelan desde las ventanas altas, tiene los ojos cerrados. Parece dormido.

Siempre me gustó verlo dormir porque, cuando dormía, no había discusiones, ni golpes, ni dolor. Cuando dormía me apetecía acariciarle los rizos. Cuando dormía siempre soñaba con que se despertase siendo diferente.

Hay un arma al lado de su cuerpo. Su cuerpo sin vida. Ya no existe, se extinguió, finito.

—¡Víctor!

La Lissa que creció junto a él, la que lo quería como a un hermano, tiene que abrazarlo. Me tumbo a su lado y acuno su cabeza mientras lloro desconsolada y le grito cuanto lo siento.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! No quería que esto terminara así, lo siento muchísimo.

Y es la verdad.

Todos tiran de mí, algunos sin ninguna delicadeza mientras me gritan cosas que no logro entender. Sé que están enfadados, son como esos matones del orfanato y yo no tengo quien me defienda, así que, al final me pueden. Me levantan y me alejan a empujones mientras pierdo el contacto con la luz y la realidad entre sus brazos.

Capítulo 31



RODRIGO

«Ella es arte, pero no por como se ve, sino por lo que tiene en su alma».

—Cariño, estoy aquí. —Amaya gimotea mientras despierta. Lleva casi veinticuatro horas inconsciente. Se despertó varias veces hecha una fiera después de desmayarse en la nave y los médicos no tuvieron más remedio que sedarla para lograr contenerla.

Me duele verla así, tan vulnerable.

Me chocó ver su reacción a la muerte de su verdugo y, después de darle muchas vueltas en todo este tiempo que he tenido para pensar, he logrado entenderla. Víctor fue algo más que su verdugo, primero fue su amigo, su protector y, quizá en algún momento, también sintió un gran amor por él.

—Eliza. —Las palabras le salen en apenas un hilo de voz.

—Está aquí al lado, no es tan peleona como tú, no han tenido que sedarla para que se esté quieta.

—Cuando dijiste que era guapo te quedaste bastante corta, capulla. —La pica Eliza.

—Dile que se calle —susurra Amaya mientras se retuerce, de forma débil, bajo las sábanas.

—Aunque esas no fueron las palabras que utilizaste, en realidad dijiste que era un dios griego esculpido por el mismísimo Fidias, ¿o fue Policleteo?

—Deberían sedarla para que cierre la boca —balbucea Amaya.

—Así que un dios griego, ¿eh? —Es imposible no sonreír ante eso.

—Vamos, no te vengas arriba.

Amaya se incorpora despacio y se sienta en la cama mientras su rostro alterna distintas muecas de malestar.

—Joder, ¿me han dado sedantes como para tumbar un elefante o qué? La cabeza me da vueltas.

—Me alegra ver que estás más tranquila —le susurro.

—Es porque puede sentirme —dice Eliza con suficiencia—, no quieras llevarte todo el mérito, Apolo.

—Ni siquiera voy a preguntarte si estás bien —bromea Amaya.

—Estoy genial, a partir de ahora voy a vivir la vida al máximo.

—¿Eliza la sensata se va a soltar la melena?

—Voy a pedirle a Laura que se case conmigo.

—Joder, tía, eso es...

—Genial, ya lo sé. Ella es maravillosa y la amo, ni siquiera me imagino la vida sin ella.

—Me pido ser la madrina —bromea Amaya.

Me siento un intruso en medio de su fraternidad y sus bromas, pero las palabras de Eliza hacen que me explote la cabeza. Vivir la vida al máximo. Lanzarse de cabeza. Soltarse la melena.

—Nosotros también podríamos hacerlo —me sorprende con mis propias palabras, pero, mientras más las analizo, más sentido les encuentro.

Si Amaya se casa conmigo, si se convierte en mi esposa, todo será más fácil, mi familia tendrá que entender que tenemos un vínculo sagrado, irrompible y tendrán que mantenerse al margen de nosotros y dar un paso atrás.

—¿Hacer qué? ¿De qué hablas?

—Casarnos.

—¡Ay, por favor! —grita Eliza—. ¡Una boda doble!

—Eso es una locura —responde Amaya.

—Nunca he estado más cuerdo y, si es una locura, entonces mejor, hagamos locuras, vivamos al máximo. Amaya Martínez, sé mi esposa. Por favor.

—¡Qué fuerte, tía! —grita su amiga—. ¡Que nos casamos!

Capítulo 32



AMAYA

«A veces siento que voy en un vuelo propenso a estrellarse y, sin embargo, sigo volando».

Despedirme de Eliza no es tan duro como me esperaba. Ese monstruito está como una cabra. Después de soportarla dos días más en el hospital, he respirado tranquila cuando la he dejado en su casa junto a Laura. Admiro la paciencia de esa mujer, no sé cómo lo hace.

He pasado a esparcir las cenizas de Víctor por el parque del Retiro, junto al palacio de cristal. Era su lugar favorito en vida, le parecía una pasada y siempre dijo que, si hubiera tenido los recursos necesarios, hubiera sido arquitecto y nos hubiera construido uno propio. Espero que, haya lo que haya después de la muerte, sea agradable para él. Espero que me sonría desde el cielo, que descanse y que me desee lo mejor como yo siempre lo deseé para él.

He venido callada todo el camino junto a Rodrigo. Sí, he decidido volver a Solares, a la cafetería. Me gusta estar allí y esa vida tranquila. Me gusta vivir cerca del mar y comer en grupo cada tarde. Me gusta ir al cine y burlarme de Albert junto a Sofía. No sé cuánto tiempo sentiré esto, pero lo quiero aprovechar mientras dure.

Con respecto a Rodrigo, bueno, la verdad es que no tengo ni idea.

Me gusta, eso lo tengo claro, y puedo entender el trasfondo en sus actos de la otra noche. Ha prometido que no volverá a pasar y puedo comprender que ninguno de los dos sabemos cómo ser un novio o una novia, un esposo o esposa, pero parece ser que estamos dispuestos a averiguarlo juntos.

—¿Por qué vamos a tu piso? —pregunto cuando pasa de largo por mi edificio.

—Estaremos más cómodos.

—No me lo has preguntado.

—Vas a ser mi esposa —dice confiado.

—No he dicho que sí.

—Oh, entonces, ¿he hecho eso otra vez? ¿Eso de decidir por los dos?

—Pareces ser todo un experto —replico molesta.

—Estoy de broma, Amaya, pero me sentiré más seguro si te tengo a mi lado, sin presiones, como amigos. Además, sé que no es el mejor día, pero hay algo en mi piso que debo enseñarte.

—¿Qué es? —me giro hacia él y lo interrogo con la mirada.

—Mi amigo —responde a mi pregunta silenciosa, con la voz rota—, el investigador, él...

—¿Es sobre mi madre? —pregunto. Los nervios me asaltan de forma instantánea y, también, sin que pueda controlarla, una pizca de esperanza. Pero noto la expresión de Rodrigo, parece angustiado y le cuesta dejar salir las palabras.

—Cuando lleguemos a casa lo verás.

Lo sigo hasta su piso, ahora un poco más nerviosa y expectante. Cuando se encienden las luces, toda una recepción nos espera dentro: han decorado todo el salón con globos y rosas y nuestros amigos me gritan: «¡bienvenida!».

—Oh, Dios mío, cuánto me alegro de que estés de vuelta —llora Yolanda y corre a abrazarme.

—Así me gusta, Madrid, no te has dejado matar por ese psicópata.

—¡Calla, Albert! —lo reprime Sofía.

Todos están tan felices de verme, tanto como yo a ellos, y, por un momento, me despojo de todo lo que ha pasado y descanso en la calidez de sentirme en casa, rodeada de buenas personas.

Capítulo 33



RODRIGO

«El más astuto vence al más fuerte».

—¿Qué es eso que tienes que mostrarme? —Amaya se pasea en pijama por mi piso, con el pelo húmedo y una copa de vino. Es una visión irresistible, demasiado perfecta.

—Amaya, solo quiero decirte que eres la mujer más fuerte y hermosa que conozco. Te admiro y estoy enamorado de ti...

—Pero mi madre ha muerto, ¿verdad?

—Lo siento muchísimo.

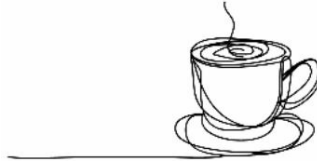
—Lo sabía —resopla con tristeza y noto como le tiemblan los labios —por eso nunca regresó, a lo mejor por eso se fue desde el principio.

—Murió de un ataque al corazón, una enfermedad congénita, deberías hacértelo mirar.

—Mi corazón funciona perfectamente, si no cómo explicas que aguante tanto dolor.

La coraza de Amaya por fin cae, por fin se desmorona delante de mí y yo no puedo hacer más que abrazarla, consolarla y recordarle que estoy aquí para ella. Lamento causarle este dolor, pero hay muchas más posibilidades de que su madre esté muerta que de que esté viva después de haberse cruzado con mi padre. Me siento fatal, pero si tengo que utilizar esto para que podamos vivir nuestro amor y encontrar nuestra felicidad, entonces lo haré, le daré un sentido al sacrificio de Erika y haré feliz a su hija, aunque sea el hijo de su asesino y verdugo. Y si mi padre un día se entera, tendrá que vivir con saber que la hija de sus enemigos es la mujer que amo.

—Estoy aquí, no me iré a ningún lado. —La acuno entre mis brazos y le acaricio el pelo mientras ella llora la muerte de su madre.



Amaya se ha quedado dormida, aprovecho el momento para quemar todos los informes de las investigaciones que pedí sobre ella, sobre Víctor, sobre su madre y me despidió del miedo a perderla mientras veo cómo los documentos arden. También quemo el clon de su tarjeta, tuve la oportunidad de volver a cambiarlas mientras estaba en el hospital.

Nada ni nadie podrá quitármela.

El móvil me suena en el bolsillo y sé quién es antes siquiera de ver el nombre en la pantalla. Parece que lo he invocado con el pensamiento.

—Vader.[\[10\]](#)

—Te felicito, hijo mío, me han informado de lo bien que salió tu encargo.

—Así es.

—¿Cuándo cumplirás tu promesa?

—Ahora mismo, padre. Dile a mi hermano y a su esposa que los he perdonado.

—Puedes decírselo tú mismo, ¿cuándo llega tu vuelo? Mandaré tu coche favorito al aeropuerto.

—No voy a ir a Holanda.

—Teníamos un trato, Rodrigo.

—Y lo he cumplido. Te di mi palabra para perdonar la ofensa de mi hermano, incluso os perdono a vosotros por cómo habéis reaccionado a ello. Volveré un día y me haré cargo del negocio, pero ese día aún no ha llegado. Muchas gracias por tu ayuda, padre. Te mantendré informado de mis futuros movimientos.

Capítulo 34



AMAYA

«Querido miedo, tengo que decirte que lo nuestro se acabó, he tenido suficiente».

La pesadilla me revuelve, me azota, me golpea. Me incorporo entre jadeos y gritos, pero unas manos firmes me sostienen, me abrazan, me consuelan y me recuerdan que no es real. Estoy bien, ha terminado, estoy a salvo.

Víctor ha muerto.

Rodrigo está conmigo.

Soy libre.

Miro al hombre sin camiseta que está a mi lado. Me mira con tanto amor que creo que podría derretirme. Sé que quiere protegerme, me lo ha demostrado desde el momento en que llegue.

Sé que sus brazos son un lugar seguro.

No puedo evitarlo, recorro sus pectorales dorados con la mirada, sus abdominales marcados, la curva perfecta debajo de ellos. Rodrigo está preocupado por mí, pero no me pasa nada. La pesadilla se ha ido y ni siquiera recuerdo de que trataba porque, ahora mismo, solo puedo centrarme en su cuerpo y en el calor que nace en el mío.

Encuentro su mirada y veo cómo se mueven sus labios, me habla, me dice algo, pero no lo escucho. Quiero besarlo. Estoy sedienta de su saliva y hambrienta de sus labios. Quiero aprovechar el momento, confiar en mis impulsos, vivir la vida al máximo.

Beso a Rodrigo y noto cómo él se queda rígido, pasmado, se congela. Vuelvo a hacerlo y lo siento temblar. Me gusta. Me siento sobre él y froto mi sexo contra su bulto que crece enseguida mientras me besa y me acaricia con cautela.

—Amaya —susurra entre jadeos—. ¿Estás segura?

—No me llames Amaya, llámame nena o Madrid, ¿vale?

Sus labios me sonríen antes de responderme con voracidad, la voracidad de un animal salvaje

que devora a su presa, disfruto de la sensación y los labios me arden de anhelo, de deseo, de añoranza, quiero que los chupe, que los muerda, quiero que me bese hasta que me duela. Dejo escapar algunos gemidos y siento que desbloqueo un lado aún más perverso en Rodrigo, pero no me asusta, me intriga y me emociona ver todo lo que puedo despertar en él, conocer todas las formas diferentes en las que puede amarme, tomarme.

Mi espalda impacta contra la cama y él me arranca el pijama de manera violenta. ¡Joder! Los botones del camisón vuelvan en diferentes direcciones mientras ahogo gritos de placer cuando él ataca mi dorso desnudo. Me lame, me chupa y juega con mis zonas erizadas. Me deshago en sonidos indescriptibles.

Dios, cuánto lo deseo.

—Me encanta lo que me haces —digo mientras acaricio su pelo.

—Dímelo otra vez.

Noto en su voz que se ha despertado ese ser voraz que reclama mi cuerpo como suyo de manera posesiva. Rodrigo me baja las bragas, se mete entre mis piernas y hunde la cabeza en mi coño. Jadeo al sentir su hambre, su ansía, su maldad. No es delicado, en absoluto, no inicia despacio ni aumenta de forma gradual, va a saco, es despiadado y me come con premura.

—No pares de decírmelo, dímelo hasta que haga que te corras.

Mi clítoris va a explotar con tanta presión y las piernas me tiemblan, pero él no se conforma, no se detiene y añade sus manos al juego, con una de ellas me explora el pecho, se burla de mi pezón mientras con la otra se introduce en mi interior mientras su lengua me ataca. Me arqueo contra su cara, aprisiono las sábanas en los puños y, ¡joder! Soy incapaz de estar quieta mientras el placer me llena. Siento como me estrecho contra sus dedos. Todo mi cuerpo se ha convertido en una bomba de relojería y estoy a punto de estallar. No paro de decírselo ni un solo segundo, lo repito como si de un mantra de placer se tratara.

—¡Me encanta lo que me haces! —grito mientras me estremezco—. No pares, por favor. —El orgasmo es tremendo, me roba toda la energía y me deja sin aliento, al borde de la inconsciencia.

—Oh, nena, voy a hacerte mucho más, no pienso parar de comerte, tocarte y penetrarte hasta que me pidas clemencia.

Quiero que lo haga, caigo en cuenta presa de la excitación. Me gusta lo que dice, como lo dice, me gusta pensar en ello y sentir como se hace realidad.

Rodrigo se pone de pie y me empuja por los tobillos hasta el principio de la cama. En sus ojos noto la urgencia, la intensidad de la pasión y la misma necesidad que en los míos.

Abre el cajón de la mesita y busca un preservativo en una de las cajas cerradas, aprovecho que está entretenido y me incorporo, me siento y observo su virilidad, latente y expuesta a pocos centímetros de mi cara. Quiero tocarlo, palparlo, probar su sabor.

Rodrigo jadea muy fuerte cuando me la introduzco en la boca y luego se estremece. Me

agrada la sensación que me produce este momento íntimo, como se siente en mi boca y como choca contra mis mejillas o en el fondo de mi garganta, me satisface poder abarcar gran parte de él a pesar de su tamaño. Me deleito al lamerlo, chuparlo, tentarlo, jugar con él y con la resistencia de Rodrigo, me gusta mirarlo mientras coge aliento y me dice cosas debido al estado de alienación que le producen mis caricias.

—Oh, nena, joder, lo haces genial. —Su voz suena ronca y me cautiva escucharla de esa manera, saber que le encanta lo que hago, que está así por mí, que lo llevo al límite de la misma manera en la que él me lleva a mí—. Oh, Amaya, joder. Seré muy bueno contigo, nunca va a faltarte nada. Seré tuyo para siempre, nena, sé mi esposa, quédate siempre conmigo.

Entonces aumento la velocidad, motivada por lo agradables que me resultan sus palabras, y sé que estoy a punto de llevarlo al límite por la manera en la que se estremece y jadea. Rodrigo me empuja con delicadeza y rompe nuestra conexión con un sonido de succión que resuena por toda la habitación. No quería soltarlo, pero él tiene otras necesidades, ambos las tenemos y lo deseamos.

—No seas tan codiciosa —me dice mientras se pone el preservativo y después me besa—. Si lo quieres, tienes que esperar un poco, quiero dártelo cuando ambos lo disfrutemos.

—Lo disfrutaba. —Lloriqueo y hago pucheros, él sonrío.

Rodrigo me agarra por los muslos con ambas manos y me acerca al límite de la cama un poco más. Me mantengo incorporada y veo el momento exacto en el que entra en mí interior. Ahogo un grito mientras él me tienta y se mueve despacio. La sensación es inigualable, me siento llena, apretada y ligera a la vez, me abarca por completo, pero se desliza en mi interior con facilidad debido a mis jugos, los mismos que él ha provocado, los ha buscado con ahínco, con esmero y se los ha ganado; se los merece y ambos lo disfrutamos.

Rodrigo me lame los labios, me besa en la boca y sus alrededores mientras aumenta el ritmo de sus embestidas. El placer se me acumula en el vientre, crece y se hace, cada vez, más intenso. Entonces utiliza los dedos, veo el movimiento y luego siento el calor y la electricidad que me sube desde el punto que ahora ataca. Lo miro a los ojos suplicante, jadeante de éxtasis, de anticipación al orgasmo. Él parece satisfecho y en sus gestos vislumbro que lo azotan las mismas emociones que a mí.

No puedo más, mi respiración ahora es más acelerada y me dejo caer en la cama mientras me retuerzo e intento recuperar el aliento, pero me quedo sin él durante varios segundos por la intensidad con la que me golpea el orgasmo.

—Eso es, Madrid. Te quiero muchísimo, nunca dejes de correrte para mí.

Recupero el aliento de una bocanada, y luego otra, y varias más mientras mi corazón late desbocado, pero el placer no acaba, la sensación continúa y noto como mis paredes se oprimen alrededor de Rodrigo, como él se hincha para mí y aumenta el ritmo mientras se corre y se

estremece en mi interior.

—Eres preciosa, nena. Nunca me cansaré de mirarte, de tocarte, de darte esto... todo de mí — me dice mientras me acaricia el abdomen y los pechos. Aún estamos conectados y me incorporo, tiro de su cuello y lo beso, él me corresponde mientras rompe nuestra unión y se deshace del preservativo—. Soy tuyo, Amaya, quiero ser tuyo para siempre, quiero que tengas todo de mí.

—Lo quiero. Digo que sí. Quiero todo lo que me dices y lo quiero contigo.

—¿Estás hablando en serio, nena? No juegues con mi débil corazón, puedes destruirlo...

Callo sus argumentos con mis besos, ¿estoy segura de casarme? ¡Que coño voy a estar segura de eso!, para mí es solo firmar un papel, pero estoy segura de que quiero estar con Rodrigo, quiero besarlo sin miramientos y despertarme en sus brazos todas las mañanas, tener acceso a su sexo siempre que me apetezca, a su humor, a su carisma. Quiero conocerlo del todo y quiero que él me conozca, quiero ser su persona y que él sea la mía, quiero que sea mi puto contacto de emergencia en el móvil y, quizá algún día no muy lejano, podamos formar juntos nuestra propia familia y tirar por puerta la soledad, el rechazo y la indiferencia que nos han ofrecido en la familia que hemos nacido.

No sé ser una novia, menos una esposa, pero quiero casarme con este hombre y darle todo lo que soy, porque él me ha demostrado que con ser yo misma es suficiente.

—Me casaré contigo, jefe. —Sonrío—. Ya puedes ponerme un pedrusco en este dedo.

Le enseño la mano derecha y agito los dedos frente a su cara. La sonrisa que se apodera de ella es bestial y me llena el corazón antes de que me llene de besos y me aprisione en la cama con una guerra de cosquillas.

—Te quiero, Madrid.

—Te quiero, Solares.

Capítulo 35



RODRIGO

«Los griegos decían que las mujeres tenían algo que ellos no y que les envidiaban: astucia.

De cualquier cosa que le des a una mujer ella hará algo fabuloso».

—Tengo mi propio dinero, aunque no lo creas —replica Amaya por quinta vez en esta mañana. La cafetería está a tope, Yolanda está aquí y ella no para de sacar, una y otra vez, la misma conversación.

—¿No has tocado ese fideicomiso en tu vida y quieres tirar de ello ahora, a sabiendas de que no es necesario?

—No quiero que cargues con todos los gastos de la boda.

—Tampoco es que hayas pedido nada pomposo o excesivamente caro, nena, tendremos una boda sencilla. Podemos permitirnoslo, confía en mí.

—De hecho, deberías pensártelo mejor, no entiendo por qué las prisas, puedes organizar una boda de ensueño, ¿o es que hay algo que no nos contáis? ¿Acaso estás embarazada? —La voz de Yolanda se vuelve aguda y chillona debido a la emoción con la que pronuncia las palabras. Sus ojos se iluminan y Amaya y yo nos miramos antes de soltar una carcajada.

—No estoy embarazada, pero he estado a punto de morir varias veces y he vivido la vida bastante reprimida, así que he decidido que, si el chico más guapo que he conocido me dice que me quiere y me pide que sea su esposa, me lanzaré a la piscina y aceptaré su propuesta.

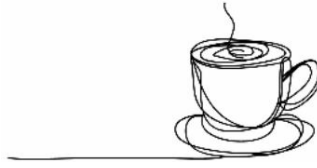
—Haces bien —dice Yolanda entre lágrimas—. Hacéis los dos muy bien, sois una pareja maravillosa.

Amaya se acerca y yo, sin pensar, la rodeo por la cintura. Amo su calidez, su cercanía y no me puedo creer la suerte que tengo.

—No faltes al plan de esta tarde, Madrid.

—Seré la chica del pelo rizado...

—Y yo el chico que no podrá quitarte los ojos de encima.



Los nervios me traicionan. Se supone que no es la primera vez que le pido a alguien que se case conmigo, pero sí la más importante, no es lo mismo parlotear detrás de Amaya como un cachorrito que mueve la cola, que alquilar un chiringuito en la playa del Puntal, en un camino de Moisés que solo deja a nuestro alrededor el sonido de las olas.

Las guirnaldas nos alumbran todo el recorrido desde donde desembarcamos hasta el pequeño local que se ilumina en medio de la nada. La música tenue caldea el ambiente y todos los presentes esperamos a que lleguen Sofía y Amaya.

—Vuelve a enseñarme el anillo. —Lo hago por sexta vez—. Joder, tío, es una pasada, con un anillo como ese hasta yo me casaría contigo —bromea Albert.

—Ese anillo representa una promesa, Rodrigo —me advierte Gerlof—. Espero que puedas cumplirla.

—Lo haré —respondo tajante.

—Eso significa que no se lo dirás nunca, ella no sabrá nunca quién eres de verdad. ¿Nunca volverás a Holanda? —me cuestiona entonces Albert.

—No lo sabrá. Mi decisión está tomada.

—¿Y si alguien del pueblo se va de la lengua?

—Tíos, vale ya, no necesito esto ahora mismo, se supone que deberíais ayudarme a estar más tranquilo, no todo lo contrario.

—Lo siento, tío—se lamenta Albert y Ger me da la razón.

El sonido del motor del barco retumba a nuestro alrededor y sé que ella se acerca, su presencia es así de imponente para mí, puedo sentirla incluso a la distancia.

Es muy difícil ser yo —he tenido treinta y dos años de mi vida para llegar a esta conclusión—, pero es fácil estar enamorado de Amaya. Cuando ella llegó a mi vida sentí como todas las piezas del puzle encajaron, como todo se unía de nuevo en mi interior y la vida recobro el sentido.

Nunca pude amar a una mujer por mí mismo, por decisión propia, siempre me impusieron cada uno de los roles que he tenido en la vida. Nací para ser el sucesor, el heredero de la *maffia*, el marido de Fenna, el hombre de moralidad maleable y escrúpulos cuestionables que mi padre necesitaba que fuera, nunca me dejaron vivir de la manera en la que quería hacerlo Rodrigo,

nunca pude dar un paso sin que mil ojos me escrutaran. Se opusieron a mis decisiones y a mis criterios de forma continua, anularon, una y otra vez, mi capacidad de decidir por mí mismo, de vivir mi propia vida.

Fue por todo eso que me revelé, de manera sutil, una y otra vez. Fue por eso que aprendí, poco a poco, como malear el carácter de mi padre sin que él se diese cuenta, sin que él se percatase que eran mis decisiones y no las suyas. Conseguí convertirme en fiscal, por más irónico que suene, porque si conoces las leyes eres mejor maleante, conseguí viajar y conocer otros países, otras culturas, otras mujeres. Conseguí que mi hermano se revelase al yugo que ha cargado toda su vida siendo el segundo de la lista. Conseguí que Fenna demostrara que lo único que la movía era el poder de la ambición. He de decir que, la forma en la que lo hicieron, fue lo único que me pilló por sorpresa, pero, con sinceridad, ha dejado de afectarme.

Solo me importa Amaya, mi futura esposa, mi amor, mi mujer. Ella, al igual que yo, ha vivido una vida a consecuencia de las decisiones de los demás. Ella, al igual que yo, ha conseguido rebelarse a las circunstancias impuestas y forjar su propio carácter. Ella, al igual que yo, ha decidido apostar por lo nuestro, jugarnos todo al siete y vivir la vida al máximo. Eso es lo que haremos. Seremos felices, puedo sentirlo, puedo saborearlo. Ella es mi redención, mi motivo y mi motor. Amaya es mi primera oportunidad en el amor y mi segunda oportunidad en la vida y no pienso soltar sus manos, hasta que la muerte nos separe.

Antes de procesarlo, ya la tengo en mis brazos. Ha corrido hasta mí desde que bajó del barco. Me aferro a ella, no voy a soltarla nunca porque si yo la sostengo ella no va a caer.

Nuestros labios se unen, desesperados, ansiosos, hambrientos. La amo. Amo a esta mujer y me importa poco el tiempo que hace que la conozco, no logré amar a Fenna con tanta intensidad a pesar de crecer a su lado, nunca fue un amor romántico, era un amor fraternal como el de Amaya con Víctor.

—Quiero que sea aquí —me susurra—. Me encanta.

—¿Qué, mi amor?

—Nuestra boda, la quiero aquí, así, ¿te imaginas? Un atardecer, nuestros amigos y el mar como nuestros únicos testigos.

—Me lo imagino. Decidido. ¡Esté será el lugar de la boda! —grito a nuestros amigos que jalean eufóricos en nuestra dirección—. Pero, primero... —me arrodillo ante ella y le enseño el anillo, su cara se ilumina llena de ilusión y su sonrisa se ensancha en dimensiones exorbitantes —, primero tienes que decir que sí.

—¡Sí!

Capítulo 36



AMAYA

«Algún día encontraremos lo que buscamos. O quizá no. Quizá encontremos algo mucho mejor».

Si me hubiesen dicho hace dos meses que estaría viviendo este momento, jamás me lo hubiese creído.

Mi vestido de novia ondea de camino al altar como si imitase el movimiento de las olas. Me siento muy guapa, pero hubiese podido venir en bañador y estoy segura de que me sentiría de la misma manera porque hoy mi aspecto es una de las cosas que menos me importa. Me siento radiante porque estoy segura de mi decisión, estoy segura de amar y de sentirme amada, estoy segura de querer formar parte de la vida de este hombre y que, un día no muy lejano, juntos formemos nuestra propia familia. Una familia mía, una de verdad, con personas que me amen de manera incondicional, hijos con los que ser la madre que me hubiese gustado tener, ofrecerles la protección que querría haber recibido.

Quiero todo eso con Rodrigo, todo eso y mucho más.

Me he enamorado de él de forma inevitable.

He decidido que prefiero llamarme Amaya, después de la muerte de Víctor nada me impide gritar a los cuatro vientos que mi nombre es Lissa, pero Amaya ahora significa para mí mucho más que solo un nombre, es un cambio, una vida diferente, una oportunidad nueva que muchas mujeres no logran tener. Amaya es mi redención, mi oportunidad de empezar de cero y de crear una vida más bonita llena de recuerdos mejores.

Amaya Martínez de De Vries.

He vuelto a trabajar como contable, llevo las cuentas de la cafetería mientras Rodrigo se ocupa de los demás negocios y es de lo más reconfortante. He de decir que estar al mando, me emociona.

Camino sola hacia el altar en el que me espera el hombre más guapo del mundo, mi dios griego parece emocionado, seguro que no más que yo. Pienso en mi padre, en sí me podrá ver desde el cielo, en si le hubiese gustado estar aquí. Pienso en mamá, en lo enferma que estaba y en lo mucho que me hubiese gustado que me lo hubiera dicho, así, al menos, habría podido despedirme. Pienso en ese benefactor que me envía dinero cada mes, de manera puntual, sin retrasarse ni un día, y me pregunto quién será y por qué se siente en la obligación de ayudarme, ¿por qué no ha venido a conocerme? ¿Por qué no me ha buscado para hablarme de la muerte de mi madre o de mi padre? Hubiese agradecido tener a alguien más además de a Víctor y Eliza.

Hablando de Eliza, está muy indignada de que yo me case primero cuando fue suya la idea de «vivir la vida al máximo».

—Haber sido mas rápida, Madrid— se burlaba Rodrigo de ella.

Ahora está aquí junto a Laura y me sonríe de la forma más radiante que lo ha hecho jamás. Grace y Marvin también están aquí, ella se pasea con su vestido ceñido y él se aferra a Liz y sus dos peques, estoy muy feliz de saber que ahora podemos estar cerca sin ningún tipo de cautela, tapujo o miramiento. Soy libre, mis amigos son libres y todo pinta bien.

Rodrigo tiembla frente a mí, emocionado. Limpio las lágrimas que resbalan por sus mejillas y le ofrezco mi mejor sonrisa, yo también estoy emocionada, pero de manera diferente, de una manera que no me invita a llorar si no a no parar de sonreír. Estoy enamorada hasta las trancas y soy feliz. Me siento capaz de comerme el mundo y creo que soy merecedora de todas las cosas buenas que recibo, por primera vez en mi vida me siento optimista y positiva y soy considerada con la mujer que vive en mi interior, la respeto y la venero; y ella quiere esto, quiere un hogar, una vida estable, quiere ser amada, la escucho y la valido, y reconozco que sus pensamientos son memorables. Le agradezco: «gracias por nunca jamás darte por vencida a pesar de lo duras que se pusieron las cosas».

—Estás tan hermosa, nena —la voz de Rodrigo es calmada, por encima de la música que suena despacio. Todo es perfecto, apacible y tranquilo. Nos acompañan el sonido de las olas y el color naranja del atardecer—. Eres mi sueño hecho realidad, ¿qué estoy diciendo? Ni siquiera eres un sueño porque mi imaginación no podría crear nunca a alguien tan perfecta como tú. Eres perfecta para mí, Amaya, con todo lo que te conforma, te amo tal cual eres y te amaré hasta el fin de mis días. Necesito que lo recuerdes, que lo tengas siempre presente, Madrid. Pase lo que pase, escuches lo que escuches, recuerda que Rodrigo te ama.

—Pase lo que pase, escuches lo que escuches, recuerda que Amaya te ama.

¿FIN?

Epílogo



Amaya

Más de dos años después.

Giro la llave del apartamento rodeada de besos y sonrisas fugaces. Amo estos besos que se anticipan a lo que sucederá una vez atravesemos esta puerta. Somos tan felices que parece una epifanía. Jamás imaginé que se pudiese amar de esta manera, a lo largo de los años nuestro amor ha crecido, se ha fortalecido, así como nuestra necesidad del otro. Mientras más tiempo paso junto a mi marido, más necesito; mientras más lo miro cuando sonrío, hace planes o pone cafés en la cafetería, más me reafirmo en que tomé la mejor decisión al unir mi vida a la de él.

Nuestra familia está a punto de crecer y ya no seremos solo Amaya y Rodrigo los que recorran este camino, acabamos de comprobar que nuestros mellizos de treinta y seis semanas están perfectamente saludables y casi listos para nacer, ¿puede haber una mejor noticia que esa? Yo no lo creo.

En cuanto pongo un pie dentro de casa sé que algo no anda bien. El ambiente es diferente, más denso, más caldeado. Me golpea el olor de perfumes que no conozco y sé que hay alguien dentro que no debería estar aquí.

—Hay alguien en casa —dice Rodrigo, y se pone delante de mí en actitud protectora. El miedo me recorre, no tenemos enemigos, ni amenazas, ¿quién podría colarse en nuestra casa de esta manera cuando no estamos?

—Tiene que robar una madre las llaves del departamento de su hijo para poder verlo. —La voz proviene del salón y mi marido se queda rígido, los colores abandonan su cuerpo y permanece quieto, estoico, ido. La expresión de su rostro solo me revela absoluto terror. Me pongo en alerta, puede que parezca adorable la idea de conocer a mi suegra, pero sé que su familia le ha hecho daño y ese es el porqué de su reacción.

—Amor —le susurro.

Me coge de la mano y da unos pasos lentos hasta el salón. La estancia se abre ante nosotros,

tan conocida como siempre, con la excepción de que un grupo de cuatro desconocidos vestidos con ropa elegante se sientan en nuestros sofás. Los desconocidos me inspeccionan de inmediato, pasean sus ojos de mí a Rodrigo, de Rodrigo a mí, a nuestras manos unidas, a mi enorme barriga, que sostengo en un penoso intento de ocultarla. Están sorprendidos, no lo disimulan, la madre muestra su insatisfacción con gemidos y el padre me analiza callado. El chico joven se mantiene alejado del grupo y la mujer a su lado me mira con los ojos muy abiertos.

—¿Qué hacéis en mi casa? —Miro a mi marido y me alegra descubrir que ha encontrado la voz.

—¿Tu casa? —pregunta el hombre mayor con ironía—. ¿Qué es exactamente lo que haces para ganártela, hijo?

—Tengo mis propios negocios, no os necesito.

—Cuidado con tus palabras —le advierte su madre, que después clava la mirada en mí—. ¿De cuánto tiempo estás?

—Yo... —Miro en dirección a mi marido y él asiente—. treinta y seis semanas.

—¿Y qué traes?

—Niño y niña.

Escucho varias reacciones a la vez, pero la más sonora proviene del padre de Rodrigo, se deshace de felicidad, gozo y algarabía.

—Por fin herederos dignos para mi imperio —dice con éxtasis.

—Padre —le advierte Rodrigo.

—Es hora de que vuelvas a Ámsterdam, tú y tu esposa, porque imagino que esas alianzas no son de adorno. —Me sorprende lo bien que habla este hombre el español, apenas se le nota acento alguno—. El negocio te necesita y ahora que vas a ser padre debes velar por la seguridad de tu propia familia.

—Aquí vivimos mil veces más seguros que en Ámsterdam.

—Eso es solo porque garantizamos tu protección —bufa su madre molesta—. ¿Qué harás si te lo quitamos todo? ¿Si nos lo llevamos todo, Rodrigo? ¿Cómo los protegerías entonces?

—Eres un puto gilipollas. —el que supongo que es su hermano habla en tono burlón y Rodrigo gruñe, se tensa—. No quieres hacer el trabajo sucio, pero te encantan los beneficios de la *maffia* para jugar a las casitas y a la familia feliz.

—¿Mafia? —la pregunta se me escapa sola de entre los labios y enseguida me doy cuenta de que la he formulado en voz alta. ¿Ha dicho mafia?

—¿Ella no lo sabe? —dice la mujer joven y, he de decir que es la única con un acento pronunciado.

—¿Saber qué? ¿De qué hablan, amor?

Su hermano se ríe a carcajadas y salta por la estancia, su madre lo reprime y su padre mira la

escena con serenidad y solemnidad.

—¿Por eso huiste de Holanda, amor? ¿Por eso te alejaste de ellos? ¿Porque pertenecen a la mafia? —razono en voz alta.

Rodrigo agacha la cabeza. Lo conozco lo suficiente como para saber que lo está pasando mal, que lo corroe la angustia. Esta gente no son buenas personas y saber que se sienten orgullosos de autollamarse mafiosos me lo confirma. No me gusta que Rodrigo no me haya hablado de ello antes, pero no les voy a dar el gusto de doblegar aún más a mi marido. Si escapó de allí, si se fue de su lado y nunca más volvió es porque, para él, debe de ser lo correcto.

—Creo que Rodrigo no se siente bien con esta visita, quizá deberíais darle un poco de espacio.

—¿Crees que ocho años no es espacio suficiente? —me recrimina su madre.

—Joder, si hasta se ha casado y espera familia —se burla su hermano—, creo que mi invitación de bodas se perdió en correos.

—No la enviamos —digo con suficiencia.

—¿Ah, no? Es admirable ver como sacas la cara por él a pesar de tu propia confusión, cuñada, se nota que te tiene muy contenta jugando a las casitas con el dinero de mi familia. —¿Qué acaba de llamarme? Creo que le voy a pegar a este chaval—. Tú debes de ser la chica que mandó a investigar hace poco más de dos años. Lissa, ¿verdad?

—¿Qué? —Caigo en cuenta—. Ah, se refiere a la búsqueda de información sobre mi madre.

—¡Hans! —lo enfrenta Rodrigo.

—Al menos serás la misma a la que hicimos el favor al encargarnos de su ex —reprimó un grito y me llevo las manos a la boca. Rodrigo me mira avergonzado y noto en su mirada que extraña mi mano en la suya. Hans se ríe eufórico. ¿Encargarse de mi ex? —¡No lo sabe! —Se carcajea—. Así que hablas de la *maffia* sin siquiera saber cuanto le debes.

—Lo que dices no es verdad, no es cierto. —Vuelvo a tomar de la mano a mi marido, después que el *shock* inicial desaparece y caigo en la cuenta de que puede tratarse de un juego de palabras al azar que le ha resultado inquietamente acertado.

—Si dices una palabra más, Hans, te juro que te cortaré la lengua —le advierte mi marido y su semblante parece grotesco, lo desconozco por unos instantes.

—Me encanta ver cómo regresas, hermanito, pero ¿cómo no le has dicho a mi cuñada que vive con el hijo del jefe del clan Loyal de la *maffia* holandesa?

El alma se me cae a los pies, busco en los rostros de las personas de la sala alguna expresión parecida a las que yo experimento, peor no las hay, todas son serias, solemnes, me miran altivos. El corazón me va a mil por hora.

—¿Cómo es que nadie se ha ido de la lengua? ¿Será por ese estúpido pacto de silencio que has hecho hacer a todos? Y tú —Me mira directamente. Me siento juzgada por sus ojos al

instante—. ¿Cómo es que no te has preguntado como alguien de su edad tiene todo esto? ¿Te creíste toda esa chorrada del trabajo honrado?

Suelto las manos de mi marido mientras intento recuperar el aliento. Lo interrogo con los ojos, pero Rodrigo no me mira, él está avergonzado, pero yo necesito que hable.

—Dime que es mentira, amor, venga, estoy esperando: dime que no es verdad.

No levanta la mirada.

—¡Rodrigo! Dime que no me investigaste, ni obligaste al pueblo a callar sobre tu identidad.

—Lo hice. —Casi me caigo al suelo. El corazón me da un vuelco tan grande que me cuesta mantenerme en pie.

—No mataste a Víctor, es imposible, estuviste a mi lado —le digo convencida.

—Eso es porque nos encargamos nosotros —bufa su hermano—. De nada.

No puedo respirar. Esto no puede estar pasando, pero ¿con quien me he casado? ¿Quién es el hombre que tengo enfrente, el padre de mis hijos?

—Amor —le suplico en medio del llanto—, desmíentelo, por favor. Por favor, Rodrigo, dime que no es verdad.

—Es verdad —susurra.

Grito. Grito de angustia, de dolor y de miedo.

—¿Hay algo más en lo que me hayas mentido? —lo cojo de la camisa llena de rabia—. Quiero saberlo ahora, ¿en que más me mentiste?

—Tu madre...

—No —lloro y suplico—. No, por favor, no.

—No sé si está muerta, me lo inventé para que dejases de buscarla.

Acabo de morir en vida. No puedo, no tengo palabras para definir el vacío y el dolor que me invaden, es como si todo se hubiese vuelto negro en mi cabeza, como si hubiese perdido mi ancla y ahora vagase a la deriva en medio de ningún lugar.

—Pero, ¿por qué? —pregunto—. ¿Solo para no tener que volver a Holanda?

—No —dice avergonzado—. Mi amor, el único hombre que puede darte luz sobre el paradero de tu madre es el hombre que tienes delante, el mismo que asesinó a tu padre.

No, no puede ser.

—A tus padres los hizo desaparecer la *maffia*, Amaya, este hombre, mi padre.

Miro a mi alrededor y me siento pequeña, la estancia, de repente, se torna abrumadora, se cierne sobre mi cuerpo y me comprime. No puedo soportarlo. Me siento en un salón rodeada de enemigos, de mentirosos, de asesinos. No conozco a nadie y me siento amenazada.

Rodrigo me ha mentido durante más de dos años. Me ha mentido y soy su esposa, me ha mentido y espero a sus dos hijos. Esto es malo, muy malo. Esto es peor que lo de Víctor. Estoy jodida. Entonces mis ojos se cruzan con los del padre de Rodrigo y noto como me escudriña,

busca parecidos en mi cara y parece que los encuentra. Los ojos se le iluminan antes de que se le oscurezcan por completo.

Me muero de miedo.

Quiero salir de aquí.

Escucho el ascensor abrirse en nuestra planta y lo identifico como una posibilidad de escape. Puede que quien haya salido de él sea mi futuro asesino, pero no pienso quedarme quieta para averiguarlo. Corro en dirección a la puerta, Gerlof está detrás de ella y lo rodeo, pillo el ascensor antes de que se cierre y oprimo el cero.

Después corro, corro y sigo corriendo sin parar.

Continuará...

No te pierdas la próxima entrega confirmada.

Noviembre de 2024

Hasta que la mafia nos separe:
El derrumbe.

Carta de la autora

Hola amores. Gracias infinitas por llegar hasta aquí, espero que hayáis disfrutado de Amaya, Rodrigo y su mundo tanto como he disfrutado yo mientras lo creaba.

Y sí, lo siento por este final, bueno, más bien no porque las cosas hay que hacerlas bien y Amaya y Rodrigo se merecen que su historia se cuente de la mejor manera. Este es el inicio de una saga de mafia romance que os robará el corazón en cada historia y espero vuestra compañía en cada una de ellas.

Agradecimientos

En primer lugar siempre daré las gracias a mi familia, a mi marido y a mis hijos por las horas que les robó absorta en estas historias que me hace tan feliz escribir. A mi suegra por cuidar de mis niños con tanto cariño, a mi madre y a mi padre por confiar en mi arte y brindarme su calor y su apoyo. Gracias a mis hermanos por animarme a seguir y a cumplir mis sueños, a mis amigas por apoyarme, promocionarme y esperar con ansias el libro físico. A Lisset Benzant por ser mi lectora cero incondicional y brindarme el santo grial de las opiniones con risas y salseo incluidas; y a todo el que participa en escuchar mis audios eternos cada vez que detallo una idea que se me ha ocurrido.

En segundo lugar agradezco a todos los que me han ayudado en este mundillo literario en el que decidí entrar sin tener la más remota idea.

Gracias @luciavc.illustrations. por estas ilustraciones alucinantes, por la escucha y la manera en la que has sabido plasmar y dar vida y esencia a esos maravillosos personajes que creé en mi imaginación.

Gracias @rachels.design por esta maravillosa cubierta.

Gracias @soylydiachas por tu alucinante trabajo. Porque eres la mejor de las mentoras y tus lidia tips son el santo grial de la escritura, además de tu forma de corregir, animar y enseñar al mismo tiempo. El mundo necesita más personas con una pasión tan grande como la tuya y una predisposición tan admirable a la hora de guiar. Eres la mejor.

Sígueme en IG @lucero gilescritora y escíbeme un DM. Me encantará conversar contigo y conocer tu opinión.

Besitos amores.

Os quiero.

^[1] Pronunciación correcta el nombre [Ilia].

^[2] Cálmate en neerlandés.

^[3] Mierda en neerlandés.

^[4] Padre en neerlandés.

^[5] Mafia en neerlandés.

^[6] Marca de trajes holandesa

^[7] Estúpido en neerlandés

^[8] Hijo en neerlandés

[1]Lo ponemos en pie de pagina que se pronuncia Ilia. Me niego a escribirlo mal jope...

[2]pie de pagina // Traducción del neerlandés: cálmate.

[3]Perfe, gracias!!

[4]traducción del neerlandés: mierda.

[5]Traducción del neerlandés: Padre.

[6]Añadir pie de página. No me elimines este comentario, porfa

[7]Añadir pie de página. Marca de trajes holandesa.

[8]traducción del neerlandés: estúpido.

[9]traducción del neerlandés: hijo.

[10]traducción del neerlandés: padre.